

PSICOPATOLOGIAS DE LA LIBERTAD (II): LA ANOREXIA O LA RESTRICCIÓN DE LA CORPORALIDAD

Manuel Villegas i Besora

Facultat de Psicologia

Universitat de Barcelona

Passeig de la Vall d'Hebron, 171. 08035 - Barcelona

In this article anorexia is considered as a restriction of corporality. This point of view is illustrated using textual analysis of different texts of anorexic patients from different times and social strata. Finally the nature of this anorexic discourse is evaluated in the context of the present social and cultural conditions.

Key words: anorexia, discourse, textual analysis, existential analysis, corporality.

0. INTRODUCCION

Estar en el mundo implica necesariamente el cumplimiento de estas tres condiciones: ser un cuerpo, ocupar un espacio y durar un tiempo. Estas tres condiciones que caracterizan a cualquier ser animado o inanimado corresponden en el ser humano a tres categorías existenciales precisas: corporalidad, espacialidad y temporalidad. Lo que diferencia, en cambio, al ser humano de los otros seres es la conciencia de estas condiciones. Así para el hombre el espacio no es sólo un territorio para la satisfacción de sus necesidades vitales de supervivencia y procreación, sino el ámbito de su expansión tanto física como simbólica. El tiempo no se reduce a la sucesión de los meteoros diarios o estacionales, sino que se convierte en el ámbito de proyección de la propia existencia sobre el horizonte de la muerte. Finalmente el cuerpo no queda reducido a un organismo sujeto y objeto de intercambios físico-químicos con el entorno, sino que se convierte en la sede de la autonomía individual y de la alteridad social.

Estas tres condiciones o categorías existenciales son las que posibilitan y delimitan, simultáneamente, nuestra existencia. Constituyen en definitiva sus

determinantes fácticos, a la vez que hacen posible la existencia humana como proyecto de ser-en-el-mundo. La conciencia de los límites y de las posibilidades derivantes de las categorías existenciales de temporalidad, espacialidad y corporalidad introduce un principio de ruptura en el ser, una cuña dialéctica entre el ser y el querer ser, que le arranca del determinismo natural y le condena a la libertad. El ser humano se halla en la situación de tener que autoderterminarse, de decidir libremente “*ser o no ser*” aquello que es por naturaleza. Esta cuña ontológica crea una profunda escisión en el interior del ser humano de modo que lo sitúa en una posición de existir, de estar (sistere) fuera de sí (ex), que es el requisito básico de la trascendencia, pero también de la locura. Ésta es la razón por la que, siguiendo a Henry Ey (1976), hemos llamado a las neurosis patologías de la libertad. Toca, en efecto, a la libertad elegir entre formas integradas o disociadas de estar en el mundo. Del resultado de esta elección depende el curso de nuestra existencia.

Examinamos en un artículo precedente, el primero de una serie sobre “*psicopatologías de la libertad*”, la agorafobia como una restricción, es decir, como una inhibición de la libertad respecto al espacio (Villegas, 1995), en la que la dificultad de enfrentar los espacios abiertos simboliza la dificultad de autoexpansión del propio sujeto. Ilustrábamos con la ayuda de tres casos clínicos la experiencia agorafóbica como un conflicto de la libertad, entendida como autonomía, frente a la relación amorosa o de apego, entendida como dependencia. La superación de este conflicto, característico del “*Mitwelt*” -el mundo de los otros- requería la resolución de importantes dilemas morales y existenciales. En el presente artículo, el segundo de la serie, abordaremos la anorexia como una restricción de la corporalidad, un conflicto característico del “*Eigenwelt*” -el mundo propio-, consistente en la negación del propio yo corporal frente la afirmación de un yo etéreo o espiritual. La construcción de un yo descarnado y asexuado que no pueda ser deseado ni poseído por nadie más. Un intento fáustico de autoposesión absoluta en el que se invierte el pacto diabólico de intercambio del alma por el cuerpo, en su contrario el del cuerpo por el alma.

1. LA RESTRICCIÓN DE LA CORPORALIDAD

Los seres humanos, como los demás seres, ex-sistimos (“estamos ahí”), en primer lugar, en tanto que cuerpos. Ocupamos un espacio y nos desarrollamos en el tiempo gracias a nuestro cuerpo, cuya disolución lleva necesariamente a la muerte. La negación absoluta del cuerpo implica consecuentemente la negación de toda existencia. Ésta se da de forma radical en el suicidio, pero existen formas ideológicas de negación del cuerpo, a veces de origen filosófico, religioso o místico, que mantienen el cuerpo en vida mientras lo niegan, lo desprecian o lo destruyen. En la Edad Media, por ejemplo, Catalina de Siena predicaba el odio contra el cuerpo:

“Cuanto más el alma está poseída por el amor de Dios, tanto más siente un odio santo por la parte sensitiva, por la propia sensualidad... ¡Oh hijos

míos, mantened siempre este odio hacia vosotros mismos!... Maldición, sí dos veces maldición, al alma que no tiene este odio”.

La anorexia, como tendremos ocasión de ver, participa, de alguna manera, de estas ideologías y en ocasiones lleva al suicidio por autoinanición, con el agravante de no encontrar ninguna razón trascendente que al menos, imaginariamente, sea capaz de compensar con la palma del martirio tamaño sacrificio. Es una elección libre y estúpida, fruto del resentimiento contra el propio cuerpo y lo que significa socialmente.

“Este cuerpo mío, que sirve para aguantar la cabeza, pero que no le pertenece, de la cual está más bien separado, ese cuerpo que he querido delgado, pero que desde hace tiempo oculto, que no visto sino cubro, me traiciona cuando atrae las miradas de los demás”. (De Clerq, 1995).

El cuerpo, en efecto, no es un simple amasijo de carne y huesos. Esto lo son también los animales, los cuales no tienen los terribles complejos narcisísticos que atormentan a los humanos. El cuerpo es, ante todo, apariencia. Los demás nos conocen por nuestra corporalidad, o más bien por la imagen o apariencia de nuestra corporalidad; de ahí la importancia que adquiere nuestro cuerpo como re-presentación de nosotros mismos. De este modo el cuerpo se convierte en un objeto simbólico: puede serlo del grado de ascetismo alcanzado, de la riqueza y abundancia en que vivimos, de la esbeltez o de la musculosidad que hemos conseguido. Durante siglos este aspecto simbólico había sido depositado en los vestidos o abalorios que adornaban el cuerpo: signos de riqueza, de nobleza o de poder en los mantos, los ornamentos y las joyas, de pobreza o de santidad en los hábitos, los cilicios o los cordones que se ceñían al cinto. Este valor simbólico había sido incluso representado por pinturas o tatuajes sobre el propio cuerpo, pero no por variables corporales como la delgadez o la gordura. La delgadez había llegado a ser como mucho distintivo de un grupo de santones y ascetas del desierto o la gordura símbolo de cortesanas ociosas y de mandarines o burgueses opulentos. Pero nunca antes, como ahora, de una forma endémica, las medidas del cuerpo habían constituido la carta de presentación del ser humano en sociedad. Los griegos, es cierto, habían plasmado su idea del hombre como “medida de todas las cosas” en esculturas canónicas, pero éstas no eran un retrato de la realidad, sino una “copia” de una “idea preexistente”. En este sentido no eran un “modelo” a imitar sino a conocer.

La sustitución, en cambio, propia de nuestra época, de los signos externos al cuerpo por características del propio cuerpo, como la delgadez o la musculación, ha supuesto su transformación en símbolo o significante, subvirtiendo su significado natural. Para las mujeres de hoy la delgadez no es el único objetivo corporal y social que deben conseguir. El cuerpo tiene que ser también sano, musculoso, liso, inodoro, depilado, sometido a dietas (pseudo)científicas, dispuesto a mostrarse en cualquier momento. Un cuerpo sexy, si se quiere, pero poco erótico, en definitiva. Las modelos de nuestra época no son la plasmación en la piedra de una idea

platónica, sino modelos a imitar para ser exitosos y aceptados socialmente. El cuerpo se convierte en un objeto de alienación. Deja de ser el “yo natural”, como lo llamaba Merleau-Ponty (1945), dotado de intencionalidad y poder de significación, para pasar a ser objeto de peso y medida. “Tanto (menos) pesas, tanto (más) vales”.

Otra condición inenajenable del cuerpo es la sexualidad. Nuestros cuerpos están marcados sexualmente. Somos seres sexuados, mujeres u hombres inexorablemente. El ser humano ha convertido esta condición fáctica natural en otro elemento de alienación. Por su capacidad de conciencia el ser humano es el único que se encuentra en situación de poder escoger su sexualidad. No sólo a nivel de selección genética, sino de tendencia trans-, hetero-, u homosexual. La sexualidad ha adquirido un valor simbólico que va más allá de su dimensión funcional, que correspondería al organismo. Ser hombre o mujer implica una serie de valores y expectativas sociales a las que resulta prácticamente imposible substraerse de modo que se convierte en otra fuente de facticidad, ésta vez de carácter social. En el proceso dialéctico por llegar a decidir ser o no ser hombre o mujer es posible entrar en conflicto con la propia naturaleza. El campo de batalla se traslada al propio cuerpo. Ellen West, citada por Binswanger (1945), lo expresaba de este modo:

“En todos los aspectos soy sensata y tengo claridad de ideas, sólo en éste estoy totalmente loca y me estoy arruinando en mi lucha contra la naturaleza. La fatalidad me ha querido gorda y fuerte, pero yo me quiero estilizada y delgada... Créame Dios, pero créame diferente...”

En este artículo defenderemos la tesis de que la anorexia es el síntoma que traduce por excelencia el conflicto de la corporalidad enajenada. Una corporalidad que el sujeto no puede hacer suya y que intenta dominar, negándola. Ya en la filosofía neoplatónica -y San Pablo se hace eco de ello en su epístolas- el cuerpo podía ser considerado como “sarx” -carne- o “soma” -organismo-. “Sarx” la carne, era la sede de las pasiones e impulsos, de la gula y la lujuria, y por tanto de la incontinencia y el descontrol. Era citada junto al demonio y al mundo como uno de los tres enemigos del alma. Castigar el cuerpo con ayunos y la abstinencia ha sido una forma, tomada al pie de la letra por místicos y ascetas de todas las religiones, de intentar hacer efectiva la negación del cuerpo, considerado como “delito” (Toro, 1996).

El disgusto de las anoréxicas respecto a su cuerpo desde los primeros signos de sexuación (menstruación, vello púbico, pechos, nalgas, grasa) es un reflejo de la obsesión por el control de la corporalidad, entendida como carnalidad. “*Me avergüenzo de sentirme entrada en carnes*, escribe en su diario una paciente citada por Giannini (1993), *me avergüenzo de mis pechos que vuelven a ser tales y que hasta hace dos meses casi no existían*”. El cuerpo sexuado es repugnante, debe ser sometido para borrar todo aquello que evoca la sexualidad, comentan Raimbault y Eliacheff (1989) a propósito de las anoréxicas de hoy. La anorexia en este contexto se convierte en un modo de eliminar la sexualidad: “*mantenerse delgada como un*

junco, adoptando un aspecto andrógino, como lo describe una anoréxica (Aimée Liu, 1979) es un modo para evitar el sexo". O como dice Sara, una paciente de Levenkron (1982) el terror a engordar "está relacionado con el intento de dejar de ser una tentación para los hombres". En la cosmovisión anoréxica la experiencia de la corporalidad se describe como la vivencia de un impulso enajenante que debe ser controlado a través de una firme y rígida voluntad de dominio.

"Innumerables veces, a través de los años, había perdido el control del cuerpo y de la voluntad, las conexiones vitales en el sentido de mi yo emergente. Ni siquiera era inmune al énfasis social puesto en el cuerpo de la mujer. En aquel tiempo estaba de moda un aspecto andrógino de niño todavía no desarrollado; por ejemplo: las caderas rectas y nada de grasa: Un rechazo total de la forma femenina normal. Buscando mi identidad me sentía extremadamente vulnerable respecto a este sistema de valores. Así cuando llegó la pubertad y la adolescencia, período crítico en la formación de la identidad, empecé a buscar el sentido de mí misma en el cuerpo y en control del mismo. El cuerpo era, después de todo, la primera identidad que tenía" (Bills, 1995).

La mujer es particularmente sensible a esta vivencia porque la corporalidad la convierte en objeto del deseo ajeno y sentirse objeto de deseo implica un serio riesgo de ser desposeída de sí misma.

"Ahora he llegado a entender claramente el sentido de la elección que hice en aquel entonces. Mi cuerpo, mi femineidad y mi sexualidad se convertían en mis enemigos, porque si no fuera por ellos no se hubieran producido aquellos actos obscenos sexuales (referencia a abusos sexuales en la infancia de la paciente); no habría sido presa de otros que usaran mi cuerpo, que lo usaran para satisfacer sus necesidades egoístas. El sentido de culpa porque mi cuerpo se había excitado sexualmente con actos tan inaceptables era tremendo. Estaba convencida de purgar mis pecados y de purificarme cuando sentía una tremenda tensión en el estómago porque no comía o aumentaba los ejercicios de gimnasia... No quería crecer y convertirme en un ser humano sexuado. Había demasiado terror ligado a esta idea. Un cuerpo que se desarrolla, la sexualidad, el sentido de culpa, la vergüenza, la impotencia y el sentirme sin control eran todos una única y misma cosa, y yo no quería nada de esto" (Bills, 1995).

"De mi madre había heredado un modelo femenino basado en la seducción. Me había enseñado que así se puede obtener todo. Muy a pesar mío he asimilado de ella este tipo de comportamiento, pero al contrario de mi madre no consigo defenderme de las consecuencias negativas de este comportamiento y, en consecuencia, me ofrezco a mi prójimo para obtener cualquier tipo de gratificación; me vuelvo prisionera del otro; no experimento ningún placer en la relación; si llego a sentir un sentimiento

auténtico la conciencia de haber seducido al otro para usarlo me hunde en la culpa más absoluta. A continuación para salvar al otro de mí anulo mis necesidades". (De Clerq, 1990).

En este contexto la anorexia se presenta como la solución: a través de la restricción de los alimentos la anoréxica intenta controlar su corporalidad; dejando de comer reduce al máximo los riesgos de la carnalidad. El ayuno voluntario con sus efectos de emaciación sobre el cuerpo la sustrae al deseo de los demás y le otorga, al mismo tiempo, la fantasía del dominio sobre sí misma.

"Mirando hacia atrás me maravillo de lo fuerte que es la psique. Se me retiró la regla incluso antes de empezar a perder peso... Un día volviendo a casa desde el colegio experimenté una forma de caminar más decidida y sentí una gran calma en mi interior. Había encontrado un modo para reconquistar mi inocencia. Esto implicaba ser determinada en todo lo que hiciera o pensara... Empecé a retirarme de la gente y de los sentimientos, porque creía que podría seguir mejor mi camino sin estas interferencias. Me volví extremadamente controlada en todos los sectores de la vida, especialmente en los relacionados con la comida y la gimnasia. Con este nuevo estilo de vida empecé a perder peso y a desafiar a la pubertad. A medida que se iban los quilos empezaba a sentirme más pura dentro de mí. No tenía amigos, pero la obsesión por la forma del cuerpo, la pérdida de peso y la gimnasia enmascaraban mi necesidad de amistad. En lugar de sentirme como una marginada, que no merece amigos, mi obsesión me permitía sentir que era yo la que les rechazaba a ellos. No tenía necesidad de nadie y, en efecto, era mejor que todos, porque al no comer, me volvía pura" (Bills, 1995).

"La pérdida de peso tiene un sentido distinto que el de la esbeltez. El más evidente es la delgadez: las anoréxicas no pretenden ser esbeltas, sino delgadas, hasta el punto de parecer descarnadas. Una anoréxica puede declarar ante amigos y familiares que lo que quiere es ser esbelta. Puesta a dar razones puede responder cosas como 'para vestirme bien, salir con chicos y pasármelo bien'. Estas afirmaciones generalmente aceptadas constituyen el texto manifiesto; pero el texto oculto o discurso sería bastante diferente: Quiero adelgazar porque la carne me desagrada. La anoréxica percibe la carne, la carne femenina, como impuesta por el mundo exterior y, en los casos extremos como algo degenerado, sucio y desagradable". (McLeod, 1982).

La anorexia, de este modo, viene a reactualizar aquella lucha entre Don Carnal y Doña Cuaresma donde, contrariamente a lo que sucede en el Libro del Buen Amor del Arcipreste de Hita, Don Carnal es derrotado definitivamente por Doña Cuaresma. La anorexia, escribe Susan Bordo (1993), "no es una posición filosófica: es un estado trastornado. Y sin embargo, estas mujeres demuestran con frecuencia saber

elaborar de forma totalmente consciente un esquema extremadamente articulado de imágenes y asociaciones que constituyen casi un sistema metafísico. Tal esquema se hace eco de los planteamientos tanto agustinianos como platónicos... Así como San Agustín habla de dos voluntades en su interior ‘una al servicio de la carne, la otra al servicio del espíritu, que hieren el alma’, así las anoréxicas hablan de una lucha espiritual, de una batalla entre el bien y el mal, entre la mente, la voluntad, y el apetito, o sea el cuerpo. Como escribía Ellen West (1945): ‘Me siento sin poder hacer nada ante dos fuerzas hostiles que se destruyen mutuamente’.”

Bruch (1974, 1978) consideraba esta sensación de lucha interna por el control o el dominio del cuerpo y sus necesidades como una característica de todos los trastornos de la alimentación. Las anoréxicas restrictivas se aproximan a la consecución de un dominio casi total del cuerpo y sus necesidades, mientras las bulímicas tienen la sensación de no ser dueñas de sus cuerpos ni de sus apetitos, de vivirlos como una fuerza externa invasora. En esta batalla la delgadez representa un triunfo de la voluntad sobre el cuerpo y el cuerpo delgado (es decir el no-cuerpo) se asocia “*a la pureza absoluta, a la hiperespiritualidad y a la trascendencia de la carne. Mi alma parecía crecer a medida que mi cuerpo se sujetaba; me sentía como uno de aquellos primeros cristianos que ayunaban bajo el sol del desierto. Me sentía invulnerable, limpia y fuerte, como los huesos que dibujaban mi silueta*” (Woods, 1981).

Esta concepción de la anorexia no es el resultado de una elaboración puramente teórica, sino del análisis minucioso del discurso de pacientes anoréxicas que han tenido el valor de dirigir una mirada introspectiva a su experiencia y sobre cuyo testimonio se va a basar nuestro trabajo en las páginas que siguen. No es nuestra pretensión elevar a conclusión definitiva los resultados obtenidos con una metodología cualitativa -la del análisis textual- a partir de unos pocos testimonios escritos sobre la experiencia anoréxica. Creemos sin embargo que este tipo de análisis nos va a permitir establecer algunas constantes discursivas que caracterizan el discurso anoréxico y que nos ayudan a determinar el eje sobre el cual se construye la anorexia como forma de estar en el mundo, a saber: **la restricción de la corporalidad**.

Anoréxicas y bulímicas se mueven por el mismo objetivo: perder peso o adelgazar; pero con métodos distintos y motivaciones divergentes. Las anoréxicas usan el control interno de su organismo con el ayuno, condicionan los jugos gástricos y las contracciones del estómago a no responder a estímulos internos ni externos, llegando a modificar el circuito hipotalámico de regulación del hambre. Su motivación es la de espiritualizar el cuerpo, negando su dimensión carnal. No intentan agrandar a los demás, sino todo lo contrario, mantenerse al margen para no ser desposeídas de su propio yo. En un vano intento de evitar la mirada enajenadora del otro consiguen no ser objeto de deseo sexual.

“Porque yo necesitaba estar más delgada, pero no para estar más guapa, porque evidentemente yo he asumido delante de los tíos que soy un

desquicio. Me vestía mal, muy mal, porque lo que no soportaba era lo que me habían dicho a los trece años: que si el color, que si las tetas, que si los pellizcos... Esto no lo soportaba y entonces lo eliminé cuando eliminé la regla. Se me volvió el pecho a la mitad de lo que tenía... Todo esto lo solucioné... Entonces me trataban como una persona asexualada.” (Carmen)

Son miradas y observadas por los ojos inquietos de los demás como objeto de horror y espanto. Renegando de su corporalidad han renunciado a su humanidad; pero esto no las perturba, al contrario, las conforta y confirma: son seres casi espirituales, han alcanzado un plano superior. Para ellas el trastorno alimentario es absolutamente egosintónico.

“Yo a mi cuerpo no le tenía ningún tipo ni de cariño, ni de respeto, ni de nada. Él tenía que cumplir una obligación que era adelgazar y punto.” (Carmen).

“Desprecio el comportamiento de los demás. Es vulgar comer, hacer el amor, desear. Cada vez que engordo un poquito siento un profundo desprecio por las personas que comen, hacen el amor, ríen. Todo lo que me rodea es obsceno y desagradable” (De Clerq, 1990).

“Gente vulgar mi familia, preocupada sólo por la comida... Sólo se preocupaban de comer y comer, especialmente mi padre... Un auténtico bellaco (mi padre) que tenía a las mujeres sólo para explotarlas y gozar de ellas... Juré solemnemente que algún día llegaría a ser alguien... También algún día haría una cosa grandiosa y todos se enterarían de quien era yo... Ahora sabía lo que tenía que hacer: para empezar, adelgazar... Y la certeza de que era superior a las demás, inmaculada y segura de no caer en la vulgaridad de un contacto masculino”. (citado por Mara Selvini, 1989).

Las bulímicas, en cambio, intentan adelgazar, controlar el peso, conservar la línea sin dejar de comer. Al contrario se dan unos grandes atracones, cuyos efectos dietéticos intentan luego controlar a través de distintas estrategias: vómitos provocados, laxantes, regímenes y dietas, períodos de ayuno, seguidos de visitas compulsivas a la nevera o a la bollería de la esquina. Esta forma de control de la corporalidad a través de manipulaciones externas al organismo no consigue más que alterar la regulación espontánea del sistema homeostático del hambre. Como consecuencia el descontrol no hace más que aumentar el trastorno alimentario: los altibajos hiper- e hipocalóricos provocan sensaciones compulsivas de hambre que no consiguen ser frenadas ni reguladas por más dietas que se inventen. Su motivación, en el polo opuesto de las anoréxicas, es agradar a los demás, gustar físicamente, complacer sexualmente, aunque para ello tengan que arruinarse la vida en una lucha absurda contra cien gramos de más o de menos. Para ellas la base de su aceptación y autoestima no se halla en sí mismas sino en el juicio de los demás,

y este juicio tiene que ver con el cuerpo, con un cuerpo que es para los demás:

“No me importa saber si lo hace con todas las chicas que lleva a su casa, lo importante es que lo haga también conmigo... Para él mi gordura no es una barrera... Me considera una mujer y yo con él me siento algo muy distinto a una insensible bola de grasa. Me toca por todas partes y no tengo tiempo de avergonzarme de mis redondeces. Palpa, aprieta, muerde. Sus manos no paran de explorar en cada pliegue de mi cuerpo. Se hunden en mi abundancia y como por encanto mis odiadas redondeces dejan de ser el tormento de siempre y se convierten en un nido suave para sus caricias... Aunque no me volviera a querer, aunque desapareciera de mi vida será la primera persona que me habrá hecho capaz de suscitar en los otros algo distinto a la conmiseración, el asco o la ironía... Además, y esto es absolutamente particular, la persona más importante para mí en este momento se comporta como si no le interesase para nada mi dieta, todavía más como si fuese contraria a ella... Y yo no consigo hacerle entender que sólo por su amor estoy intentando llegar a ser una chica normal.” (Schelotto, 1992).

En realidad no es que las bulímicas estén especialmente interesadas por el sexo, como si se tratase de un colectivo de ninfómanas, sino simplemente de hacer cualquier cosa para agradar a los demás, particularmente al compañero. Como dice una de ellas:

“Sinceramente, el deseo de ser penetrada no era muy fuerte en mí, ni me he masturbado nunca. Me parece algo tan lejano; solamente tengo necesidad de ternura... En el fondo no tengo que hacer nada, sólo acoger sus besos y las caricias de sus manos delicadas que me hacen sentir querida... Cualquier cosa que hago, incluso las más inconfesables como intentar adelgazar, las hago por él. El problema es que pienso que ya no sé qué significa hacer algo por mí misma. No consigo concebirme a mí misma sino como a alguien que debe agradar en cada situación” (Giannini, 1993).

Esta necesidad de agradar llevaba a Anna, la paciente bulímica de Göckel (1991), a simular el deseo y el orgasmo con tal de sentirse unida y protegida por los hombres, como su tercer marido, a quien había conocido en una discoteca y con quien había hecho el amor aquella misma noche:

“Buscaba su afecto, sus caricias, calor y protección. Podía acunarme durante horas y horas, y yo tenía la sensación de que me aceptaba totalmente. Sabía satisfacer mis necesidades, a veces parecía conocerme mejor que yo misma. Me viciaba, me preparaba la comida, me llevaba fuera de casa, sexualmente se sentía muy atraído por mí, en definitiva se ocupaba de mí. Tenía la impresión de que se interesaba realmente por mi persona. Me hacía sentir tal como era”.

Es en este contexto de agradar a cualquier precio a los demás cabe inscribir el deseo de la delgadez y la distorsión perceptiva del propio cuerpo, característica de los trastornos alimentarios. Como dice la paciente de Giannini (1993): *“Por ahora me veo todavía abundante, tal vez porque en mi ánimo soy profundamente delgada y es así como me gustaría verme en el espejo”*.

La fantasía de un cuerpo especialmente esbelto como condición para la aceptación y la autoestima (Göckel, 1996) lleva a muchas mujeres a la tortura de las dietas, los ayunos y los vómitos del ciclo bulímico para conseguir un cuerpo que no existe:

“Empecé a culpabilizar el cuerpo de todos mis problemas. Si no fuese tan fea, gorda, muelle y flácida, sería feliz y famosa. Estaba convencida de que un cuerpo, esbelto, diminuto lo arreglaría todo. Medía un metro y ochenta y tres centímetros y pesaba 66 kilos. En las fotos de los anuarios del colegio era más bien delgada y bastante atractiva, pero yo no conseguía verlo. Más que nada en el mundo quería ser exitosa, sensata, sofisticada, excitante, sexy, bella y especial. Quería ser delgada, admirada y amada. En cambio me sentía torpe, tímida, gorda, llena de defectos y extremadamente sola. A los veintitrés años decidí tomar las riendas de la situación y reconstruirme. Barrería todos los sentimientos de inadecuación y de soledad de un escobazo: iba a adelgazar. Con el empeño que caracterizaría a una novicia que hace los votos religiosos me dediqué en cuerpo y alma a un programa de adelgazamiento. Mi razonamiento era patéticamente simplista: si pierdo peso puedo arreglar todas las cosas de mi vida que no funcionan. Cuando adelgace me sentiré bien. Estaré orgullosa de mí y tendré confianza en mí, no seré tímida y torpe. Seré alegre y extrovertida, me gustará a mí misma y a los demás. Seré equilibrada y confiada, capaz de gestionar mis problemas, aun los más graves, con rapidez y exquisitez. Cuando adelgace seré alguien verdaderamente especial; los otros me acogerán y me querrán a su lado. Seré muy feliz... Este tipo de lógica estúpida me llevó a una trampa de doce años llamada anorexia y bulimia. Adelgacé tanto que estuve a las puertas de la muerte; en lugar de construir una vida feliz me estropeé la salud y desencadené un período de depresión y miseria que duró más de diez años. La pérdida de peso, la maravillosa solución de todos mis problemas no había funcionado. Necesité mucho tiempo para admitir que ser delgada no conseguiría nunca hacerme feliz. Me hizo falta todavía mucho más tiempo encontrar lo que en cambio sí podía funcionar”. (Rubel, 1995).

Anoréxicas y bulímicas se mueven como hemos visto sobre un eje común, el del control de la corporalidad, aunque con resultados, motivaciones y métodos contrapuestos. Esto significa que la dimensión de este eje se halla delimitada por polos también opuestos que tienen que ver con el grado mayor o menor de control

efectivo que se es capaz de llevar sobre el cuerpo. Esto da lugar a una distribución de la población afectada por los trastornos alimentarios relacionados con el control de la corporalidad que se corresponde en la práctica con una distribución normal, cuyos extremos vienen ocupados por las anoréxicas restrictivas en un polo y las bulímicas compulsivas en el otro. En el centro se hallan aquellas personas que, aun preocupándose por la dieta y el control del peso, consiguen mantener un cierto equilibrio. Este equilibrio la mayoría de las veces es el resultado de una combinación de actitudes y estrategias que participan de ambos polos en mayor o en menor grado o con predominio de uno sobre el otro, dando origen a una gran variedad de situaciones intermedias que alimentan generosamente las industrias dietéticas.

El siguiente caso puede resultar ilustrativo al respecto. Rosana, paciente de la Italia meridional, de 27 años, licenciada en letras con un expediente académico brillantísimo, que en el momento de la consulta está preparando el doctorado, describe así su situación:

“He venido aquí porque a partir de un cierto punto me he dado cuenta de que soy un poco anoréxica. Aunque no me había dado cuenta en realidad lo sabía desde hace ya muchísimo tiempo. He continuado así durante tiempo y digamos que ha habido momentos en los que me tomaba conciencia de que estaba cayendo por la pendiente de la anorexia. Pero en general se tiende a ignorar ciertas cosas y a decir “no es un problema mío”. Prácticamente he continuado así durante años hasta abril de este año que es cuando he comenzado a sentirme mal físicamente. Había llegado a pesar 46 kilos (1.60 de altura) y me encontraba muy mal físicamente, aunque en realidad hacía ya un par de años que pesaba alrededor de 47/48 kilos, por lo que no se puede decir que haya perdido mucho. Nunca me he llegado a privar completamente de la comida, en el sentido de que no he vomitado nunca ni he hecho un ayuno riguroso. Pero comía muy poco, llevaba una cuenta minuciosa de las calorías, nada de pastelería ni bollería, nada de pasta. Comía sólo aquellas cosas que en mi opinión no me habían de engordar. El problema es que a partir de un determinado momento, aun comiendo entre comillas, en lugar de engordar, adelgazaba. A partir de aquí me he dado cuenta de que no asimilaba la comida y que tenía una serie de problemas a nivel físico: me sentía muy débil, estaba anémica, se me retiró la regla, etc. Mi médico me ha mandado aquí y la doctora me ha abierto los ojos al hacerme ver que soy un poco anoréxica.

Al principio no relacionaba tampoco el problema de la regla con el de la comida. Pensaba que eran dos problemas diferentes. Me sentía distinta de las demás, pensaba que era una de tantas cosas que la vida no me había dado... Las cosas que no me han sido concedidas en la vida son todas aquellas que me hacen sentir distinta a las demás. Cuando era pequeña

probablemente eran las amistades y yo no tenía muchas amistades en general y me sentía muy distinta por esto. No tenía la capacidad de otras personas para enfrentarme a los demás, y por tanto, vivía encerrada en mi caparazón. Probablemente tampoco me ha sido concedido el afecto, ni la comida cuando era más pequeña (mi madre no me compraba nunca ni bollicaos ni helados porque estaba comiendo chucherías todo el día), y más tarde, cuando me he hecho mayor me han sido negadas igualmente todas las cosas normales, como los chicos, el hecho de no poder tener hijos o de no poder casarme...

Antes era más tranquila, aunque ya durante el bachillerato hice alguna dieta, fui a una dietóloga..., pero no lo vivía tan mal, sobre todo porque la mayor parte del tiempo se me iba en los estudios. Después, en cambio, en la universidad, al ser más libre lo he empezado a ver de otra manera. Me veía tan inteligente y exitosa en los estudios que tenía que llegar a ser también muy bella: si destacaba en los estudios tenía que hacerlo también en la vida, para poder llegar a ser de este modo perfecta... He tomado conciencia del hecho de que quiero realizarme con mi actual imagen exterior, que no quiero modificar en absoluto... Me gusta mi imagen exterior; cuando no entro en crisis, me gusta... Entrar en crisis depende aparentemente de las personas que me rodean, pero fundamentalmente depende de mí, de la importancia que le doy al hecho de que los demás no acepten todavía mi manera de ser y depende de las cosas que hago, que tienen que ver con mi realización...

Realizarme responde a una imagen que tengo de mí misma. No me gustaría ser la clásica mujer de carrera que vive sola. Quiero llegar a ser una madre y una mujer; no una mujer, sino una persona. Quiero encontrar un trabajo que me guste, llegar a ser reconocida por lo que hago, no me gustaría quedarme en un rincón oscuro. Pero todo esto sin renunciar a una familia... Mi imagen física está bien ahora tal como está; digamos que podría adaptarse perfectamente al modelo que tengo de mí misma si no cambiase en nada."

Tal como se define a sí misma, Rosana es un "poco anoréxica". En efecto: no lo es del todo ni por el peso ni por las motivaciones, ni por los métodos. Hay ciertamente un deseo de "ser perfecta", pero ya le gusta "su imagen exterior", que no quiere modificar. Se mueve en la ambigüedad de "ser mujer o ser persona", como dice ella; pero no quiere ser "la clásica mujer de carrera que vive sola". Desea ser exitosa "pero sin renunciar a una familia". Nunca se ha llegado a "privar completamente de la comida, en el sentido de que no he vomitado nunca ni he hecho un ayuno riguroso,... aunque ya durante el bachillerato hice alguna dieta...". Sin embargo, ocupa una situación en el espectro de la preocupación por la corporalidad, es un poco anoréxica en la medida en que participa del deseo de control del cuerpo

como elemento de significación simbólica.

Éste es un criterio que permite distinguir claramente la anorexia de otros trastornos centrados sobre el cuerpo como la hipocondría. En la anorexia hay un intento de control de la corporalidad, del cuerpo como “sax”; en la hipocondría el objeto del control no es el cuerpo, sino el organismo, el objetivo de las dietas no es la perfección o la belleza, sino la salud. Por el contrario en los trastornos alimentarios, los intentos de adelgazar, especialmente en la mujer “constituyen un atentado contra la salud y un fracaso en su aceptación de la condición corporal femenina” (Toro, 1996).

2. VIAJE AL INTERIOR DE LA ANOREXIA: EL DISCURSO ANOREXICO

En este artículo nos interesa identificar fundamentalmente los constructos discursivos que caracterizan la anorexia, los elementos ideológicos que tiene en común aquellas pacientes que han conseguido mantenerse, al menos durante algunos años, enrocadas en una postura de rechazo total de la corporalidad, utilizando predominantemente para ello métodos de control interno, como el ayuno o las dietas rigurosas y, sólo secundariamente, el vómito y los laxantes. Algunas de ellas han muerto en el empeño, otras con el paso del tiempo se han estabilizado evolucionando hacia la bulimia, otras han encontrado una dieta de supervivencia, llegando a estar sólo “parcialmente curadas”, otras se han curado completamente o casi; a la mayoría de éstas debemos los testimonios publicados sobre la experiencia anoréxica (Bills (1995), De Clerq (1990), Göckel (1991, 1994) Memmo (1997), Mac Leod (1982), Rubel (1995), Schelotto (1992), etc.

Para nuestro viaje al interior de la anorexia utilizaremos textos de varias anoréxicas mayormente restrictivas. Tal vez el análisis de sus textos y el intento de comprensión empática de sus experiencias nos ayuden a comprender la esencia del discurso anoréxico y, a la vez, las condiciones de su superación. El objetivo de centrarnos preferentemente sobre el discurso de las anoréxicas restrictivas obedece a la hipótesis de que si conseguimos describir de forma claramente diferenciada los extremos ideológicos de uno de los polos de construcción del continuo anorexia-bulimia nos será más fácil posteriormente describir de forma opositiva los extremos de su contrario. En un intento de captar las invariantes fenomenológicas de la vivencia anoréxica, en la tradición iniciada por Hilde Bruch (1974, 1978) e inspirada en el análisis existencial, nos serviremos de tres textos autobiográficos correspondientes a cada uno de los tres tercios del siglo XX, con influencias históricas, sociales y culturales claramente diferenciadas en cada caso. Empezaremos esta selección con un texto que se ha convertido en un clásico, el caso Ellen West, sobre el que publicamos hace ya algunos años un extenso estudio (Villegas, 1988), que reproducimos ahora actualizado.

2.1. REBELDE SIN CAUSA: EL CASO ELLEN WEST

Ellen West es el seudónimo de una paciente que fue admitida el 14 de enero de un año indeterminado del primer cuarto del siglo XX en la clínica Bellevue de Kreuzlingen, de la que L. Binswanger era superintendente, y que murió después de tomar una dosis letal de veneno en la noche del 2 al 3 de abril del mismo año a la edad de 33 años. Ningún dato que nos permita su identificación histórica nos es ofrecido por Binswanger (1945), a cuyo relato se referirán en adelante nuestras citas. Sin embargo es uno de los casos de la psiquiatría que ha sido descrito con más detalle y que ha merecido más comentarios (Laing, 1982; Minuchin, 1984; Rogers, 1977).

El diagnóstico de su patología fue muy controvertido ya en vida de la paciente y lo ha continuado siendo, aún después de muerta, por diversos autores. A los 25 años se le diagnosticó síndrome basoweide y fue visitada por varios neurólogos. A los 31 estuvo ingresada en un sanatorio para tratar su metabolismo. A los 29 sufrió un aborto, el cual fue seguido por irregularidades menstruales y la paralización del ciclo (amenorrea). Durante este período las relaciones sexuales se vieron interrumpidas por espacio de tres años. Tres ginecólogos consultados durante este tiempo manifestaron opiniones diversas, a veces contradictorias, respecto a la posibilidad de un nuevo embarazo.

En relación a su salud mental los diagnósticos fueron todavía más encontrados. Un primer analista diagnosticó histeria. El segundo afirmó que la paciente padecía neurosis obsesiva grave con oscilaciones maníaco-depresivas. El propio Kraepelin le diagnosticó una simple melancolía. El médico de cabecera halló únicamente psicastenia. Finalmente, tanto Binswanger como Bleuler llegaron a la conclusión que se trataba de un caso de esquizofrenia progresiva (*schizophrenia simplex*). Un tercer psiquiatra habló de “constitución psicopática de desarrollo progresivo”. Los tres convinieron en “que no se trataba de un caso de neurosis obsesiva ni de psicosis maníaco-depresiva y que no es posible ningún tratamiento de eficacia segura”.

¿Cuál era la sintomatología que daba origen a este revuelo de diagnósticos y contra-diagnósticos, de idas y venidas a tantos médicos y sanatorios? Algo que en nuestros días es conocido con el nombre de “trastorno de la conducta alimenticia”. Todos los síntomas esenciales relativos a la *anorexia* (DSM-III, 307.10) se hallan presentes en este caso:

- **“miedo intenso a la obesidad”**

“Algo en mí se rebela contra la idea de idea de ponerme gorda, de ponerme sana, de desarrollar unos mofletes rojos, de convertirme en mujer sencilla y robusta, como corresponde a mi verdadera naturaleza” (p. 313).

- **“pérdida significativa de peso”**

(la curva ponderal que podemos trazar a partir de los documentos es la siguiente: 72kgs. (28 años), 47 (31 años), 42 (32 años), 46/47 (33 años).

- **“rechazo a mantener el peso corporal dentro de los límites normales”**

“Estoy arruinándome en mi lucha contra mi naturaleza. La fatalidad me

quiso obesa y fuerte, pero yo quiero ser estilizada y delicada” (p. 319).
- **“y amenorrea en las mujeres”** (desde los 29 años en Ellen West, p. 300).

La pérdida de peso la conseguía Ellen West a pesar de su “apetito voraz” con provocación de vómitos, utilización de laxantes (60/70 laxantes vegetales diarios; libras de tomates y hasta 20 naranjas por día) e intenso ejercicio físico (excursiones de hasta 25 millas diarias).

Como sintomatología asociada se aprecia “un descontrol sobre el intento de restricción voluntaria en la ingesta de alimentos”, (*bulimia*, según DSMIII, anorexia tipo compulsivo/purgativo, según DSM IV 307.1):

“Tiemblo de pies a cabeza, el afán de comerlo todo lucha dentro de mí una furiosa batalla contra la resolución de no comerlo, hasta que por fin pego un salto y mando retirar todo lo que queda para no incurrir en el riesgo de comérmelo después de todo”, (p. 320), así como conductas peculiares en relación a las comidas: copiar recetas de cocina, esconder parte de la comida en el bolso (p. 301).

Hasta aquí lo que Laing (1982) llama “la mirada diagnóstica”, que con toda probabilidad no hizo más que reforzar la sintomatología de Ellen West, depauperando hasta tal punto su existencia que al final ya sólo vivía para sus síntomas:

“Mis pensamientos están fijos exclusivamente en mi cuerpo, mi comida, mis laxantes”. (p. 302).

Esta obsesión, causa de frecuentes inculpaciones y autorecriminaciones, la llevó finalmente al suicidio después de cuatro intentos fallidos y provocaciones directas al homicidio -llegó a ofrecer 50.000 francos suizos a un labrador para que la matara de un balazo y a pedir a su esposo que le diera muerte (p. 312).

La aparatosidad de la sintomatología de Ellen West es tan grande que el propio Binswanger (1945) se lamentaba de no haber dispuesto en aquel tiempo de los tratamientos de choque, aunque reconocía que esto solamente hubiera retrasado el desenlace final.

En el caso de Ellen West, en efecto, no asistimos solamente a una sintomatología crítica de una adolescente anoréxica, sino a una crisis personal arrastrada durante trece años, donde el síntoma va ocupando progresivamente el lugar de las otras metas de la vida:

“Como un único criterio de acción era averiguar si una cosa me engordaba o me enflaquecía, pronto perdieron todas las cosas su significado” (p. 310).

“Lo que antes constituía para mí un placer, es ahora una tarea, algo intrínsecamente insensato, ideado para ayudar a pasar las horas. Lo que antes me parecía una meta en la vida, toda la cultura, todo el esfuerzo, todas las realizaciones son ahora oscuras, abrumadoras pesadillas que me aterran” (p. 311).

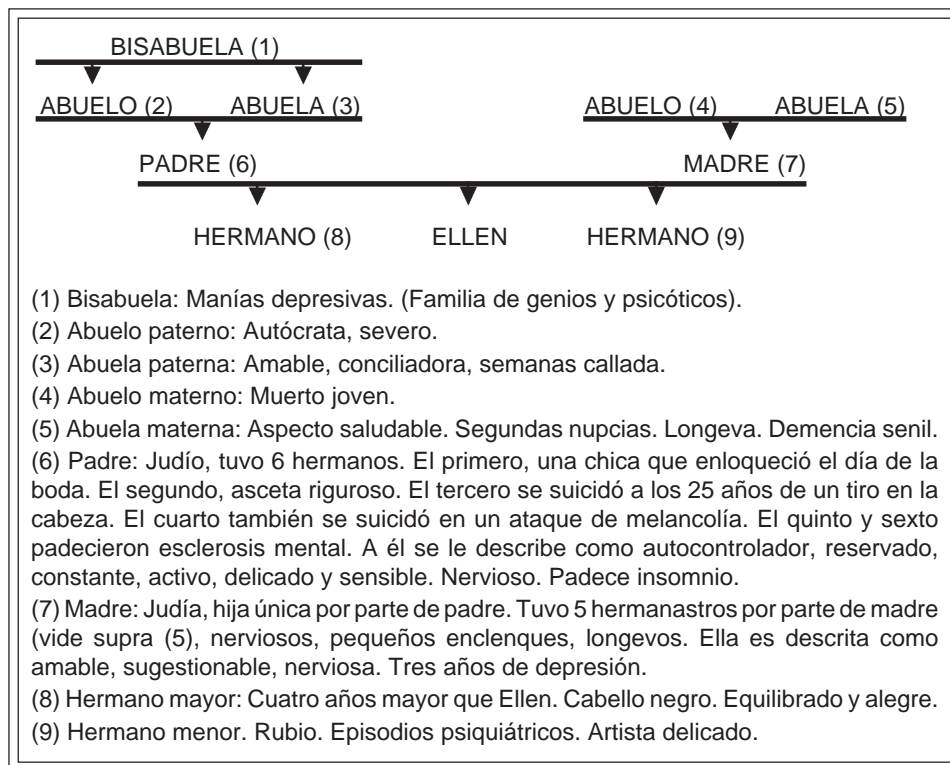
2.1.1. Aproximación biográfica

Empezaremos por describir esquemáticamente todo lo que conocemos de la personalidad histórica que se oculta bajo el nombre de Ellen West, extrayéndolo del material disperso que nos ofrece Binswanger.

Un informe médico de la clínica Bellevue nos la describe como “una mujer de altura media, adecuadamente alimentada (?), con tendencia a hábitos pícnicos y de arquitectura corporal masculinoide. Sin embargo no hay señales de caracteres masculinos pronunciados... Forma facial oval y lisa. La glándula tiroides no es palpable... Falta de menstruación por varios años. El examen neurológico no muestra nada notable” (p. 316).

No conocemos con exactitud la fecha de su nacimiento. Por referencias indirectas del texto deducimos que nacería a finales de julio de un año indeterminado del último cuarto del siglo XIX. Tampoco se nos dice nada en concreto sobre su nacionalidad: sabemos que no es suiza, pero se deduce que debió nacer en ultramar (Norteamérica?) de familia judía. Era la segunda de tres hermanos. Dado su árbol genealógico aparece descrito de forma muy confusa en el texto, hemos optado por representarlo gráficamente (Cuadro 1).

CUADRO 1: ÁRBOL GENEALÓGICO DE ELLEN WEST



El curso biográfico de Ellen West es particularmente oscuro respecto a los 10 primeros años de su vida. A pesar de haber seguido dos tratamientos psicoanalíticos, estamos, como nota Binswanger, “completamente a oscuras respecto a su infancia”. De sus primeros años sabemos “que era una niña vivaracha, pero tozuda, y que siguió la escuela en su patria de origen hasta que la familia se trasladó a Europa”. Aquí siguió los estudios en un colegio femenino: “era buena estudiante, le gustaba ir al colegio y era muy ambiciosa”, lloraba si no conseguía el primer puesto en la clase y no dejaba de asistir a la escuela ni que estuviera enferma. Sus asignaturas favoritas eran el alemán y la historia (p. 290).

Hasta sus 16 años “sus juegos eran de muchacho; prefería llevar pantalón” y todavía se chupaba el pulgar. A partir de esta edad se volvió más femenina, aunque en una poesía del año siguiente expresaba su ardiente deseo de ser chico “*porque así podría ser soldado, no temer ningún enemigo y morir gozosamente blandiendo la espada*” (p. 290). Se considera llamada a realizar alguna misión especial; lee mucho, se ocupa intensamente de los problemas sociales, siente profundamente el contraste entre su propia situación social y la de las “masas” y traza planes para mejorar la condición de los pobres. A esta edad, de diecisiete años, a consecuencia de haber leído *Niels Lyne* de J. P. Jacobsen, pasa al ateísmo total, abandonando su profunda religiosidad.

A partir de los 18 años disponemos, aunque fragmentariamente, de documentos autobiográficos a partir de los cuales hemos reconstruido lo poco que sabemos de su historia. Una mirada atenta a ésta nos descubre una existencia humana en su complejidad más allá de la sintomatología. Esta mirada global nos permite descubrir puntos de inflexión en esta existencia que marcan el paso hacia un punto sin retorno. La representación sintética de la vida de Ellen West describe una línea de proyección que apunta fuerte en la adolescencia y juventud, pero que va replegándose estérilmente sobre sí misma a medida que pasan los años hasta su autodestrucción.

La primera observación que salta a la vista en el caso de Ellen West es que la sintomatología anoréxica, aunque presente desde los 20 años, no ocupa el centro de su existencia hasta el penúltimo año de su vida en que aparece por primera vez la angustia y acude al psicoanálisis:

“En otoño de 19.. (al comenzar mis treinta y dos años) sentí la angustia por primera vez. Solamente una angustia muy indefinida y débil; en realidad apenas si era más que un atisbo de que me encontraba en las redes de un poder misterioso que amenazaba destruir mi vida. Sentí que todo mi desarrollo interior se paraba; que se cegaba totalmente el manantial de vida y expansión, porque se había apoderado de mi alma una sola idea: y esa idea era algo indeciblemente ridículo. Mi razón se rebela contra ella y yo empleé a fondo toda mi fuerza de voluntad para arrojarla de mi espíritu. En vano. Demasiado tarde: ya no podía librarme de ella, y yo anhelaba la liberación y la redención que obraría en mí algún sistema

curativo. Así me presenté al psicoanálisis”. (p. 310).

Hasta estas fechas Ellen West había desarrollado muchas actividades: estudios secundarios (*Matura* para Economía política -a la que no se presentó-, examen de ingreso en Magisterio, Cursos Mesendieck, clases y conferencias en la Universidad); trabajo (biblioteca y guardería infantiles, agencia de Bienestar Social desde los 18 años hasta los 31 años); deportes (equitación, gimnasia, excursiones y marchas); viajes (tres travesías transoceánicas entre los 19 años y los 25, un viaje a París y una larga estancia en Sicilia); había experimentado una vida sentimental intensa (de la que se conocen al menos tres amores importantes: un forastero romántico, un estudiante de la universidad y el primo con quien finalmente se casó a los 28 años, aparte de las alusiones a un “joven Apolo” y de una aventura amorosa desagradable con el profesor de equitación).

Otra observación que se impone a la vista de la cronología es la posible (co)incidencia yatrogénica entre el agravamiento de la enfermedad y la psiquiatrización de la sintomatología. En efecto, sus problemas con la comida fueron considerados inicialmente como disfunciones metabólicas (tiroides) y tratados como tales desde los 23 años hasta los 32, año en que se agrava su estado e intervienen masivamente la psiquiatría y el psicoanálisis. Sin pretender establecer una relación de causa efecto, se observa que el síntoma adquiere un carácter obsesivo dominante e incluso cambia de foco -del miedo a engordar, al impulso incontrolable por comer-, coincidiendo con la sesión diaria de tratamiento. Nada impide pensar, en efecto, que el centramiento en el síntoma pueda reforzarlo.

“Cuando abro los ojos por la mañana, allí surge ante mí mi gran tragedia. Incluso antes de estar totalmente despierta ya estoy pensando en comer. Asocio todas las comidas con sensaciones de terror y de agitación. Todas las horas entre comidas me acosa el pensamiento: ¿Cuándo volveré a sentir hambre? ¿No me gustaría incluso comer algo ahora mismo?... Y así sucesivamente una y mil veces, en formas muy variadas pero siempre con el mismo contenido. No es de extrañar que ya no pueda tener contento. Sólo conozco el terror y la tristeza, la ausencia de placer y la falta de valor” (p. 311).

2.1.2. Formación y fracaso de un proyecto

El proyecto existencial de Ellen West se puede analizar detalladamente siguiendo la evolución de su ideal: un ideal que pronto experimentará la escisión entre dos mundos, el propio (*Eigenwelt*) y el ajeno (*Mitwelt*), por incompatibilidades mutuas. Esta lucha entre los dos mundos ideales enfrentados y su propia realidad la llevarán a la autodestrucción final.

Empecemos primero por describir la representación que Ellen West hace idealmente de sí misma (**Eidos**). Ella es, ante todo una mujer *revolucionaria*:

“No soy una muñeca. Soy un ser humano con sangre roja y una mujer con

corazón trepidante. No puedo respirar en esta atmósfera de cobardía e hipocresía; quiero hacer algo más y acercarme más a mi ideal, a mi magnífico ideal... ¡Libertad! ¡Revolución!” (p. 295).

“No, no hablo en camelo. No hablo de la liberación del alma, hablo de la liberación real, tangible del pueblo de las cadenas de sus opresores. ¿Tendré que decirlo todavía más claro? Quiero un gran revolución, un alzamiento en masa que se extienda por todo el mundo y derribe todo el orden social” (p. 296).

Estas ambiciones implican para Ellen un cierto grado de masculinización o al menos de androginia, lo que le lleva a desear en sus poesías ser un chico para poder ser soldado, no temer a ningún enemigo y morir gozosamente blandiendo la espada (p. 290). Esa imagen revolucionaria no es vivida inicialmente en contradicción con el amor, ni le impide ser absolutamente femenina y sentirse dispuesta a compartir la vida con un hombre:

“¡Oh, si viniese él ahora!... Él debe ser alto y fuerte y tener un alma tan pura y tan inmaculada como la luz de la mañana. Él no debe jugar con la vida ni soñar en ella, sino vivirla en toda la plenitud de su seriedad y de su placer. Debe ser capaz de ser feliz, de quererme a mí y a mis hijos y saber disfrutar con la luz del sol y con el trabajo. Entonces yo le daría todo mi amor y toda mi fuerza” (p. 293).

Su inspiración ideológica es el nihilismo ruso (Bakunin, Pisarev y el dramaturgo escandinavo Jacobsen), que exige el desprendimiento de las riquezas y el compartir la vida con los más pobres, junto a la ruptura del orden establecido:

“¡La nota predominante a nuestro alrededor y bajo nuestra mirada es una voz tan profunda de desgracias ilimitadas! Ahí están danzando en esta sala de fiestas... y a la puerta una pobre mujer muriéndose de hambre. ¡De hambre! No le llega un pedazo de pan de la mesa de la abundancia. ¿Has visto cómo el elegante “gentleman” acompaña su conversación aplastando despacio entre sus manos un apetitoso bollo? Y fuera, tiritando de frío, una mujer pide a gritos un mendrugo reseco... ¿ Y para qué cavilo sobre esto? ¿No hago yo lo mismo?... (p. 292).

“¿Estás preconizando que hagamos concesiones? ¡Yo no las haré! Tú te das cuenta de que el orden social existente está podrido, podrido hasta sus raíces, sucio y ruín; pero tú no haces nada para volcarlo. No tenemos derecho a cerrar los oídos a los gritos de miseria ni a pasar de largo con los ojos cerrados junto a las víctimas de nuestro sistema” (p. 295).

“Quisiera abandonar mi hogar y a mis padres como un nihilista ruso, para vivir entre los más pobres de los pobres y hacer propaganda en favor de la gran causa” (p. 296).

Justamente sus amores auténticos tienen que ver con esa imagen revolucionaria. El primer amor romántico y el del estudiante universitario responden a una

fantasía (tal vez posibilidad) de vivir una vida distinta, alternativa a la hipocresía de la vida burguesa. Este ideal era el que le impedía convertirse en la mujer de su primo Karl con el que finalmente se desposó y a quien escribía en una carta poco antes del desenlace final:

“En aquel tiempo tú eras la vida que yo estaba dispuesta a aceptar a cambio de mi ideal (el novio universitario). Pero era una resolución forzada, tomada artificialmente, sin haber madurado por dentro. Por eso no dio resultado. Por eso empecé a mandar de nuevo paquetes y a mostrarme tan opuesta a ti” (p. 303).

La visión que tiene ella del mundo circundante (Mitwelt) configura, sin embargo, su **Antieidos**. Ellen West pertenece a una clase social burguesa en la que se refuerza una imagen de mujer elegante y frágil, como su cuñada (p. 314), interesada únicamente por los asuntos familiares y mundanos, ajena a cualquier preocupación social:

“Tengo 21 años y se supone que debo callar o sonreír estólidamente como una muñeca” (p. 295).

El padre le impone un marido de acuerdo con su clase social, exigiéndole una separación temporal del estudiante universitario y se espera de ella que sea una esposa y madre “comme il faut”:

“únicamente me convertiré en tu verdadera mujer cuando renuncie finalmente al ideal de mi vida. Y esto se me hace tan difícil que hoy día estoy desesperada como hace unas semanas. ¡Pobre..., tenerte que estar decepcionando continuamente!” (p. 303).

Del conflicto entre estas dos imágenes contradictorias y su facticidad corporal y social surge una lucha entre el destino y la libertad que adquiere tintes de tragedia. En esta lucha Ellen West cede a las presiones del medio, renunciando a su libertad:

“¡Qué lástima esta mi joven vida, y qué pecado desperdiciar mi salud mental! ¿Para qué me dio la naturaleza salud y ambición? Seguramente no para ahogarla y encadenarla, ni dejarla languidecer entre las cadenas de la vida rutinaria, sino para servir a la miserable humanidad. Las cadenas de hierro de la vida vulgar: las cadenas del convencionalismo, de la propiedad y del confort, de la gratitud y la consideración, y las cadenas del amor, las más fuertes de todas. Sí, éstas son las que me tienen presa, las que me impiden mi vuelo caudal, mi completa entrega al mundo del sacrificio y la lucha por la que suspira toda el alma. ¡Oh, Dios, el terror me está volviendo loca, un terror que es casi una certeza! La conciencia de que en último término lo voy a perder todo: todo el valor, toda mi rebeldía, todo impulso de eficiencia; y que estas cadenas que constituyen mi pequeño mundo me van a hacer floja, floja y miedosa y mezquina como ellas mismas” (p. 295).

Así continúa en su diario, escribe Binswanger (1945), aireando el odio que

siente contra el lujo y la buena vida que le rodea y lamentando su cobardía y su debilidad, al no ser capaz de superar los obstáculos y sobreponerse a las circunstancias, y al dejarse ablandar, tan joven “*por la fealdad y el aire viciado de la rutina diaria*” (p. 297). La primavera la vuelve melancólica. No puede gozar del despertar de la primavera; sólo siente lo hondo que ha bajado no sólo de sus altos ideales de antes, sino de lo que era ella en realidad. Antes “se abría ante ella” el mundo y ella quería conquistarlo; sus sentimientos y sensaciones eran “fuertes y vigorosos”, amaba y odiaba “con toda su alma”. Ahora contemporiza; ella que se hubiera reído a mandíbula batiente si alguien le hubiera profetizado semejante porvenir; con cada año “*ha ido perdiendo un poco de su antigua fuerza*” (p. 297).

Hay en este abandono progresivo de sus ideales auténticos un fracaso en la realización histórica de sus proyectos y una renuncia a asumir su propia responsabilidad. En efecto, sus ansias de transformar el mundo de una manera radical se concretan en la creación de una biblioteca infantil (p. 295) y en el trabajo en guarderías y agencias sociales. Nada que sea comparable a la Revolución de Octubre. El trabajo viene a ocupar en su vida no un lugar de transformación de la realidad, sino el de “adormidera” de las inquietudes.

“¿Qué seríamos sin el trabajo... El trabajo es el opio contra el sufrimiento y el dolor” (p. 291).

“En momentos así pega un salto: feliz de ti si hay una llamada para ti, y ponte a trabajar con ambas manos hasta que desaparezcan las sombras de la noche. ¡Oh trabajo, tú eres sin duda la bendición de nuestras vidas...! Ahoga en el trabajo las voces de protesta. Llena tu vida con deberes. No pensaré tanto: no será el manicomio mi último domicilio” (p. 292).

Deja sus decisiones más importantes en manos de los demás, sin atreverse a asumir las riendas de su propia existencia. En realidad tiene miedo de estar sola, no se aleja ni un momento de sus padres (p. 292), le acompaña su nodriza a todas partes e incluso su marido se interna con ella en el sanatorio. Se fía más del criterio ajeno que del suyo propio: la propia sintomatología anoréxica se inicia a propósito del comentario de las amigas sobre unos kilos de más (p. 294). Su dependencia del mundo circundante es cada día mayor: “Aunque de pequeña prescindía en absoluto de la opinión de los demás, ahora está totalmente pendiente de lo que piensan los otros sobre su aspecto y su obesidad” observa Binswanger (1945, p. 317) el 22 de enero del último año de su vida. Ellen West transforma su ideal de cambiar el mundo (Mitwelt) por el de cambiar su propia naturaleza (Umwelt), sacrificando su cuerpo en aras de aquél:

“Algo en mí se rebela contra la idea de ponerme gorda, de ponerme sana, de desarrollar unos mofletes rojos, de convertirme en mujer sencilla y robusta, como corresponde a mi verdadera naturaleza” (p. 313).

“En todos los puntos soy sensata y tengo claridad de ideas; sólo en este estoy loca; estoy arruinándome en mi lucha contra mi naturaleza. La

fatalidad me quiso obesa y fuerte, pero yo quiero ser estilizada y delicada”
(p. 319).

Su existencia ideal sólo es posible idealmente y no encuentra puntos de anclaje en la realidad. Ellen West no acepta la facticidad y por eso quiere huir de este mundo. La muerte no es para ella el límite de la vida que posibilita el despliegue de la existencia, sino el fin que la niega.

“La muerte es la mayor felicidad en la vida, si no la única. Sin la esperanza del fin la vida sería intolerable. Lo único que me consuela un poco es la certeza de que tarde o temprano vendrá la muerte” (p. 295).

Ellen West pasa del deseo romántico de morir joven por alguna causa digna y gloriosa - *“los favoritos de los dioses mueren jóvenes”* (p. 320) - a considerar indecorosa su vida e indigna de ser vivida:

“La vida se ha convertido para mí en un campo de concentración, y yo ansío la muerte con el mismo ardor con que el pobre soldado cautivo en Siberia ansía regresar a su patria... ¡Karl, si me quieres, dame la muerte!
(p. 312).

Esta negación de la propia existencia se polariza en el cuerpo con el que se halla fundida:

“Mi yo interior está tan íntimamente fusionado con mi cuerpo, que ambos forman una unidad, constituyendo juntos mi “yo”, mi “yo individual”, nervioso ilógico” (p. 294).

y se transforma en una lucha absurda por comer y des-comer:

“Mis pensamientos están fijos exclusivamente en mi cuerpo, mi comida, mis laxantes” (p. 302).

lo que hace que se detenga “todo desarrollo interior y toda vida real (302). Su ideal revolucionario -”antiguos planes e ilusiones que nunca llegaron a realizarse” (p. 291)- se han transformado en una “idea fija”, primero, la de no engordar (p. 291), para ser substituida después por “el ideal de ser delgada, de carecer de cuerpo” (p. 303). Esta idea se va a convertir en el tema dominante de su existencia. Así se lo hace saber a su marido durante una de las largas caminatas que emprenden juntos:

“De pronto, con una fuerza elemental, le salió como una explosión la confesión de que sólo vivía para adelgazar, que toda su actividad la subordinaba a este fin y que esta idea había adquirido sobre ella un poder terrible” (p. 301).

Este tema ya no le abandonará y, a partir de los 32 años, ocupará prácticamente todo el espacio existencial:

“Como mi único criterio de acción era averiguar si una cosa me engordaba o me enflaquecía -escribe Ellen West-, pronto perdieron las cosas su significado intrínseco” (p. 310). Esta es una óptima definición de “tema”: un “criterio de acción”. Cuando en una vida existe un solo y único criterio de acción entonces podemos decir que esta existencia está tematizada y una existencia tematizada es

una existencia alienada:

“Yo quería averiguar los impulsos desconocidos que eran más fuertes que mi razón y me forzaban a organizar toda mi vida de acuerdo con una pauta que me daban hecha. El objetivo de esta pauta era adelgazar” (p. 310).

¿De dónde surgía esta pauta o criterio de acción (tema)? Ellen West quería averiguarlo y por esa razón se sometió al psicoanálisis por dos veces consecutivas. En la primera ocasión Ellen creyó “encontrar luz, pero no salud” (p. 302). En la segunda, “decepción” (p. 310):

“Cuando intento analizar todo eso no saco nada en limpio, sino cualquier teorización, cualquier elucubración. Pero entretanto yo sólo siento la inquietud y el terror. Todo esto son cuadros fantásticos; tengo que estrujarme el cerebro para elaborarlos. Sería fácil analizar así a cualquier otro. En cambio, yo tengo que pasar miles de horas espantosas” (p. 307).

“Es inútil que venga el análisis a decirme que eso es precisamente lo que yo quiero, ese terror, esa tensión. Parece una observación brillante, pero no alivia en nada la tortura de mi corazón... Es fácil decir: todo está claro... Pero ¿dónde, dónde realmente está la equivocación? Porque yo me siento infinitamente desgraciada y me parece una tontería decirme que eso es precisamente lo que quiero: ser desgraciada. Estas son palabras, palabras, palabras... y, entretanto, estoy sufriendo como nadie dejaría sufrir a un animal”. (p. 308).

¿Dónde está realmente la equivocación? Intentando dar respuesta a esta pregunta, Binswanger (1945) sitúa el error de Ellen West en su rebelión contra el propio destino. En el historial de muchos casos de esquizofrenia -escribe Binswanger- existe una rebelión deliberada y obstinada contra la forma en que la persona ha sido “lanzada a la existencia”, contra una forma particular del destino humano. (Una de las habituales es contra el sexo en las mujeres). En estos casos la existencia pretende ser distinta de lo que es y puede ser, con lo que va contra su estructura, intentando romper sus moldes, a la vez que se aferra desesperadamente a su propio ser. Pero esta estructura no puede romperse y menos destruirse sin reafirmarla una y mil veces, aunque de una forma anormal.

Si la persona queda fijada a esta forma inauténtica de existencia, a esta afirmación negativa de sí misma, pierde la elasticidad necesaria para acomodarse a la situación interna y externa. Ello sucede porque el vacío existencial que se produce es ocupado inexorablemente por el Mitwelt. El Mitwelt no responde a la idiosincrasia de una persona, sino al standard común a las otras personas extrañas y, como tal, le es ajeno, pero termina por poseerla. El sentimiento de vergüenza, por ejemplo, no es otra cosa que el desplazamiento del centro de gravedad de nuestra existencia desde el propio juicio al de los demás, experimentado como algo incuestionable.

Con ello el Yo se convierte en un estado de cosas sometido a la apreciación de

los demás, en otras palabras queda objetivado. Como resultado pasa a ocupar el primer plano el elemento que más se presta a la objetivación, *el cuerpo*. El cuerpo por su dimensión pública y observable se convierte, de este modo, en el elemento de controversia entre el mundo propio y el ajeno.

Eso es así, efectivamente, en el caso de Ellen West, la cual en su intento desesperado por ser distinta de lo que es, llega a pedir al Creador “*que la cree por segunda vez, pero un poco mejorada*” (p. 299), y como ello no sucede, termina por eliminar “*la manzana de la discordia*”, su propio cuerpo, dándose muerte de forma calculada y fría, después de haberse puesto en paz consigo misma y su apetito.

Lo que hubo de tan fatalmente equivocado en la vida de Ellen West no es otra cosa, para Rogers (1977), que la alienación de su experiencia. En el caso de Ellen West este proceso llegó a sus últimas consecuencias. En algunos de los momentos más significativos de su existencia, continúa Rogers, “le hicieron creer que su propia vivencia no tenía valor ninguno, que era falsa, equivocada e insensata, algo muy distinto de lo que debería sentir: “Ya no le quedaba modo alguno de saber lo que ella misma sentía o cuál era su opinión. Este es el estado más solitario de todos, aquél en el que la persona se separa casi por completo del propio organismo autónomo”.

Difícilmente se le puede negar la razón a Rogers en cuanto dice; pero su planteamiento no va mucho más allá de una comprensión empática, posiblemente insuficiente por sí misma para desarticular el entramado de la problemática de Ellen West. Escribe Rogers (1977) que ella hubiera podido ir descubriendo poco a poco que: “podía vivenciar... al mismo tiempo deseo de ser hombre y mujer, al mismo tiempo deseo de ser una esposa gordinflona, robusta y sumisa y deseo de ser una reformadora social, esbelta, brillante y combativa” .

No era éste, sin embargo, el deseo de Ellen West, quien distinguía entre voluntad (de engordar) y deseo (de adelgazar). Ella describía este conflicto como “*una lucha entre el deber y el deseo en el sentido kantiano*” (p. 304). Voluntad y deseo eran pues intrínsecamente incompatibles y no podían experimentarse “al mismo tiempo”, en contra de lo que supone Rogers. La solución que Ellen quería para sí misma, en cambio, debería haber sido mucho más mágica. Una sustancia que alimentara y no engordara:

“Si existiese una sustancia que contuviese alimento en la máxima concentración y que me permitiese mantenerme delgada, entonces me alegraría muchísimo seguir viviendo” (p. 319).

Sin embargo, cualquiera que haya seguido atentamente el desarrollo de la experiencia de Ellen West hasta este momento estará de acuerdo en que esta sustancia habría producido el mismo resultado que los otros tratamientos, a saber, ninguno. Ella había temido que al engordar disgustaría a su novio anterior (el estudiante) y, en todo caso, identificaba la delgadez con un tipo más distinguido e intelectual y la gordura con un tipo de judío burgués. Cuando se enteró por el dictamen del ginecólogo que no lograría sus aspiraciones como mujer -como

madre- a pesar de renunciar al más alto tipo de intelectualidad (informa el primer psicoanalista) “entonces decidió vivir para su *idea* sin inhiciones y empezó a tomar grandes dosis diarias de laxantes” (p. 314).

Con todo los laxantes no conseguirían liberarla del hambre, sino al contrario producían en ella un apetito “voraz” y este círculo vicioso entre el comer y des-comer provocaba en ella una vertiginosa sensación de vacío. ¿Cuál es el sentido de este sentimiento -se pregunta Ellen West- de “la horrible sensación de insatisfacción que se apodera de mí después de cada comida?”:

“Los días en que no me atormenta el hambre salta de nuevo a primer plano el terror a engordar. Entonces me atormentan dos cosas: primera, el hambre; segunda, el miedo a ponerme gruesa. No veo manera de soltarme este nudo corredizo... Sensación horrible de vacío. Miedo horrible a esta sensación. No tengo nada con que calmar este sentimiento” (p. 306).

La explicación analítica al sentimiento de vacío que recoge Ellen es la siguiente:

“al comer intento satisfacer dos cosas: el hambre y el amor. El hambre se satisface, pero el amor, no: ahí queda abierto y sin llenar el gran vacío” (p. 307).

¿Por qué, sin embargo, las explicaciones psicoanalíticas no convencen a Ellen West?. La respuesta puede encontrarse en sus propias palabras:

“Tal vez encontrase mi liberación si pudiera resolver ese jeroglífico: el de la relación entre el comer y anhelar. La conexión erótico-anal es puramente teórica. Se me hace completamente incomprensible. El único trabajo que hago es puramente mental. Nada cambia en lo más profundo de mi ser; el tormento continúa igual” (p. 306).

A partir de su segundo psicoanálisis, una nueva preocupación viene a añadirse a las anteriores. En efecto, cree ahora que su verdadera neurosis obsesiva no es el miedo a engordar, sino el constante afán de alimento. Un ejemplo evidente de cómo una interpretación incorrecta puede añadir leña al fuego:

“El placer de la comida -escribe bajo la influencia evidente del segundo analista- tiene que haber sido el placer primario. El miedo a engordar me servía de freno. Ahora que veo el placer de comer como la verdadera idea obsesiva, ha saltado sobre mí como una bestia salvaje. Me persigue constantemente y me está empujando a la desesperación” (p. 306).

“De todos modos ha cambiado el paisaje. Hace sólo un año esperaba con ilusión el hambre y luego comía con apetito. Los laxantes que tomaba diariamente se encargaban de que no engordase. Por supuesto, yo también elegía los alimentos con ese fin, evitando todo lo que pudiera engordar, pero en todo caso comía a gusto y gozaba de los productos permitidos. Ahora, a pesar de mi hambre, cada comida es un tormento, acompañado constantemente por sentimientos de angustia. Estos ya no me abandonan

jamás. Los siento como algo físico, como una garra en mi corazón” (p. 306).

Es evidente que cuanto más se intenta explicar el mundo de Ellen con argumentos ajenos a su experiencia tanto más extraño se le vuelve a ella misma:

“No me comprendo en absoluto. Es terrible no entenderse una a sí misma. Me enfrento conmigo misma como una persona extraña” (p. 308).

Cualquier intento de “explicación”, si no quiere verse destinado al fracaso y generar la incompreensión, deber partir necesariamente de la representación explícita que la misma persona hace de su mundo. Tal representación remite a la matriz discursiva o genotexto que se halla a la base de los textos en que se expresa (Villegas 1992). El cuadro (2) siguiente intenta representar de modo sintético la macroestructura del discurso de Ellen West. Éste se organiza de forma opositiva como un enfrentamiento o una escisión entre dos mundos, el mundo propio (Eigenwelt) y el mundo ajeno o social (Mitwelt), una imagen clara de lo que Laing (1960) denominó un “Yo dividido”: (Véase Cuadro 2 en pág. sig.)

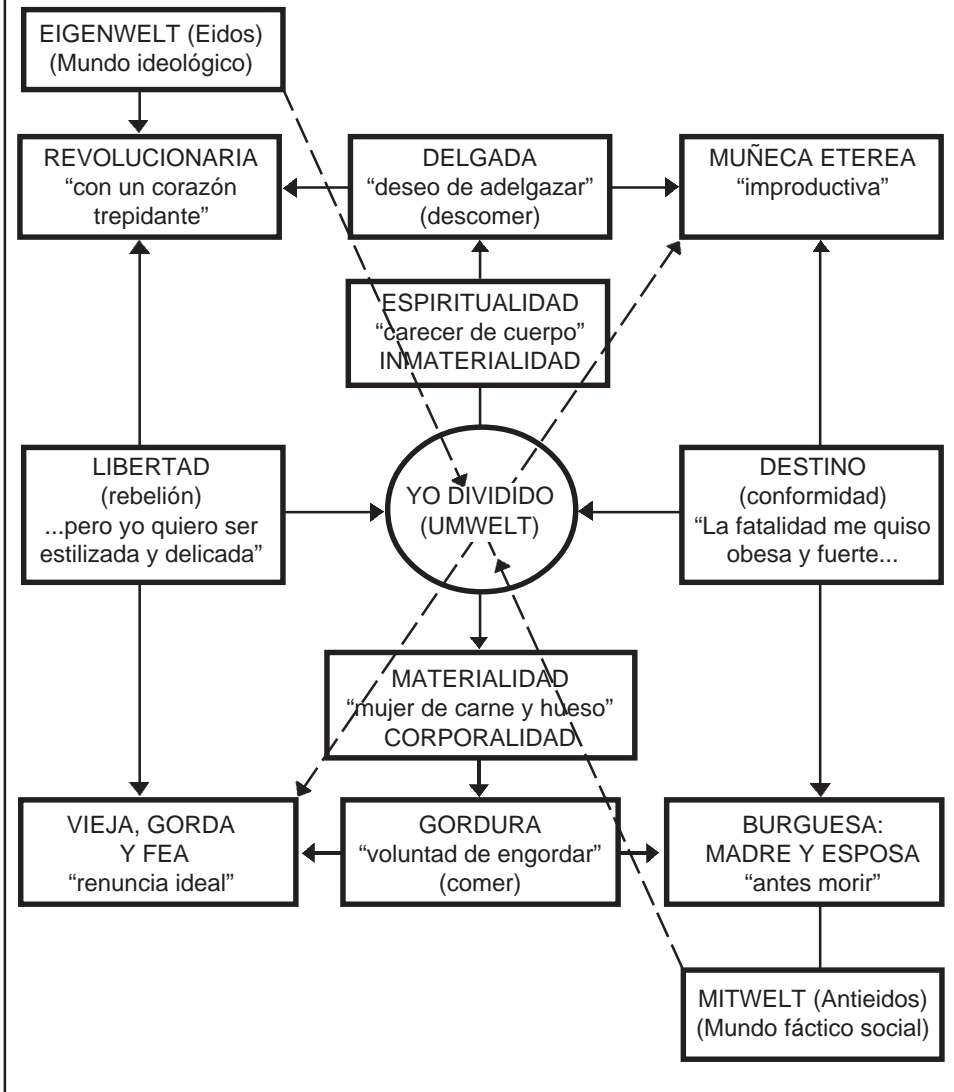
2.1.3. Comentario a la macroestructura

Como puede observarse en la macroestructura (Cuadro 2) el núcleo discursivo de Ellen West gira alrededor de un yo dividido por el determinismo del *Umwelt*. Un yo que, como dice Ellen West, “está tan íntimamente fusionado con mi cuerpo que ambos forman una unidad” (294), por no decir una identidad. Esta fusión provoca la confrontación de los opuestos espiritualidad-inmaterialidad vs. materialidad-corporalidad, dando origen a una experiencia disociada que se rebela contra la aceptación de la fatalidad de la naturaleza que la quiso “fuerte y robusta”, para escoger el objetivo de la delgadez radical -“carecer de cuerpo”-, que la ha de aproximar al sueño de la revolución nihilista. Este sueño pertenece a la percepción ideal que ella tiene de sí misma (Eigenwelt), pero entra en franca oposición con “el mundo circundante (Mitwelt) que quiere hacer imposible la consecución de mi ideal”.

La naturaleza de este conflicto, que adquiere las características dramáticas de “una lucha entre el deber (la voluntad de engordar) y el deseo (de adelgazar) en el sentido kantiano” se expresa en las alternancias entre el comer y el descomer (vómitos, laxantes, ejercicio físico), típicas de la anorexia purgativa en que desemboca su patología anoréxica pocos meses antes del fatal desenlace. Paradójicamente el resultado de esta lucha es un mayor centramiento sobre el cuerpo que quiere anular: “Mis pensamientos están fijos exclusivamente en mi cuerpo, mi comida, mis laxantes” (p.302).

Entre las exigencias del Eigenwelt y del Mitwelt existe, sin embargo, no sólo una oposición, sino una contradicción lógica. En efecto, su ideal de “carecer de cuerpo” es coherente con su nihilismo ideológico, pero lo es igualmente con el de ser una “muñeca etérea y elegante”, como corresponde a una jovencita de clase

CUADRO 2. MACROESTRUCTURA DEL DISCURSO DE ELLEN WEST



burguesa. Los burgueses son descritos por ella dándose repugnantes hartones de comida, imagen que le produce un asco visceral. De modo que rehuye la materialidad/gordura para desarrollar una espiritualidad/delgadez, que, paradójicamente, la pone más cerca de ser una odiable “muñeca” burguesa, que una “mujer de carne y hueso y de corazón trepidante”, capaz de llevar a cabo una gran revolución. Intentando ser revolucionaria acaba siendo simplemente rebelde con el mundo y disconforme consigo misma. La lucha para cambiar la realidad pasa toda por su

cuerpo y desemboca en una lucha estéril por adelgazar, por comer y descomer. Esta misma espiritualidad etérea e incorpórea le impide ser la mujer, madre y esposa que quisiera, pero no desea ser, porque termina por no saber quién es, ni qué es en realidad.

Ellen West tenía clara conciencia de haber cometido un error, el de haber confundido su “*ideal con una ficción*” (p. 303). Esta ficción era la delgadez. La delgadez era el punto de encuentro que le permitía ser idealmente espiritual (revolucionaria) y ser aceptada socialmente (muñeca etérea); no podía verse a sí misma en ninguno de los mundos si no era bajo el prisma de la delgadez. Pero ese ideal le imposibilitaba ser realmente ella misma: una mujer de carne y hueso, activa, esposa y madre.

Para ser delgada no debe comer o debe eliminar todo lo que come no porque el alimento tenga un valor simbólico como piensa el analista (comida-> embarazo-> gordura, “*grossesse*”), sino puramente instrumental, al servicio de su ideal de carecer de cuerpo que se contrapone a la realidad de serlo. Ahí radica el error de las interpretaciones que hacen sus analistas al confundir los actos instrumentales con actos simbólicos.

Los actos instrumentales, sin embargo, no se sostienen, al menos originalmente, por ellos mismos. Esta es la razón por la que suelen fallar, a la larga, muchos de los tratamientos puramente sintomáticos. Una conducta instrumental como el comer y el laxarse tienen un valor funcional y no puede alterarse en sí misma, sino en función de la finalidad a la que sirve.

Ahora bien, esta finalidad suele ser más compleja de lo que parece a primera vista. Podría decirse, en efecto, que la finalidad es ser delgada y que, por tanto, consiguiendo simplemente serlo o dejando de pretender ser *tan* delgada -corriéndose un poco de los extremos hacia el centro en la dimensión delgadez/gordura- o contentándose con un peso normal en relación con la edad, la talla y la constitución, la persona olvidaría su obsesión. Sin embargo, eso no sucede las más de las veces y en su lugar se instaura una angustia creciente. La angustia se basa en el temor a engordar: mientras puede controlar este temor alternando las comidas con los laxantes, la amenaza no es mortal:

“Hace sólo un año esperaba con ilusión el hambre y luego comía con apetito. Los laxantes que tomaba diariamente se encargaban de que no engordase” (p. 306).

En realidad los intentos de suicidio no aparecieron hasta que se invirtió el orden de los temores y pasó a ocupar el primer plano el horror al impulso bulímico. Lo que rechaza Ellen West no es el alimento, sino la materialidad, aunque no tiene otro campo de batalla que una corporalidad escindida entre las dimensiones gordura/delgadez. Como no puede ser en realidad **inmaterial** intenta al menos ser máximamente delgada, hasta carecer de cuerpo.

El rechazo de la gordura por parte de Ellen West es un rechazo de la

materialidad, en tanto que la materialidad señala siempre unos límites y ella aspira a lo absoluto “*aut Caesar, aut nihil*” (p. 290). La caricatura típica del burgués gordo, embutido en su frac, fumando un puro -que Ellen West reproduce (p. 315)- lo identifica con los intereses materiales y materialistas. En contraste, la mujer burguesa, “muñeca” improductiva, se presenta como etérea y sutil, apuntando, a través de su aspecto angelical a una trascendencia del orden material, del que vive, sin embargo, descaradamente. Este es el modelo externo que quiere reproducir Ellen West cuando descubre a los 20 años su femineidad y es influenciada por sus amigas de porte distinguido. Pero lo vive con la mala conciencia que le produce su identificación revolucionaria. En este sentido Ellen West pertenece a aquel grupo de mujeres anoréxicas (Antígona, Catalina de Siena, Sissi, Simone Weil) que Raimbault y Eliacheff (1989) han denominado “las indomables” y que se caracterizan por una búsqueda obstinada de la verdad y un rechazo absoluto a cualquier clase de acomodo. Pero a diferencia de ellas Ellen West carece de una causa concreta por la que luchar y se pierde en la esterilidad de la batalla cotidiana por un cuerpo casi etéreo, puesto que, como cualquier muchacha burguesa sabe, este aspecto grácil y vaporoso es pura “ficción” de trascendencia, ya que en realidad no es más que la manifestación de un elitismo social, producto de mucho dinero gastado en el cultivo del cuerpo para servir mejor de reclamo y aumentar hasta lo posible el disfrute de las posesiones materiales.

Ellen West, sin embargo, quiere ser delgada porque le repugna la materia y, en este sentido, llega a ser auténticamente anoréxica sin dejar de ser burguesa. En realidad su deseo sería “carecer de cuerpo”. De modo que rechazando la *corporalidad* (atributos corporales, sexo, gordura, etc.) rechaza propiamente la *corporeidad* (ser cuerpo). ¿Qué conseguiría si imaginariamente pudiera llegar a existir careciendo de cuerpo?: la superación de los límites e, incluso, de las necesidades y a la vez la posibilidad de derribar el mundo burgués que odia. La realización perfecta del nihilismo:

“Aún no se ha producido la única mejoría real, la que debe nacer de dentro. Aún no he alcanzado el nirvana en el sentido figurativo -de extinción del apetito, del odio, de las manías... El apetito de realizar mi ideal; mi odio contra el mundo circundante que quiere hacer imposible la consecución de mi ideal; mi manía que radica en mi empeño de considerar este ideal como algo que vale la pena” (p. 304).

Ahora bien, dado que entre espíritu y materia no existe un término medio, el problema que plantea Ellen West es insoluble: la presencia entre los humanos, la posibilidad de intercambio y acción se basan en la corporalidad. Ellen West no acepta la facticidad, los límites reales que posibilitan la acción y la existencia humanas y, en consecuencia, todos los intentos por cambiar el mundo y cambiarse a sí misma son un fracaso. El error radica en identificar materialidad y corporalidad y contraponerlos necesariamente a la espiritualidad. Inmaterialidad y corporalidad

son intrínseca y ontológicamente contradictorios; no pueden, pues, darse simultáneamente. Corporalidad, en cambio, no es incompatible con espiritualidad, puesto que ésta no es sinónimo necesario de inmaterialidad. En efecto, todas las religiones han contemplado, desde siempre, las más diversas formas de espiritualidad del cuerpo. Está claro que Ellen West no podía aceptarse a sí misma sin un elevado grado de espiritualidad -de ello nos hablan sus poesías e ideales- aunque fuera una espiritualidad laica. La contraposición espíritu/cuerpo se ha dado sobre todo en mujeres a lo largo de la historia, produciendo el fenómeno que Bell (1985) ha denominado “santa anorexia” (véase también Reda, 1997, en este mismo número).

En el caso de Ellen West se da una coincidencia de valores *trascendentales* (aunque no explícitamente religiosos, sino nihilistas) y *estéticos* en la delgadez, que se convierte en la plasmación tangible de su ideal, derivando en una idea enfermiza dominante. La fijación de esta idea no puede atribuirse, no obstante, simplemente a una presión social por dos razones fundamentales: primera, porque ésta es prácticamente uniforme en todas las chicas de su edad y clase social y no todas, evidentemente, desarrollan el síntoma; y, segunda, porque no es el modelo social -muy ambiguo, por otra parte- el que por sí mismo se introyecta en la persona, sino la forma como ésta lo construye o lo integra en su sistema de constructos.

¿Por qué, pues, la espiritualidad como contrapuesta a materialidad adquiere una fuerza tan determinante en el sistema de Ellen West? Justamente, a nuestro entender, porque confunde corporalidad con materialidad y espiritualidad con inmaterialidad. Así intentando huir de los límites de la materialidad huye de su cuerpo: incapaz de mancharse las manos con la revolución prefiere encadenarlas a “*los grilletes de la comodidad*” (p. 295), abandonando todo tipo de acción y degenerando en la improductividad de la mujer burguesa.

Una construcción alternativa de sus constructos supraordenados hubiera implicado hacer compatibles *corporalidad* y *espiritualidad* sustituyendo materialidad por corporalidad: se puede ser gordo y espiritual, pero no se puede ser gordo e inmaterial.

La respuesta a la importancia que podía tener para ella la espiritualidad, podría tener que ver algo, probablemente, con su deseo de elección divina “*los favoritos de los dioses mueren jóvenes*” (p. 320), a través de una muerte prematura. Podría reducirse probablemente, en última instancia, al deseo universal de todo existente de llegar a ser un ser-en-si-para-si, en una imposible autoposesión total y absoluta, para evitar llegar un ser para-los-demás, un objeto de su deseo o de su control.

En cambio de esto Ellen West fue cediendo cada vez más el control de su existencia a los demás, mientras se dedicaba obsesivamente a controlar los alimentos que ingería y los laxantes que había de tomar después. Esta compulsión anuló en ella cualquier otro ámbito de interés e iniciativa.

“Yo quiero ponerme cada vez más delgada, pero no quiero tener que estarme vigilando constantemente y no quiero prescindir de nada; este

choque entre mantener la línea y no querer renunciar a ningún alimento es lo que me está destruyendo” (p. 319).

Su rebelión iba dirigida contra cualquier forma de control, si bien terminó dependiendo totalmente del entorno hasta que se suicidó, último acto de afirmación e independencia.

“Continúo viviendo solamente por un sentido de deber para con mis parientes. Ya la vida no tiene encantos para mí. Dondequiera que mire no encuentro nada que atraiga mi interés. Todo me parece gris y tristón. Como me he enterrado dentro de mí misma y no puedo ya amar, mi existencia es sólo una tortura... Lo que antes me parecía una meta en la vida, toda la cultura, todo el esfuerzo, todas las realizaciones son ahora oscuras, abrumadoras pesadillas que me aterran” (p. 311).

Ellen West quería enfrentarse a su mundo y asumir su responsabilidad. No supo hacerlo y se suicidó. Estaba enredada en el círculo de comer/no comer, que era doblemente incompatible con el mundo propio y con el mundo social. En ambos existía la exigencia de comer y no comer simultáneamente y sólo se hacían compatibles por razones contradictorias: necesita comer como “mujer de carne y hueso” (naturaleza) que era, pero no podía hacerlo porque así se convertía en judía burguesa (clase social). De este modo rechazaba la facticidad natural e histórica. Hubiera podido desclasarse con relativa facilidad, pero no cambiar su naturaleza, por más que se empeñó en ello. La alternativa era no comer con lo que se acercaba a su ideal de trascendencia nihilista (Eigenwelt), pero entonces se parecía cada vez más a una “muñeca”, lo que satisfacía su imagen narcisista, que rechazaba al mismo tiempo ideológicamente.

En su condición social Ellen West tenía una doble salida posible, como revolucionaria o como mujer, madre y esposa burguesa, pero la buscaba en un vano intento de midificación de su condición corporal. Llevar a cabo alguna de las dos alternativas hubiera implicado probablemente una cierta rebaja en sus planteamientos, pero al mismo tiempo hubiera posibilitado la realización de alguno de ellos. La acción y no el cuerpo habrían pasado a ocupar el centro del espacio de proyección existencial. En lugar de ello, como en su tercer sueño, Ellen West “*comió muchos bombones y preparó las maletas*” (p. 318). En resumen el sueño se estructura en tres escenas: en la primera, durante una travesía por el mar, Ellen West se echa al agua por un tragaluz; en la segunda su primer amante (un estudiante) y su marido actual se echan al agua para salvarla e intentan reanimarla con la respiración artificial; en la tercera Ellen come muchos bombones rellenos de crema y prepara sus maletas. Ellen West quiere realmente terminar con su vida, que se le hace insoportable a causa de la lucha con su anorexia/bulimia; sólo puede salvarla la intervención de los hombres que la han amado, el novio estudiante y el marido: ambos lo intentan, pero fracasan: es una reanimación “artificial”. Finalmente decide aceptar las cosas como son: se pone a comer golosamente bombones -renuncia al ideal anoréxico- pero al

precio de hacer las maletas, de emprender el viaje definitivo: la muerte. A destacar, como escribe Binswanger (1945), que la tarde anterior a su muerte “toma crema de chocolate y huevos de Pascua; da un paseo con su marido...; se encuentra de un humor positivamente jovial; parece haberse disipado hasta el último vestigio de tormenta.”

Si comparamos los textos de los diversos sueños (Cuadro 3) que antecedieron a su suicidio encontramos en todos ellos los mismos temas discursivos: el problema de la anorexia/bulimia centrado en las relaciones con la comida y el preanuncio de su muerte: “*Me alegro de comer de todo antes del fin; me comí un gran trozo de pastel de moka*” escribe resumiendo su primer sueño (p. 317). Finalmente toma “personalmente las riendas de su vida” (p. 321). Se suicida después de ponerse en paz con su glotonería. Esta es la alternativa que Ellen escogió antes de volverse “*vieja, gorda y fea*” (p.294).

CUADRO 3 Los sueños de Ellen West

Sueño 1:	“Soñé algo maravilloso: había estallado la guerra. Yo tenía que ir al frente. Me despido de todo el mundo con la gozosa esperanza de morir pronto. Me alegro de poder comer de todo antes del fin; me comí un gran pastel de moca.”
Sueño 2:	“Soñé que era la esposa de un pintor que no puede vender sus cuadros. Tenía que trabajar cosiendo o algo parecido, pero no podía porque me sentía mal; pasábamos hambre. Le pido que coja un revólver y nos mate a los dos. ‘Tú eres demasiado cobarde para disparar; los otros dos pintores se dispararon también’.”
Sueño 3:	Sueña que en un crucero transoceánico saltó al agua por un tragaluz. Su primer novio (el estudiante) y su marido intentaron hacerle la respiración artificial. Ella comió muchos bombones e hizo sus maletas.
Sueño 4:	Pide goulash, dice que está famélica, pero sólo quiere un trozo pequeño. Se queja a su antigua niñera de que la gente le está atormentando mucho. Quiere prenderse fuego en el bosque.

2. 3. ENTRE LOS PUCHEROS NO ANDA DIOS: EL CASO MARA

El segundo testimonio que transcribimos -publicado originalmente en 1963- relata de forma autobiográfica las experiencias de una anoréxica en relación con su entorno familiar y social en el contexto de la Italia de los años cuarenta y cincuenta. La infancia y adolescencia de la paciente transcurren en el marco de la segunda guerra mundial y de la inmediata posguerra, cuyas resonancias se hacen visibles en el texto, a través de múltiples referencias. Corresponde pues al segundo tercio del

siglo XX.

Se trata de una pequeña autobiografía, escrita por una paciente anoréxica, incluida en el libro repetidamente citado de Mara Selvini (1989), que ocupa un total de 18 páginas escritas en letra menuda. Nos hemos referido a él ya anteriormente en otras ocasiones (Villegas 1992), pero aquí nos extenderemos más específicamente en su consideración. Tiene la ventaja de reproducir con todo detalle, fruto evidentemente de una conciencia posterior, los antecedentes familiares, caracteriales y experienciales que precedieron remota e inmediatamente a la eclosión del síntoma. Asistimos de este modo a la génesis de un trastorno que para la mayoría continúa siendo misterioso e incomprensible. Se trata evidentemente en este caso, como en los demás que sometemos a la consideración del lector, de un caso particular, idiosincrásico, pero que contiene en esencia los elementos comunes cuyo su análisis y el de los demás nos ayudará a hallar en la base de la anorexia nerviosa.

Hemos titulado este texto con una expresión tomada de Teresa de Avila, “entre los pucheros anda Dios”, mediante la cual la santa quería advertir a sus novicias del peligro de buscar a Dios a través de grandes proezas o hazañas ascéticas o místicas, por la resonancia que encuentra en los textos de nuestra anoréxica: “Una mujer siempre en casa, entre los fogones y los *pucheros*... sin una voluntad propia, sin ninguna meta personal. Una mujer que engorda y nada más”. En nuestro caso la expresión de la santa es corregida por la anoréxica y convertida en su contraria mediante una negación: “entre los pucheros **no** anda Dios”.

Por razones obvias -el texto está escrito en primera persona- la paciente no es designada nunca con su nombre propio. Nosotros la denominaremos Mara en clara alusión a la autora del libro (Selvini, 1991), donde aparece publicado el texto completo. Mara inicia su autobiografía con el relato de una infancia en el que se combinan los pasajes idílicos con los trágicos. Se trata evidentemente, como en toda autobiografía, de una reconstrucción autojustificativa de los propios orígenes, donde se fragua una imagen de sí misma entre victimal y heroica. Una historia fabulada que evoca fácilmente cuentos de hadas, brujas, madrastras y hermanastras perversas y princesas encantadas o condenadas a hacer de cenicientas. Reproducimos, a continuación, el texto sintetizando los pasajes narrativos o descriptivos, pero dejando, en la medida de lo posible, la expresión de pensamientos, sentimientos e intracciones en su integridad. Los números que aparecen entre corchetes al lado de determinadas palabras remiten a los epígrafes numerados de la macroestructura que aparecen en el cuadro 4. El texto empieza así:

Si intento recordar mi primera infancia me veo en el jardín de una villa en los alrededores de (aquí el nombre de una gran ciudad) mirando absorta [9] más allá del seto del jardín a otra niña que está jugando con una magnífica muñeca rubia. Me veo allí petrificada con un deseo inmenso de cogerla en mis brazos para acunarla: ‘nina-nana, oohh, oohh’... De repente me despierta de mis sueños [9] la voz de mi madre:

- 'Mírala donde se había metido la bastarda...'

y me siento apoderar del miedo...

- '¿Cuándo piensas lavarte ¡so guarra!?' añade mi hermana, que asoma por la puerta toda arreglada y bien peinada, hecha toda una mujercita.

- 'Por tu culpa llegamos siempre tarde al colegio y luego yo tengo que aguantar los gritos de la monja'...y de un tirón me metía bajo el grifo para lavarme las manos y la cara con el agua fría...

- 'Vigíla bien a esta mona..., iros con cuidado...' insistía mi madre desde la puerta de casa cuando salíamos hacia el colegio.

- 'Y cuida de que se coma toda la sopa en el colegio'.

Y yo, llena de rencor,... sentía el impulso de echarme a correr por la calle, de escapar o de hacerle cualquier cosa a mi hermana para que mi madre la tuviera que reñir”.

Una vez ya en el colegio -que describe como un viejo convento de monjas de hábito oscuro y niñas mayores que ella-:

“Yo me quedaba a un lado, silenciosa, porque era la más pequeña, indigna de estar con las demás y participar en sus juegos, aceptada por pura compasión de las monjas, puesto que no tenía edad para entrar en aquel colegio. Me pasaba el rato soñando [9] con la muñeca rubia o fantaseando [9] por los reinos infinitos de la fantasía [9]...

- '¡Venga, come!', me decía mi hermana, lanzándome una mirada fulgurante y yo en una reacción brusca de rebelión [8], hundiendo la cuchara en el plato tiraba toda la sopa... De repente todas las miradas se dirigían horrorizadas hacia mí, mientras yo permanecía impávida, casi sin respirar, insensible al calor de la sopa que se escurría desde la cintura y por las rodillas hacia las piernas... Y luego venía el castigo:

- 'Te quedarás sin teatro'...

Me sentía tan poquita cosa que me cerraba en mí misma y no respondía nada...

- 'Ven aquí, abróchate el abrigo que nos vamos a casa... Ya verás cómo se lo cuento todo a mamá', decía mi hermana alzando la mano en tono amenazador. Y mis ojos la seguían llena de miedo y de odio [7] hacia ella... Al llegar a la puerta de la casa, empezaba a bajar la mirada y entraba silenciosa. Pero al poco rato ya se oía la voz de mi madre que preguntaba: ¿Y hoy qué ha hecho? Y mi hermana se lo explicaba todo. Sentía todo el peso de la mirada de mi madre... y la voz de mi padre que asomándose por la puerta del estudio decía:

- 'Así que la sopa, eh?... La tira en lugar de comérsela la bruja. Mírala bien, si son cuatro huesos y poco más. Tírala al tranvía a esta carroña. Vaya fardo que has traído al mundo'. Y sus brazos se alzaban con una furia incontenible. - 'Vete, vete a dibujar a tu cuarto', intervenía mi madre. Y

cuando desaparecía él me caían encima cuatro bofetones. La criada en el dintel de la puerta me miraba cariñosa:

- 'Déjela estar, señora. Su marido siempre ha dicho lo mismo, ya desde que nació... estaba furibundo, tan fuera de sí que no podía ni trabajar: ¡qué delgada [6], qué monstruito... y encima niña, todas mujeres, malditas mujeres!... y golpeaba las puertas como un loco... Ya se sabe, señora, no todos nacen santos... Esta pobre criatura nos ha hecho pasar las noches en blanco con sus berridos y el señor ingeniero repitiendo siempre la misma frase: Tírala al tranvía... Paciencia, señora, ya lo dice el proverbio: 'en los rizos, caprichos' y ésta los tiene en abundancia. Mírela! decía mientras pasaba su mano afectuosa por mi pelo ensortijado. 'Cuando sea mayor verá qué señorita estará hecha!...

- 'Sí, pero mientras tanto, decía mi madre, nos hará volver locos a todos...' Yo me quedaba confusa escuchándolo todo... Persistía en mí una vaga sensación de ser ajena a todo aquel ambiente... Había algo que se rebelaba [8] en mí a todo cuanto querían de mí, porque lo sentía como demasiado alejado de mí... Cada vez que me rebelaba [8] a sus órdenes se despertaba en lo más profundo de mi ser el eco de aquellas palabras: Tírala al tranvía... Y aquella frase, esculpida en lo más íntimo me causaba una especie de alivio. Por tanto a ellos no les importo nada, así que puedo hacer lo que más me plazca... Aquella frase lo excusaba todo...

En mi casa raramente era objeto de aprobación. Un día me había acercado al estudio de mi padre, lleno de misterio para mí. Sentado en su escritorio mi padre me vio, sonrió y me llamó:

- 'Ven aquí delgaducha [6], veamos si has crecido. Me acerqué vacilante. A ver! levántate la falda. Obedecí con un cierto grado de desazón. Me venía a la mente la frase de la monja: "Las niñas que se levantan las faldas van al infierno. Ah!, ahora sí que has engordado [5] un poco el culito, dijo dándome una palmadita en la pantorrilla. 'Ven, toma unos caramelos'. Me acerqué avergonzada y contenta, cogí los caramelos y salí al jardín. Pero no me los comí. 'Mi padre y yo iremos al infierno', pensé."

Con el inicio de la guerra en 1940 mi padre nos hizo trasladar a otra ciudad, donde tenía una casa. Fue un período feliz para mí, inconsciente de la angustia que oprimía a miles de almas. Para mí la guerra sólo tenía el sabor de una aventura que elevaría sobre el pedestal de la gloria [10] una infinidad de individuos, que de otra manera habrían parmenecido en la sombra para siempre. Cuando pasaba por delante del cuartel vecino a casa me detenía para admirar los rostros de los soldados que se asomaban a la ventana. Entonces me venía a la mente una frase de mi maestra: 'En la vida cada uno debe tener un objetivo'[2]. Aquellos soldados eran felices, habían encontrado su objetivo [2]. Me recreaba imaginando [9]

sus aventuras, situaciones dramáticas que terminaban en actos heroicos [10]. Y todo el mundo inclinándose ante su fiera mirada... Si llegaba a ver a alguna madre llorando por la llamada de su hijos a las armas la consideraba mezquina y vulgar [1]. Ella no sabía. También yo algún día habría hecho algo grande [10] y todos terminarían por saber quién era yo. Pasaba horas y horas en el jardín de la casa meditando estas fantasías [9] y eran éstos los únicos momentos en que no me sentía sola entre extraños. Éste era mi mundo. Fuera, una familia hostil, que recriminaba constantemente mis caprichos. Cuanto más se negaban mis caprichos, tanto más me obstinaba en obtenerlos, pataleaba, chillaba y el objeto deseado adquiría a mis ojos una nueva luz, convirtiéndose en algo absolutamente necesario. Y llegó el primer día de colegio. Tenía sólo 5 años... Todo el mundo me miraba... Sólo la maestra me dirigió amablemente la palabra diciendo: - 'Pero Dios mío, tan pequeña. ¿Por qué te han mandado a la escuela siendo tan pequeña todavía?'

La timidez que me oprimía la garganta me impidió responder. En mi interior me sentí consolada. Tenía una ventaja sobre las demás. Con lo pequeña que era les haría ver a todas que era la mejor. Siempre alejada de los demás..., pero esta vez sabía qué es lo que tenía que hacer. Aunque la más pequeña, sería la mejor. Desde aquel momento estuve atentísima, sin perderme ni una palabra de la maestra. En casa pasaba la mayor parte del tiempo dedicada a los deberes. En poco tiempo, en efecto, conseguí ser la mejor. Y cuando me sentí situada en una esfera superior me di cuenta de que no había hecho más que profundizar el abismo que me separaba de las demás... Alejada de todas, sólo la maestra con su amable complacencia se había convertido en mi dios. Me sentía superior a las otras, cada vez más cercana a un objetivo [2].

La narración continúa con el episodio del día de su Primera Comunión, día especialmente aciago en que todas sus fantasías de protagonismo se van por los suelos, al descubrir a través de los comentarios burlones de una compañera que el vestido que lleva es de segunda mano, había pertenecido a su hermana mayor.

“Un odio [7] profundo hacia ella se apoderó de mi corazón y los ojos se me llenaron de lágrimas. Después recordé que no se debía odiar. Entonces intenté pensar que ofrecería al Señor mi generosidad y me juré que algún día llegaría a ser algo grande [10]... pero quedaba en el fondo de mi alma un profundo malestar, una sorda rebelión [8]. Todo lo que llevaba lo había llevado ya mi hermana... No conseguía pensar en la grandiosidad [10] de la ceremonia..., al tiempo que sentía el remordimiento profundo por no ser tan buena como quería Jesús, por no conseguir ser la heroína [4] pisoteada que lo soporta todo en silencio...”

El incesante avance de la guerra obliga a la familia a trasladarse todavía más

al sur, a un pueblecito de montaña que vive de una economía estrictamente de sustento. Allí toma inmediatamente conciencia de su superioridad respecto a las otras niñas del pueblo.

“Me di cuenta inmediatamente de que las niñas me miraban con un fuerte sentimiento de envidia... En la escuela era clara mi superioridad respecto a las demás. Al poco tiempo me había convertido en su maestra... Por los labios de todos corría el dicho: ‘sabe más que la maestra’. Y yo, orgullosa de esta certeza me atrincheraba detrás de esta fama para hacer frente a los obstáculos que encontraba en mi familia... Pronto se vio que mi hermana destacaba en matemáticas. En este campo era ella quien ayudaba a todos, particularmente a los chicos. Entonces yo descuidé aquella materia, dejándole el campo libre, sin oponer ninguna resistencia, aceptando más bien ser ayudada por ella.

Un gran abismo me separaba igualmente de las demás en los juegos... les explicaba tristes cuentos que me inventaba uno tras otro de modo que apenas narrados ya no sabría volver a explicarlos porque pasaban otros por mi fantasía [9] sobreponiéndose a los primeros...

- ‘¿Dónde has leído estos cuentos?’, me preguntaban admiradas.

- ‘En un libro así de gordo’ respondía separando notablemente los dedos índice y pulgar... Y por mi fantasía [9] pasaban incontables personajes con el corazón henchido de amargura, que caminaban por un mundo sin fin y desconocido buscando una felicidad que les había sido negada. Eran niños y niñas mal vistos por todos, incomprendidos, golpeados y torturados que huían en busca de la fortuna, pasaban por montes y valles, encontraban monstruos y obstáculos de todo tipo, ejecutaban actos heroicos [10] y finalmente volvían gloriosos [10] y todos tenían que inclinarse ante ellos, con humildad y vergüenza por cuanto les habían hecho sufrir anteriormente. Gozaba interiormente de la atención que me prestaban las compañeras, disfrutaba por el entusiasmo que demostraban hacia el heroísmo [10] de mis personajes como si tuviera que ver conmigo. Aquel era todo mi mundo, mi victoria [10].

Entre mi hermana y yo se acentuaba el abismo que nos separaba. Ella iba con el grupo de los ‘mayores’, casi todos chicos. Un grupo compacto y solidario que prefería los juegos ruidosos del balón, que desaparecía del pueblo jugando a misteriosos juegos ‘del escondite’ escogiendo para ello los impenetrables refugios de los pajares o los silos... y siempre con los niños. Yo me mantenía siempre bien lejana, casi consciente de un peligro oculto en el juego, de un pecado feo y prohibido... Sospecha que venía corroborada por las recomendaciones que le hacía mi madre a mi hermana, llenos de misteriosas amenazas... Yo sentía hacia este grupo un profundo asco [7] con la certeza de que era superior a ellas, inmaculada

[6] y segura de no caer en la vulgaridad [1] de un contacto masculino. Pero aunque mi hermana recibía reproches por estas correrías, continuaba siendo el brazo derecho de mi madre. Era el hombre de la casa a quien correspondían los trabajos pesados, mientras que yo tenía que seguirla, pisándole los talones..., me tocaba obedecerla en todo dado que era tan frágil y pequeña. Y si la rebelión [8] me llevaba a obstinarme en no obedecerla recibía un buen bofetón... Y si ella se quejaba a mi madre de que no quería llevarme consigo porque sólo hacía que molestarla, mi madre mi miraba con ojos de quien está delante de una nulidad que no sabe qué hacer con ella y terminaba diciendo:

- 'Déjala estar... si es tan poco cosa que no vale la pena. Ten un poco de paciencia tú que eres mayor y puedes comprender'.

Era peor que una bofetada. Y yo hubiera querido gritar y gritar..., pero al final el único desfogue era llorar y llorar. Y mi hermana se burlaba diciendo:

- 'Mira la llorona, cuando no sabe qué hacer, llora'...

Entonces me refugiaba en un rinconcito con mi casa de muñecas..., que acunaba con desesperada pasión... Éste era uno de mis reinos. Allí reconquistaba mis fuerzas. Había otros momentos donde en casa experimentaba una esperanzadora alegría. Era cuando me ocupaba con amorosa pasión de labores domésticas que requerían gracia y buen gusto, como preparar jarrones de flores, poner la mesa, adornar la casa. Mi madre me dejaba hacer, segura de que esto era cosa mía. Y yo ponía en ello todo mi amor y entusiasmo, haciéndolo todo como en un sueño [9] en el que me imaginaba [9] ser una delicada [6] mujercita, llena de buen gusto. Y todos los elogios [10] eran para mí. Mi hermana en cambio despreciaba estas artes mías de las que se burlaba diciendo:

- 'Flores ¿eh? ¿las comes tú las flores?'

Comer [3] sí, pero inconscientemente sentía que no bastaba. Mis dotes tenían un valor [10] mucho más elevado [6], infinito, más bien, porque no se podían comprar. Y vivir sin ellas era demasiado vulgar [1]. Y cada vez más se abría paso en mi ánimo un desprecio cada vez mayor por los trabajos masculinos así como por las matemáticas, que consideraba asunto de quienes querían hacer dinero y nada más...

Sólo de vez en cuando llegaba alguna carta de papá que continuaba trabajando en la ciudad. Seguía con la boca abierta aquellas descripciones que hacía en sus cartas de la ciudad anegada en sangre... Me imaginaba [9] aquel paisaje de guerra [4] y sobre las ruinas elevaba la imagen de mi padre como un héroe [4] que lucha [4] y se cubre de gloria [4] con el heroísmo [4]. En las breves visitas que nos hacía... intentaba colmarlo con mi afecto, pero me rompía el corazón cuando mi madre le

contaba alguna travesura mía y él contestaba:

- ‘Dejadla estar, ¿no veis que es tan poquita cosa?’... Prefería que estuviera bien lejos, así podía imaginármelo como mejor quisiera y escribirle largas cartas que a él le gustaban tanto con pequeños detalles de mi gentileza y de mi unión espiritual [10] con él: una florecita, mis dibujos... Éste era mi mundo interior y cada vez me recluía más en él, por miedo que los demás lo valorasen [10] poco o se rieran de él... Fuera un mundo extraño que había que evitar a toda costa.

Con el fin de la guerra la familia retoma el camino de la ciudad, pero la antigua casa había sido destruida totalmente. El padre busca un nuevo apartamento. La adaptación a la nueva situación no resulta fácil. La casa está casi vacía hay que empezar de nuevo todo. Mara continúa con su deseo de adornar la casa con flores. El padre se da cuenta y le suelta sin ambages:

- ‘Fuera, fuera, saca todo esto. No ves que estorba. Aquí tengo que poner la máquina de escribir, allí las reglas y la escuadra’.

- ‘Pero si ésta es la mesa del comedor...’, dije yo estupefacta.

- ‘Recuerda que antes que nada esta habitación tiene que ser mi estudio’, respondió mi padre mirándome como se mira a alguien que no sabe de qué va. ‘Si quieres comer [3] es necesario que yo pueda trabajar, ¿no?’.

No contesté. Por la tarde cogí todos los floreros y demás adornos y los metí en una caja de zapatos. Estuve llorando un buen rato: de todos mis sueños [9] no quedaba ni una brizna.

A los pocos días, vuelta al colegio. Esta vez para cursar los estudios de grado medio. Nueva situación de embarazo.

Me aferré a mi hermana que veía inmóvil y segura en aquel ambiente y busqué un asiento a su lado en la clase... Pasaban los días sin llegar a establecer ningún contacto amistoso y cada vez me resultaba más difícil seguir el nivel de la clase... Llegó el día de presentar la primera redacción. Me sentí aligerada. Ahora iba yo a demostrar quién era. Escribí largo y tendido con mi acostumbrada espontaneidad. Al cabo de un tiempo la profesora me devolvió la hoja llena de tachones de color rojo y azul. La puntuación un cuatro y dos frases por todo comentario: ‘demasiado elemental el contenido y muchos errores de gramática’. A mi hermana le había puesto un tres... Delante nuestro se levantó una chica: nueve, dijo... Me estuve mirando con estupor aquella compañera, del pelo recogido detrás la nuca... Me asaltó una envidia profunda. Frente a su viveza me sentí torpe y anorreada. Observé sus brazos delicados, inclinando mi cabeza hacia los míos más bien redonditos. Por primera vez me sentí gorda [5] y pesada, una sensación que me producía asco [7], un peso que me impedía ser lo que aspiraba a ser.

Volví la vista al otro lado, intenté recordar las notas que sacaba en el

pueblo, me parecían ridículas, válidas únicamente al lado de la ignorancia de las campesinas... Mi padre tenía que firmar las notas, sacudió varias veces la cabeza y fue a hablar con la profesora:

- 'Tienen todavía muchas lagunas, no están todavía a la altura de estos estudios superiores'...

Escuché en silencio las palabras de mi padre a la profesora... Miré en el diccionario: lagunas. Por la noche decidí estudiar más que nunca...

Resonaban en mi cerebro las palabras irónicas de mi padre:

- 'lagunas, lagunas. Cuá, cuá cuá... Mira las dos ocas, las dos grandes ocas'.

Y su boca se desgarraba de la risa repitiendo cuá, cuá, cuá, mientras se zampaba un bocado detrás de otro con gula como hacía siempre. No podía más. Dejé el plato sin tocar y me fui a la cama... Me pasé la noche estudiando... El sueño me entorpecía los miembros, pero resistía. Tenía que resistir. Cuando se me cerraban los ojos me aparecía la figura esbelta [6] de la chica del nueve... Tenía que conseguirlo, tenía que ser como ella o más... Tenía que cambiar también el peinado... Se me presentaba delante aquella faz ovalada y fina, si fuese yo así. Pero no, era demasiado gorda [5]... Abrieron unas clases de repaso en la parroquia. Me inscribí con entusiasmo. Encontré profesores estupendos. A poco a poco iba mejorando mis notas. Pero no era suficiente. Quería más. Tenía que conseguir las notas de la primera de la clase. Su figura me estaba siempre presente y constituía una incitación para mí... Me quejaba también de los vestidos de corte campesino. Mi madre no entendía nada:

- 'Pero ¿cómo, tú que no te preocupabas de estas tonterías?'

Y yo continuaba insistiendo.

Gente vulgar [1] mi familia, preocupada sólo por la comida [3]. Comer [3] y nada más. Particularmente mi padre se ponía fuerte en este punto con obstinada decisión:

- 'Lo tenéis todo vosotras. Si hubiéseis pasado el hambre que pasé yo en la otra guerra...'

Ya! había pasado hambre. Gran heroísmo, pensaba yo con un profundo sentimiento de desprecio. Viendo que no había nada que hacer con mi padre me dirigí cada vez más a mi madre. Ella lo entendía mejor. Y de vez en cuando a escondidas me compraba ropa. Pero cuando se trataba de hacerme vestidos empezaban las discusiones que no terminaban nunca:

- 'quiero la cintura más estrecha; estrecha, estrecha', suplicaba yo.

- 'Y si el año próximo has engordado [5], ¿quién se lo pondrá el vestido, con lo que cuesta la ropa?', replicaba mi madre...

El año que viene, el año que viene, cuando estaré más gorda [5]. Pero si estaba hecha una ballena... ¡Maldito dinero! Los odiaba. Qué cosa más

vulgar [1]; vivir sólo por el dinero. Cuántas discusiones en casa por el dinero, peleas, insultos entre mi padre y mi madre... Y mi madre que se ponía a llorar... Mi hermana y yo intentábamos consolarla... Nació en mí un odio [7] sordo contra mi padre... Por la noche cuando estábamos todos en la cama se oían los crujidos de la cama de mis padres... me pasaban imágenes fugaces por la mente de cuando era más pequeña y, estando en la habitación de mis padres, en la oscuridad veía a mi padre girarse de repente hacia mi madre y casi aplastándola ponerse encima, mientras ella gemía penosamente... El odio [7] hacia mi padre no hacía sino aumentar... Un bestia, un bellaco, que tenía a las mujeres para explotarlas y gozar de ellas [3]. De día y de noche. Sólo por un vulgarísimo placer [1]. Una pena infinita por mi madre. Pero igualmente una rabia sorda. Ella se adaptaba. Oh! yo no sería nunca así. Había que rebelarse [8]. Con todas las fuerzas. Además era un pecado. Me lo había dicho la señorita cuando me preparaba para la Confirmación. Un pecado. El más vulgar [1]... Al día siguiente mis padres se hablaban como si no hubiera pasado nada. Yo bajaba la cabeza mientras apretaba los dientes. Ésta era la razón por la cual mi madre se había adaptado por la noche. Para hacer las paces. Para comprarlas. Obsceno mercado. ¡Lejos, me iría lejos! Y me sumergía en los libros con una decisión renovada para no ver nada... La mayoría de las veces las discusiones se originaban inocentemente por mi culpa y cada vez me sentía más culpable. Tenía que irme, no quería que mi madre se sacrificase por mí. Lejos..., odiaba a mi padre. Tenía que estudiar, progresar, llegar a ser del modo que fuera, a cualquier costa distinta de ellos. A cualquier costa...

Mis notas mejoraban constantemente... Las amigas me invitaban a sus casas... pasaba allí la mayor parte del tiempo disponible para estar fuera de casa, con un libro entre las manos, delante de bibliotecas bien surtidas, leyendo novelas románticas en las que triunfaba [10] siempre una heroína pálida [6], mal vista por todos, y que terminaba por llevar a cabo gestas [10] que ponían de relieve ante todo el mundo su inestimable valor espiritual [10]. A veces eran castas historias de amor en las que el ideal masculino era un caballero lleno de cortesía y de inefables delicadezas para la amada... Este era el verdadero amor que respetaba a la mujer por encima de todo... Me alimentaba de estas lecturas y de la serenidad de las casas de mis amigas... La armonía de los objetos y la gentileza de las madres con sus hijas y maridos... Volvía a casa con una amargura cada vez más profunda y todo me parecía cada vez más oscuro y opresor. Mi madre respondía frecuentemente a mis quejas diciendo:

- '¿Pero qué quieres tú. Crees que puedes volar? Tu padre y yo somos así y lo seremos siempre. No nos cambiará ni el Padre Eterno'. Y luego añadía

con un punto de malicia: 'No pienses que es oro todo lo que reluce. Sólo que saben esconder sus vergüenzas. Algunos hombres tienen una gran apariencia, pero si los miras de cerca...' y lanzaba una mirada significativa.

Podía tener razón. Sabía que los padres de una de aquellas amigas mías estaban separados. Pero el mundo que soñaba era bien distinto. Todo porque aquella mujer no lo había sabido hacer. Al hombre hay que vencerlo con la gentileza y la finura. Y yo no era como ellos. Un rebelión [8] intensa me invadía totalmente, me hacía decir palabras hirientes hacia los míos. Respondía mal, daba portazos, me cerraba en la habitación. No, no sería nunca como ellos. Una mujer siempre en casa, **entre los fogones y los pucheros**, que se preocupa solamente de preparar la comida [3] para su marido, lejos de su trabajo, de sus aspiraciones, mezquina, sin una voluntad propia, sin ninguna meta personal. Una mujer que engorda [5] y nada más.

Quería, tenía que ser distinta. Debía hacer algo en la vida. Y estudiaba con total entrega, con voracidad insaciable. Y cada vez aumentaba mi asco [7] cuando en la mesa mi padre comía con voracidad, elogiando exageradamente la comida [3]. 'Comer [3], qué bella satisfacción' y se entretenía en la mesa durante horas. Yo intentaba tragarme rápidamente la comida [3] con un único objetivo [2] y un deseo incontenible: levantarme de la mesa e irme a estudiar...

Por mi mente pululaban cada vez con más brillo los sueños [9] de gloria [4]. Me sentía fuerte... Yo comía mucho entonces. Incluso había engordado [5] y mis padres estaban muy contentos, particularmente mi padre. Era el verano y había invitado una compañera a venir con nosotros al campo. Era muy inteligente. Había sacado tan buenas notas como yo. En el fondo me avergonzaba delante de ella de nuestra modesta casita de campo. Intentaba adecentarla lo mejor que podía, pero mi compañera parecía sentirse cada vez más incómoda. Se apartaba, hablaba poco, comía menos todavía. Yo estaba con ella en silencio. Una día me dijo:

- '¿Tú que has decidido hacer este otoño?'

La verdad es que no lo había pensado hasta aquel momento, embelesada como estaba por el triunfo de los exámenes. Sin esperar respuesta continuó:

- 'Me inscribiré en el liceo vespertino. Mis padres no pueden pagarme la matrícula y tendré que trabajar'.

Me quedé callada, llena de admiración y de envidia.

- 'Yo..., yo haré magisterio' comenté tímidamente.

- '¿Te gusta hacer de maestra?', replicó ella.

- 'No, no precisamente. Luego haré alguna otra cosa.' ¿Una simple

maestra? No, no quería.

- 'Mi hermana hace administrativo, pero a mi no me gusta. Las matemáticas no me gustan.' comenté.

- 'Ya entiendo; entonces por qué no haces el bachillerato de letras y después la universidad para ser profesora?', preguntó ella. Un poco más que maestra, pero me gustaría hacer otra cosa. Pero no sabía muy bien qué. Cruzaban por mi mente imágenes de maestras que desde el anonimato habían alcanzado la gloria [4]... Siempre con los niños, con los maltratados, burlados, mal tolerados... Yo les ayudaría, yo que sabía, sería le mujer fuerte que está a su lado... Mi compañera estaba callada a mi lado. Tal vez perseguía también ella en secreto sus sueños [9].

- 'Lo importante es no quedarse limitada en la mezquindad de la vida. Trabajar por un objetivo' [2], concluyó. Y yo me sentí próxima a ella, como no lo había estado nunca.

Aquella noche en la cena yo también rechacé la comida [3]. Comí muy poco, como ella. Mi madre en un primer momento se mostró sorprendida:

- '¿pero, cómo, si hace unos días que comías como un lobo?. ¿Si incluso te habías engordado!' [5]. Y mirando a mi compañera de reojo, dijo toda enfadada: '¿No te pondrás a imitar a los demás?'

Un odio [7] profundo me subió desde lo más hondo. Para ella bastaba que comiera, que engordara... [5] como ella quería que hiciera yo... De pronto me dio la impresión de que había estado siempre demasiado gorda [5]. Me vi embutida en todos aquellos vestidos, mezquina como una burda [1] campesina. Había que cambiar, a toda costa. Al día siguiente comí todavía menos. Me dieron aceite de ricino. No había nada que hacer. Me sentí sola frente a una lucha [4] tremenda. Pero ahora sabía lo que tenía que hacer: para empezar, adelgazar [6]...

Mi compañera se fue. Mi madre suspiró:

- 'Por fin se ha ido, ahora comerás [3].'

Pero bastaron estas palabras para no comer [3] en absoluto. Cada vez menos.... Empecé a fingir cualquier forma de comer [3]. Retenía la comida [3] en la boca, lo escondía en cualquier parte. Todas mis astucias y recursos se dirigían a este objetivo [2]... Mi madre insistía..., hasta que un día cansada de tantas peleas decidí no sentarme más a la mesa, con la excusa de que me daba asco [7] su presencia comía en mi habitación sola. Lo tiraba todo, me comía sólo la fruta: me habían dicho que no engordaba [5]. Y a medida que adelgazaba [6], me daba la impresión de que me acercaba cada vez más a mi sueño [9]. La figura esbelta [6] de la primera de la clase... sería como ella en la nueva escuela... Lucharía [4], ahora me sentía más libre, más semejante a mis imágenes heroicas.

Algunas personas del pueblo al verme exclamaban:

- 'Pero ¡santo cielo, cómo ha adelgazado! [6]. Y pensar que antes se parecía a su madre'.

Bastaba que lo dijeran para que yo intensificara los esfuerzos por no comer [3]. Mi madre impresionada empezó a llevarme a magos y quiromantes.

- 'Pero, dime ¿por qué no comes?'...

- Si yo como!, respondía.

- 'Y ¿entonces por qué estás tan flaca? Si das miedo'.

- 'Porque yo no soy como vosotras que engordáis [5] por nada. Yo trabajo. Tengo un montón de pensamientos'.

Y ciertamente me perdía con frecuencia en vagas fantasías [9], impresionada por mis propias imaginaciones [9]: gente que sufría por motivos espirituales [10], que se torturaba íntimamente por problemas íntimos, por algún objetivo [2] secreto. No experimentaba el estímulo del hambre. Incluso la fruta que comía me parecía demasiada. Comía demasiado, como mi padre y esto me hacía autodespreciarme... Mi padre sacudiendo la cabeza decía:

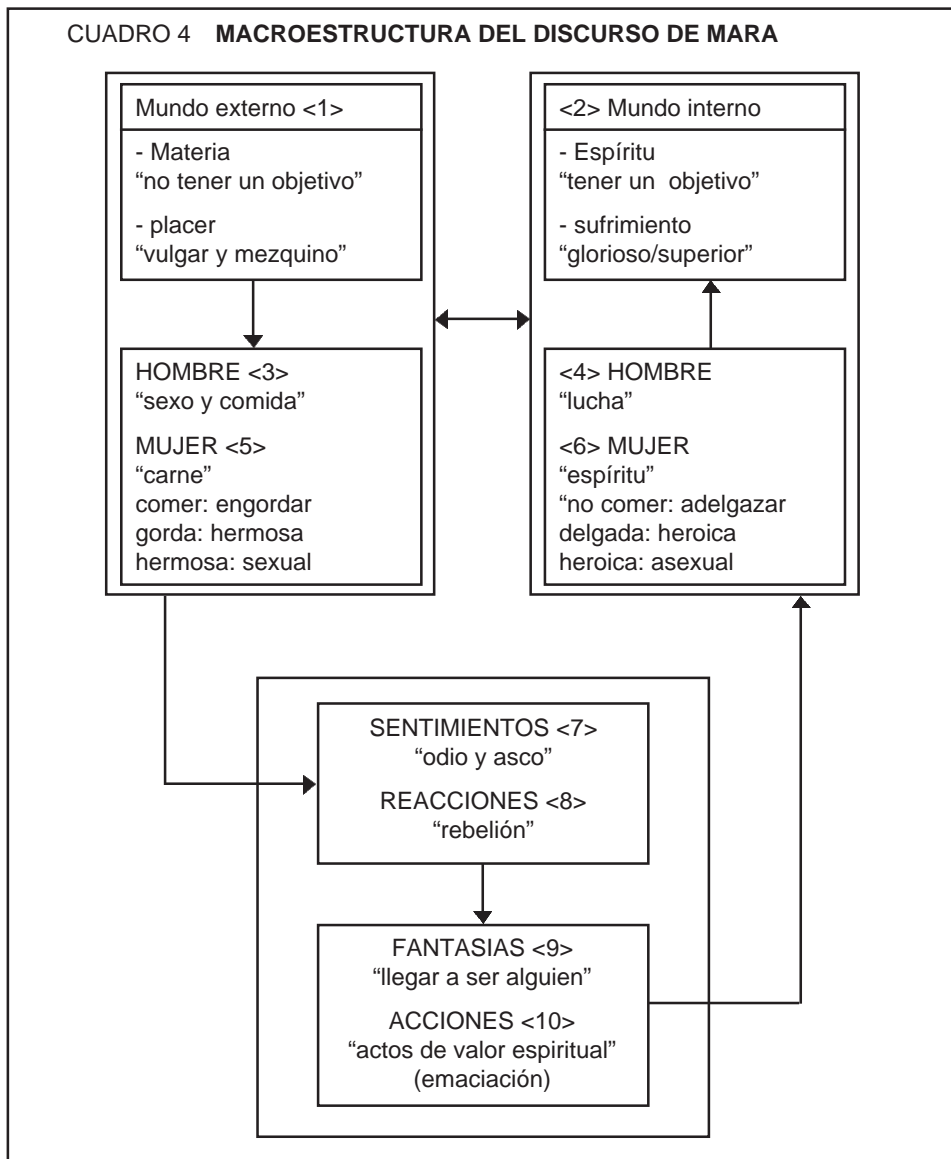
- 'Tan guapa que estabas antes. Pareces una bruja ahora'. Guapita, eh? Te gustan las mujeres gordas [5]. Ya; puedes hacer lo que quieras. Y sé lo que más te gusta'. Me rebelaba [8] íntimamente. Y cada vez estaba más contenta de estar así. Me llevaron a varios médicos. Me daban medicinas; fingía tomármelas. Estaba sana; no se entendía. Comía.

Finalmente un médico me obligó a ingresar en un hospital. Desesperadamente vi el final de todos mis sueños [9]. Estaba a punto de reiniciarse el curso. Chillé, rogué a mi padre que me llevaran a casa. Comería, comería [3]. Sí, sí..., pero en casa. En casa la salvación. Pero me quedé allí con un odio [7] feroz contra todos los míos.

La síntesis discursiva del texto la hemos representado de forma gráfica en el Cuadro 4. Los números hacen referencia a los temas identificados a través del análisis textual.

La macroestructura del texto es fundamentalmente opositiva y se basa en la contraposición maniquea entre el mundo propio interno (Eigenwelt), espiritual y el externo (Mitwelt), material. Este último, el mundo externo o material, se halla caracterizado por la ausencia de objetivos y la búsqueda de placeres o bienes sensibles <1>, mientras que el mundo interno o espiritual viene presidido por un objetivo, que sólo resulta alcanzable mediante el sufrimiento: así la anoréxica con su dominio del cuerpo a través de la abstinencia oral y carnal consigue la gloria, se convierte en un ser superior <2>. Los hombres y las mujeres se contraponen también en virtud de estos dos mundos. Los hombres "materiales" sólo piensan en el sexo y la comida <3>; los "espirituales", en la lucha <4>. Las mujeres "materiales" son sólo un pedazo de carne; comiendo se vuelven gruesas y engordando se hacen apetecibles sexualmente <5>. Las mujeres "espirituales" tienen alma; con el ayuno

CUADRO 4 MACROESTRUCTURA DEL DISCURSO DE MARA



y la abstinencia se vuelven delgadas; adelgazar es una heroicidad que las coloca por encima del deseo sexual <6>. El motor para abandonar el mundo material y dedicarse a la construcción de un mundo espiritual a través de la emaciación hay que buscarlo en los sentimientos profundos de odio <7> que provoca en la anoréxica el mundo de los placeres sensibles, de la comida y el sexo. La reacción a este mundo de placeres vulgares es la rebelión <8>, no querer ser como los demás, sino alguien superior. La fantasía de llegar a ser alguien <9> acompaña siempre a las anoréxicas,

que no encuentran nunca la manera de realizar su sueño; finalmente deciden llevar a cabo un acto heroico de valor espiritual <10> que está al alcance de su mano: adelgazar. A partir de ahí su vida ya sólo da vueltas, paradójicamente, a algo material: el cuerpo y la comida.

La matriz discursiva profunda es el rechazo de la materialidad corporal, y en consecuencia de la femineidad, y la búsqueda de una espiritualidad inmaterial. Esta oposición ideológica se convierte al final en un dilema irresoluble, por no decir una aporía, capaz de absorber todo el proyecto de una vida.

4. UNA SARDINA DEL PUERTO. EL CASO CARMEN

La autora del tercer testimonio es una paciente de 37 años de edad, periodista de profesión, bastante estabilizada en su trastorno anoréxico. Llamaremos a la paciente Carmen, en honor a la patrona de marineros y pescadores, dado que ella se presenta a sí misma como “*una sardina del puerto*”. Proviene de una familia humilde, oriunda del sur de España, que se instaló en una barriada obrera de la Barcelona de la posguerra. Por las referencias textuales deducimos que Carmen nació el año 1954. Los primeros síntomas anoréxicos aparecen hacia 1968, por lo que su experiencia se desarrolla en el tercer tercio del siglo XX.

Pare empezar merecen especial atención los antecedentes familiares por las resonancias que encuentran en el texto. La madre, en efecto, era la segunda de siete hermanas y un hermano, el mayor, que

“les dirigió toda la vida y los esquemas sobre la relación, la familia y el trabajo. Porque mi tío era anarquista y ellas eran todas pequeñas y vivían en un barrio obrero y había un ambiente, así de FAI, de CNT. Todas estaban muy dirigidas. Tenían a su hermano por un Dios. Lo que pasa es que lo encarcelaron y fue a la prisión y, en aquellos años, 6 años que pasó en la prisión, se casaron casi todas, porque antes todos los novios que habían tenido eran desechados por el hermano. Esto no significaba que lo criticaran..., que lo pusiesen en cuestión, no. Todas lo adoraban y lo adoran. El hermano está soltero y vive solo con un perro, hace 12 años. A mí, a veces, me hace estremecer porque me identifico con su absoluta soledad. Es incapaz de salir a la calle para no dejar solo al perro. Es toda una historia este señor.

Los padres de la paciente, procedentes del mismo pueblo se casaron ya en Barcelona, no porque tuvieran un flash de enamoramiento sino porque el futuro marido, su padre, se había repartido la futura mujer con su hermano en un lote conjunto donde iban ella y su hermana mayor: “ésa es para ti y ésta para mí”. Desde la mili el futuro marido le había escrito una postal a la futura mujer en la que lacónicamente le decía:

“Tu serás la madre de mis hijos” o “...de mis churumbeles”, o algo así y, entonces, ella se enteró de que esto significaba que lo esperase. Cuando

volvió de la mili se casaron y se fueron a vivir a una casa con otra hermana, que vivía con dos familias, porque no tenían ni dinero, ni casa. Así vivieron hasta que yo hice 9 años... Es difícil de explicar cómo podían caber en un espacio como éste dos familias, una abuela y dos primos que venían a estudiar por la noche. Pero no lo recuerdo mal porque yo, entonces, tenía un cierto prestigio porque se ve que estudiaba mucho o que tenía muy buenas notas... Dicen que tenía dos novios... Yo me consideraba normal y además tenía amigas. Lo cual quiere decir que me consideraba bien a mi misma.

Mi tía era muy femenina. Se ponía tacones y se pintaba y me sacaba a pasear. Mi madre, no. Ni se ponía tacones, ni se pintaba, ni me sacaba a pasear... Pero, con mi tía yo tenía una relación buena.

Mi madre trabajaba allí, haciendo paquetes... No recuerdo ningún tipo de relación... Era la persona que sólo se ocupaba de darme de comer y de vestirme, pero, no recuerdo ningún tipo de relación afectiva, nunca. Yo después he pensado que cómo vivíamos todos... Cada familia tenía una habitación. Yo vivía y dormía con mis padres. Supongo que esto condicionó mucho a mi madre en no hablarme nunca ni de relaciones sexuales, ni en darme un beso, ni en dejar que mi padre me cogiera en brazos. Supongo que estaba muy recelosa de esto de que me cogieran en brazos... No sé, es una cosa que he pensado después porque, ¡vaya!, mi hermano nació allí y yo ni me enteré de que mi madre estaba embarazada, y tenía 7 años. Me enteré el día que nació... Es decir, yo no sé como se lo montaban, pero yo todo lo que sé es esto... Y de esto no se hablaba nunca, ni se tocaba el tema, ni nada... Al contrario, desde pequeña, mi madre me había metido en la cabeza que lo peor que le podía pasar a una chica, es que la dejaran embarazada y que los hombres, en general, lo que querían era engañar a las chicas para dejarlas embarazadas, y, yo tenía bastante pánico a esto, a quedarme embarazada.

A los 9 años, nos fuimos a vivir a otra población... Mis padres y mi tío aquél, que eran hermanos, cogieron una casa. Me acuerdo que cuando llegamos, era todo verde y lleno de campos. A los 10 años, degeneró y se convirtió en una cosa muy deprimente, una ciudad satélite, y, desde entonces yo viví allí hasta los 25. Aquellos años son bastante jodidos para mí. Mi familia me puso a estudiar en una academia...

Los veranos, hasta que tuve 12 años, mi padre nos llevaba a mí y a mi hermano a la playa. Mi madre nunca venía porque decía que era gorda. Y, a partir de los 12 años, un día me dijo que “yo tenía que ir con chicos” y nunca más me llevó, por lo cual me sentí absolutamente abandonada y lo pasé muy mal. Pero no me di cuenta entonces, sino mucho después de esto, de que me dio una bofetada, porque yo me consideraba en una

discriminación con mis primos.

En la escuela tenía compañeras como yo. No sé cómo pensaban pero yo no las consideraba tontas. En cambio a mis primas del barrio y las chicas que estaban en mi calle, las consideraba bobas, porque estaban todo el día con muñecas. Yo las muñecas no las he soportado nunca. Mi madre, cada año, me fabrica una. La vestía y yo, por la noche, ya le había abierto la barriga para ver qué tenían. Las destrozaba y ella siempre decía que yo no la quería, que la despreciaba porque le destrozaba las muñecas. Pero yo nunca las he soportado. No sé por que no las soportado. Desde pequeña, había tenido amigos. Jugaba, pues, a ir con las bicicletas, a fútbol... Todo a lo que jugaban los niños, entonces me parecía mucho más interesante. De pequeña me habían dicho que era tan lista que estudiaría, pero, al llegar a los 10 años, mi madre fue al colegio y le preguntó al profesor que podía hacer yo para empezar a trabajar ya, porque no tenían pelus para que yo estudiase. El profesor le dijo que si hacía el bachiller, no me serviría para nada, que hiciese comercio y que encontraría trabajo de secretaria. Hice comercio y a los 13 años, mi padre me sentó una noche y me dijo que “la vida era trabajar, que él había sufrido mucho por mí, y que el trabajo no había gustado nunca a nadie y que la vida era sufrir y trabajar”. Se ve que yo me lo tragué mucho porque todavía no me lo he sacado de encima. Entonces, me acompañó a un laboratorio en Barcelona con 13 años. Me sacó de un vecino y me dijo que eso se había acabado... Ya me había dicho que había acabado lo de la playa, también. Que me tenía que convertir de golpe en una chica. A todas éstas, a los 12 años me había venido la regla. ¡Uf! Horroso, horroso. No la aguantaba. Yo no soportaba a mi madre. No la soportaba porque tenía la impresión de que tenía la obligación de acabar siendo como ella. Pues, una señora que por gorda no iba a la playa. A mí, lo que me interesaba era ir a nadar e ir en bicicleta. Ella no iba a nadar y, además, por ser mujer me dijeron que ni subiera más en bicicleta. Yo estaba, en realidad, gordita. Y me veía la amenaza. La veía mucho. Me veía condenada. Las mujeres éramos así. Lo veía absolutamente así. Porque además era absoluta. Era muy absoluta... Y bien, cuando me vino la regla lo consideré como una batalla perdida tan fuerte, que no se lo dije a mi madre. Me daba la impresión que de que ella estaba esperando que se lo dijera para decir:

- “Bueno, por fin has caído”.

Yo lo vivía así. No sé si es... Supongo que no es tan cruel, la pobre mujer... Ahora hace un año que le he dejado de tener manía, hace un año o menos. Pero, ahora no veo que tuviera ningún tipo de mala intención. En todo caso, se dieron dos cosas, una que tenía celos, y otra, que tenía miedo. Total que cuando se lo dije, lo de la regla, pues, yo me lo tomé fatal y ella

como si nada... Me hizo otro sermón de esos como si fuese un enfermo: que no podía salir cuando lloviera, que no podía comer helados... ¡uf! Acabé llorando, pero a los 17 años ya me había desaparecido. La eliminé, la eliminé. Yo lo pasaba fatal, fatal... Bueno, yo no sabía que tenía tanta influencia el desagrado o como se diga. No lo sabía. Lo que sé es que cada mes era un suplicio. Tampoco me atrevía a ir afuera nunca, por si tenía la regla... Total que yo la iba teniendo pero se me fue reduciendo de 5 días, a 4, 3, 2, 1, para llegar a 0 a los diecisiete años y, esto, también era nuevo en la familia y me comenzaron a llevar a ginecólogos. También era nuevo en la familia porque se ve que nadie había ido a un ginecólogo. Cuando digo la familia, digo las 7 hermanas de mi madre. El ginecólogo, primero me dio unas pastillas anovulatorias que me hacían daño al hígado y vomitaba cada mañana y las dejé de tomar por ese motivo. A continuación fui a un ginecólogo muy viejo que no me hizo nunca un análisis, nunca. Posteriormente fui a dos o tres e igual, en el momento que dejabas de tomar las pastillas, dejabas de tener la regla y se ha acabado. Y una vez, en el hospital me hicieron una prueba y me dijeron que yo no tenía nada físico que todo era del 'coco' y me hice las primeras radiografías en la hipófisis, en el hipotálamo y todo eso, que me han hecho mil. Bueno, a todo esto, pasaron muchos años, fui de uno al otro, y todos me decían que yo no tenía nada, que si no la tenía era 'porque estás muy delgada', o porque 'te faltan hormonas', pero, en serio, análisis de hormonas sólo me llegaron a hacer en una clínica. De tanto en tanto, me cogía la 'neura' de qué me pasaría, pero, en realidad, la regla yo no la quería para nada, para nada... Claro, porque yo la consideraba como una extrañeza más de mi vida. Ni tenía novio, ni tenía amigos, ni tenía la regla. Y al final un ginecólogo, que es el que me hizo las biopsias, me dijo que no tenía nada, que yo tenía que ir a un psiquiatra y ¡uf!, pues todavía más 'pateada' porque encima toda la familia y además tener que ir a un psiquiatra. Y le dije que por qué un psiquiatra, pero yo misma me pensé que estaba loca y, me dijo que era un señor que yo iría, me sentaría, yo le diría mi problema, se quedaría con mi problema y yo me iría sin el problema. Y me envió a un psiquiatra. Me dio unos antidepresivos. Me desmayé y dejé de tomar los antidepresivos a la semana. Entonces ese señor me dijo que él no era para mí, que fuese a un psicólogo. Fui a un psicólogo a hacer terapia, pero no me fue bien. Me lo tomaba a broma, me divertía. Era como si tuviese un amigo que, en realidad, nunca me explicaba nada de su vida, e iba, pues... Era un chico que estaba haciendo el MIR, se fue a Londres y yo me quedé destrozada, sin amigo y otra vez igual. Aquí yo tenía 22, 23 años.

Toda esta parte de mi vida era inconfesable. No explicaba nada a nadie. Ni a las personas con las que salía. Yo era una persona muy aislada, muy

introvertida. Yo seguía el juego a todos. Escuchaba la vida de todos. Desde entonces, me convertí en consejera. Yo he aconsejado a mucha gente, no me explico cómo. Desde temas sexuales, familiares, personales... He tenido una facilidad para que la gente me explique la vida y, esto me ha servido después trabajando. Bien, es que mínimamente yo no explicaba de mí nada. Lo que pasa es que después me consideraba anulada y he ido abandonando a todos por esta razón. Es decir, por una cosa mía, los iba haciendo responsables a los demás de una incapacidad mía... Quería comunicarme, tenía ganas de decir

- 'pues soy un bicho raro pero no soporto..., no soporto que lo veáis'.

Y esta era mi mal...

Bueno, lo de la regla acabó que me dejé de tomar todas las pastillas del mundo, cuando me dijeron que lo mío era porque estaba sonada, o yo lo entendía así. Comencé a pasar por psicólogos y psicólogos. Hice 5 años de psicoanálisis con un señor, con quien estuve representando durante tres años, tres veces a la semana que era una "sardina del puerto", hasta que ya no me servía a mí, ni para nada y lo dejé estar. Hasta que comencé a pensar que ese señor pensaba que yo me lo creía... que era una sardina. Bueno, lo que pasa es que yo me identifico... El único efecto que yo consideraba que tenía eran los efectos incondicionales. Y la playa era uno. Siempre la encontraba en el mismo sitio. Yo me iba... Muchas temporadas me he ido, por la mañana, allí abajo, y siempre me encontraba la playa. Yo consideraba que me identificaba con aquello. Y bueno, siguiendo ese hilo, me pasé 3 años, hablándole desde el puerto. Este era el psicoanálisis que hacía. Y después lo dejé estar.

Al comenzar a trabajar más fuerte, en Barcelona, empecé a perder 2 kilos o 3, lo típico, de los 14 hasta los 16. Supongo que era normalísimo. Pero yo vi que tenía la posibilidad de ser otra persona, me imaginé, si en vez de ser gordita, pasaba a ser un esqueleto y me dediqué mucho a eso. Igual que me dediqué a lo de la regla, me dediqué a esto. Hay médicos que me han dicho que coincidió. Fui perdiendo peso progresivamente... Porque lo que no me hubiera permitido nunca es que el hecho de adelgazarme, me impidiera trabajar o estudiar, cuando estudiaba. Hasta el límite de tenerme de pie y funcionar, yo iba reduciendo lo que comía, controlando mucho. Y me fui progresivamente adelgazando, pero muy progresivamente. Eso de perder 10 kg en un mes, no lo he hecho jamás. De hecho, yo siempre lo negaba. Mi madre, cada vez se metía más con mi forma de comer, hasta que ha llegado a ser nuestra única relación y, todavía, ella no se desengancha de esto.

Nada más ella meterme la comida por la cara y yo, bueno, ya mucho antes de irme de mi casa, no comía de lo que ella cocinaba, ni me ponía nunca

a la mesa, ni le cogía un trocito de pan, nunca. Si me ponía un almuerzo en el bolso, lo tiraba y lista. Todo me lo controlaba yo. Pero, no tanto porque me quería adelgazar, sino porque tenía la impresión de que mi madre me quería engordar. De hecho, toda la familia decía que un día u otro, acabaría tuberculosa y, constantemente, me llevaban al hospital a ver si ya lo estaba... No estuve nunca ni anémica ni tuberculosa porque yo compraba libros y comía... Comía infinitamente mejor que ahora. Comía mucho lo que decían: carne tales días, pescado tal día, verdura a tal hora... Cosa que no había hecho ni de pequeña. Comía bien, lo que pasa es que yo me lo montaba de tal manera que cada vez me iba adelgazando. Y supongo que por esto, no cogí ninguna anemia. Bueno, constantemente, he estado adelgazando, pero constantemente. Al mínimo al que he llegado, ha sido el año pasado que he llegado a pesar 34 o 35 kilos. Pero, esto no me impidió trabajar... Bueno, después me quedé sin energía pero yo sabía que la energía no venía del alimento... Bueno, yo perdí la energía infinitas veces pero era porque mi vida no servía para nada, para nada. No, por el alimento. Esto lo tengo clarísimo. La premisa ha sido no depender de nadie. Entonces yo sabía que había muchos meses que la única fuerza que tenía, era para estar en la cama pero, no me lo permití nunca.

Ya desde muy jovencita vi que tenía que encontrar un trabajo por que 'la vida era eso' y, entonces, fue cuando me metí en la cabeza encontrar las amigas o los amigos en los trabajos. Me propuse siempre encontrar un trabajo para encontrar amigos o un novio que se me llevara. Yo, enseguida, lo que pensé que encontraría era un gran amor que se me llevaría por la ventana. No sé por qué, pero siempre se me tenía que llevar por la ventana. Bueno, sí que lo sé, porque pensaba que salir por la puerta como lo estaba pasando tan mal, era muy poco... A los 14 ya encontré un trabajo, en una oficina, donde me aburría mucho. Me dedicaba a contar chistes a los que estaban allí y esto... A todo esto, todos los señores que me he ido encontrando en los trabajos, les daba por hacerme pellizcos y por perseguirme y a mí, me daban pánico porque me creía que me quedaría embarazada. Y encima, les iba cogiendo una especie de manía... Entonces, busqué otro trabajo: cambié a tres o cuatro oficinas. En la última que encontré, en el 68, me pasé tres años y medio y allí, aquel año, ya dije que yo no me moriría en una oficina. Cuando entré, tenía 16 y salí cuando tenía tres más. Mientras tanto a los 17 años, fui al Instituto y dije que quería hacer bachillerato. Entonces, me lo tomé muy en serio: salía de casa a las 5 de la mañana y estudiaba por la noche y volvía a la 12. Fui aprobando todos los cursos muy bien e iba cambiando de trabajos... Antes de acabar el 6º de bachillerato y el COU quería saber qué carrera tenía que escoger para no equivocarme. Yo tenía la obsesión de que en mi vida ni me quería

nunca nadie, ni me salvaría nadie y que la vida la tenía que pasar bien, divirtiéndome y trabajando...

A todas éstas, mientras hacía bachiller, me había metido en un partido de izquierdas..., y me detuvieron. Pasé muchísimo miedo. Trabajaba, estudiaba y me dedicaba a hacer política en el Instituto. En el verano... me invitaron a un curso de redacción de una revista que se hacía en el barrio muy 'progre'. Y me lo pasé muy bien. Y, entonces, ya no me lo pensé más, me fui a matricular de Ciencias de la Información...

Y... todo esto iba paralelo a lo de los psiquiatras, al problema de la regla, al problema afectivo... Y mucho problema con mi cuerpo. Vaya, básicamente, a mi cuerpo le he dirigido toda esta orquesta. Porque el punto primero era ser independiente y trabajar. Pero ya no sé qué punto hipotecaba más al otro, si irme adelgazando siempre más o el otro. De esto ya perdí el control hace muchos años. He dejado desde salir de vacaciones, de hacer cosas o de dejar de hacer infinitas cosas porque había el peligro, primero, o de encontrarme con algún 'tío' o de comer más de la cuenta. Mi padre, me dijo una vez, riendo, que ya suponía él que yo tendría novio y me dio mucho asco... Y le cogí mucho asco a todos los hombres porque me lo dijo de una manera, muy así... muy chiriviri.

De hecho, la única vez que decidí tener relaciones sexuales, fue en un viaje que me fui, yo sola, a Escocia... Y el día antes, fui a tirarme las cartas y la señora aquella me dijo que al día siguiente conocería a un señor. Y, bueno, la creí totalmente. Cogí y fui allí y conocí a un chico y aquella misma noche, lo invité a mi residencia. Y al segundo día, le dije que si quería hacer el amor conmigo, que yo no lo había hecho nunca y ya está. Lo hice como aquel que se encuentra ya implicado. Después con los meses, pensé que me había enamorado de él. Le dije que viniese a Barcelona. Vino. Le cogí una manía increíble. Y... él me ha continuado escribiendo. Supongo que no ha entendido nada. Por que ha de reunir muchas cosas un señor para que me guste..., para conectar. Porque, bueno, por el medio he tenido infinidad de enamoramientos constantes.

Normalmente, les escribía mucho... Unas cartas increíbles. O me contestaban diciendo que si hacía la literata. En general, han reaccionado bien. Pero, mi proceso siempre ha sido éste, decirles 'aquí tenéis este pastel', además, de repente, sin que se lo esperasen casi y he ido pasando. Y siempre han acabado igual. Ellos me han hablado muy claramente. Me han dicho que no estaban enamorados de mí...

Con los tíos, cuando estoy en época de trabajo, continúo sin saber cómo encontrarlos. Y sé que cuando me vaya de vacaciones, conectaré con alguno a la mínima. Por que es así, no sé por qué. Mis relaciones sexuales son fatales. Bueno, fatales... He tenido varias con aquella persona y

diferentes con otra que encontré en la India. Con el primero, ahora pienso que era un chico muy inexperto y el otro, era una persona muy solitaria y muy animalesca, muy acostumbrada a tener relaciones de una noche con quien encuentra por ahí. Yo me culpabilicé mucho de no saber hacer maravillas. Pero pensaba que eran fallos técnicos. Y pienso bastante. Pero reconozco que ese señor era un poco... De todas maneras, es curioso pero siempre... tengo una imagen supertierna de ese señor y pienso que no fue nada amable conmigo. Pero quizás es porque me identificaba con su especie de soledad que debe tener. Creo que es una soledad que ¡ojstras! porque tal y como estaba en aquel viaje. Pero, bueno ... Quiero decir, no he tenido ningún tipo más de relación.

Supongo que, en el fondo, yo no quería una relación normal, porque es imposible que haya sido tan burra para no establecer una relación normal. Aunque siempre he pensado que era porque era burra. Porque... bueno, porque desde gente que se ha pensado que yo iba con chicas, que era lesbiana, hasta gente que se ha pensado que era idiota simplemente. Yo estaba de acuerdo con las que pensaban que era idiota porque les decía 'es que yo no sé encontrar gente'. No sé y supongo que es todo en conjunto. Todos estos miedos que yo he tenido siempre que me han hecho que, antes de yo enterarme de que yo no quería una cosa, ya me había despertado. Porque sino no me explico. Es decir, que he tenido una gran incapacidad para tener una relación normal con nadie.

Y la relación que tengo con la gente, pues es ésta. Se va cortando. Siempre se va cortando y se va dejando aparcada. Durante el tiempo que tengo amigas, soy muy amiga. Quiero decir, cuentan mucho conmigo. Pero, yo sé que luego les fallo, desaparezco. Siempre fallo por esto, porque yo siempre pienso que ellas se estarán empezando a hacer la idea de qué especie de vida tan horrorosamente vacía llevo. Y esto no lo soporto porque yo he de ser consecuente. Durante muchos años, he tenido una idea de la dignidad muy estúpida. Y si he de ser consecuente con la dignidad, pues, he de suicidarme o cambiar de país, o encontrar un hombre, pagar y casarme o yo que sé.. Y como todas estas cosas no me atrevo a hacerlas, pues me quedo sola como castigo.

Ahora, considero que tengo amigos pero los necesito cambiar porque llega un momento en que mi vida es demasiado impresentable para mí y, para ellos supongo que también, y esto no lo soporto. Me voy dando cuenta, voy cambiando... Sobre todo ahora, hace un año. Ahora hace un año y poco que he entrado en una fase diferente, porque a todas éstas, yo con mi cuerpo es como si no tuviera. Porque yo necesitaba estar más delgada, pero no para estar más guapa porque evidentemente, yo he asumido delante de los 'tíos' que soy un desquicio. Me vestía muy, muy mal por que lo que no

soportaba era lo que me habían dicho a los 13 años: que si el color, que si las tetas, que si los pellizcos... Esto no lo soportaba y, entonces, lo eliminé, cuando eliminé la regla. Bueno, se me volvió el pecho a la mitad de lo que tenía... Todo esto lo solucioné. Después me vestía como un chico y se ha acabado. Ningún problema. El problema vino después, cuando yo vi que estaba en una trampa. Las pocas veces que yo quería ir a una fiesta o de vacaciones o algo, o a un sitio al que iban el grupo de chicos y chicas con los que salía... Claro, como si pasara dentro de una bola de hielo. Yo iba dentro. Yo iba con el grupo... Entonces, ya lo sufría esto porque sabía que ya les había transmitido el papel de la asexual. Entonces, me trataban como a una persona asexual. Yo era supersensible a esto. Quiero decir, era algo que quería pero era muy sensible a esto. Lo que me hacía sufrir mucho, porque era cerrar la puerta a lo que aún consideraba que me podía salvar, a saber: que alguien se enamorara de mí y se me llevara.

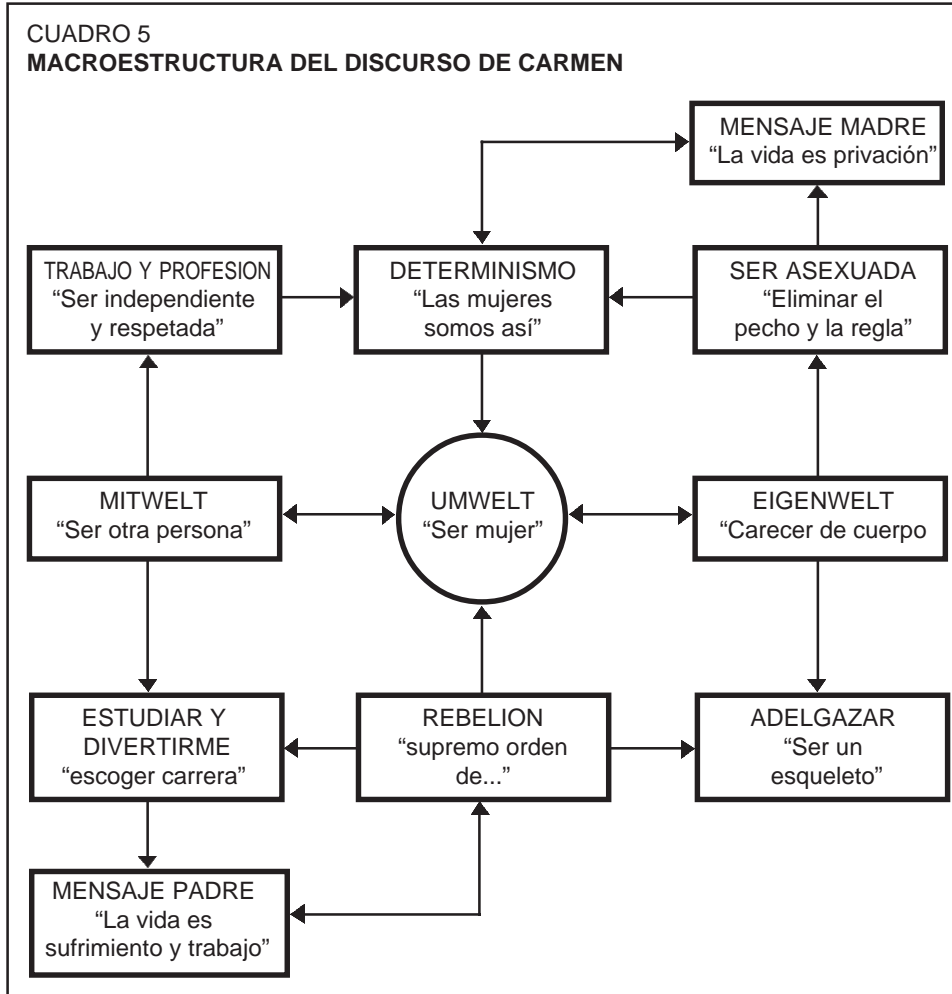
Yo a mi cuerpo yo no le tenía ningún tipo ni de cariño, ni de respeto, ni de nada. Él tenía que cumplir una obligación que era adelgazarse y punto. Muy hitleriana, absolutamente. Y, bueno, después fue un segundo psicoanálisis y así. El segundo lo dejé estar la primavera del año pasado. Yo antes, por una casualidad, fui a una homeópata y a la homeópata le expliqué esto. Me pareció genial porque en una hora todo esto lo entendió y me dijo que tenía que hacer algo físico. Desde entonces, físicamente, he ido cambiando. Una cosa que yo creía que no la soportaría es engordarme... Soporté engordarme. Bueno, soportar... Lo soportaba porque iba viendo que no dejaba de hacer nada de lo que iba empezando. Bueno porque pasé unos meses que perdía la cabeza ¿eh?. Totalmente. Lo que pasa es que ahora ya lo he asumido. En principio era como una fatalidad. Ahora no es una fatalidad porque veo que no me he convertido en una 'bola'. Quiero decir que es como ir cogiendo terreno, pero no es que haya dejado de tener miedo, pánico de engordarme.

Bueno, pero todo esto ahora no me hipoteca la vida. Y esto me hizo..., me hace sentir más segura. Ahora sí que han perdido importancia los dos kilos que me engordé. Bueno, ahora peso 38 kg. No sé si son 2 o 3... Pero, el hecho es que desde que hago ejercicio se me volvió la carne más fuerte. Entonces comencé a hacer una cosa que hago, que es una especie de teatro-danza... Cosas impensables. Parecen bobadas pero el primer día que entré en aquella sala, me obnubilé. Yo no podía soportar viéndome. Es decir, me consideraba un ser humano dentro de un cuerpo... cero. No lo podía aguantar. No sabía qué hacer. Lo que pasa es que hice un cursillo intensivo y, en el otoño, me dijeron que por qué no comenzaba un curso normal. Y lo he ido siguiendo a trancas y barrancas, con muchos problemas de este

tipo. Es decir que no hago, ni danza, ni expresión corporal, ni gimnasia, ni aeróbic. Hago una cosa muy adecuada a mi proceso de ahora. Plantear situaciones en las que has de crear, sin palabras, con el cuerpo. Y así voy. Y todas estas cosas son los puntos de apoyo que tengo ahora para intentar distanciarme de la historia del orden, del supremo orden de adelgazar. Respecto a mi futuro podría comenzar a decir cosas, pero no cuento demasiado conmigo misma. Podría decir cómo me gustaría verme, pero no puedo, porque no cuento demasiado con mi responsabilidad para hacer lo que hubiese debido hacer hace mil años. Mi idea cuando empecé a hacer periodismo era: acabar la carrera, estudiar tres idiomas e irme a vivir a Roma. Esta idea la continúo teniendo. Ni he estudiado idiomas, ni me he sacado el carnet de conducir. Otro problema mío, no me atrevo. Ni he hecho nada de lo que me había propuesto y tengo todo el tiempo del mundo y resulta que no tengo tiempo. Esto, y, a partir de aquí, entonces, supongo que tener una vida fluida y estoy segura de que me pasarían cosas y que tendría una vida como a mí me gustaría. Esta es la vida que, que si yo fuese una persona normal y corriente y dispusiese de mí misma, tendría dentro de diez años.

No sé, no me gustaría morirme sola. ¡Qué va!. Ahora me gustaría tener hijos. Pero sinceramente en este momento, me parece que dependo de un hilo de una tela de araña. Porque si tengo un poco de suerte, por ejemplo, si ahora me saliese este trabajo que estoy buscando me podría permitir tener una vida diferente. Me sacaría de encima, espero, la neura. Moriré vieja y como un “clochard”. Esta es la idea, sinceramente, que he tenido siempre. Pero, no, no... quiero decir, no sé, no sé, no sé, cómo acabaré. No tengo ni idea. Esto es un poco angustiante, a veces. Y otras veces, simplemente, me culpabilizo por no hacer lo que podría hacer para evitarlo. No sé, no sé si soy muy optimista. Lo que intento es... Me gustaría defenderme más que en este momento. Si he de ser sincera... Quizás si acabara pensando que lo haré, lo haría. Pero no sé porque me lo he dicho tantas veces y nada. Además estoy hablando de tonterías, pero para mí son la puerta de una vida diferente.

Hemos intentado reproducir, comprimiéndolo, el texto, proveniente de una entrevista realizada por Pubill (1994), que en el original ocupa 15 páginas; para ello hemos suprimido las intervenciones de la entrevistadora así como las reiteraciones y formas coloquiales, características del formato dialógico hasta convertirlo en un monólogo. Igualmente hemos procedido a la reagrupación de algunos párrafos con el intento de darle una mayor cohesión formal, conservando en todo momento la coherencia discursiva. El análisis del texto nos permite identificar con toda claridad los ejes discursivos que lo estructuran, tal como aparece en la macroestructura (Cuadro 5). Estos tiene que ver con la corporalidad, entendida como “sarx”.



El núcleo de la macroestructura del discurso de Carmen está centrado, como en el resto de los textos de anoréxicas que hemos considerado hasta ahora, en la rebelión contra el destino o determinismo natural (Umwelt): “Las mujeres éramos así: gordas”, Por eso toda la actividad voluntaria va dirigida hacia el control del cuerpo:

“Y mucho problema con mi cuerpo a quien básicamente le he dirigido toda esta orquesta. Porque el punto primero era ser independiente y trabajar. Pero ya no sé qué punto hipotecaba más al otro, siirme adelgazando siempre más o el otro. De esto ya perdí el control hace muchos años”.

El conflicto común a estas pacientes se expresa en el dilema “ser persona o ser mujer”, como si se tratase de condiciones existenciales antagónicas. De ahí no tanto

la insatisfacción con el cuerpo, propia de las bulímicas, sino el rechazo radical del mismo, la voluntad deliberada de “carecer de cuerpo”, de “ser un esqueleto” como medio de dejar de ser mujer y convertirse en persona “sin regla, sin pecho, sin grasa”. La diferencia fundamental entre el caso de Carmen y el de las dos anteriores Ellen West y Mara radica en la desaparición del revestimiento ideológico, romántico o revolucionario, con que éstas últimas adornan su discurso, mientras en la primera aparece éste en toda su crudeza reduccionista: el rechazo del cuerpo femenino por sus condiciones anatómicas y morfológicas. Para Carmen este conflicto con el cuerpo es fruto del entrecruce de mensajes deterministas y limitantes que recibe en la infancia:

“la vida es privación (para las mujeres): no pueden ir a la playa, ni ir en bicicleta, ni comer helados, ni salir cuando llueve...”, según la madre; “la vida es trabajar y sufrir”, según el padre. Además: “desde pequeña, mi madre me había metido en la cabeza que lo peor que le podía pasar a una chica, es que la dejaran embarazada y que los hombres, en general, lo que querían era engañar a las chicas para dejarlas embarazadas, y, yo tenía bastante pánico a esto.”

Para hacer frente a este determinismo las anoréxicas toman una decisión radical, la de adelgazar como medio para dejar de ser mujeres:

“Esto no lo soportaba y, entonces, lo eliminé, cuando eliminé la regla. Bueno, se me volvió el pecho a la mitad de lo que tenía... Todo esto lo solucioné. Después me vestía como un chico y se ha acabado. Ningún problema. Entonces, me trataban como a una persona asexual... Yo a mi cuerpo no le tenía ningún tipo ni de cariño, ni de respeto, ni de nada. Él tenía que cumplir una obligación que era adelgazar y punto”.

Dejando de ser mujeres, convirtiéndose en seres asexuados, las anoréxicas viven la ilusión de poder dedicarse a ser personas, independientes y respetadas, gracias a su trabajo y a su profesión:

“La imagen que yo tenía en mi familia, cambió desde que yo entré a trabajar en un diario, evidentemente. Desde entonces me respetan... Más tarde pasé dos años en la tele y ya no digamos. Trabajar en la tele... Pero yo siempre he sabido que no me respetan a mí, respetan mi trabajo por lo que representan los medios de comunicación. Y si me he pasado a este lado, yo ya no sé averiguar quién me quiere y no me quiere en mi familia. El único que considero que me quería era mi abuelo y murió mucho antes de que yo trabajase en ningún diario”.

Pero esto tiene un coste, el precio del aislamiento y la soledad:

“Y la relación que tengo con la gente, pues es ésta. Se va cortando. Siempre se va cortando y se va dejando aparcada. Durante el tiempo que tengo amigas, soy muy amiga. Quiero decir, cuentan mucho conmigo. Pero, yo sé que luego les fallo, desaparezco. Siempre fallo por esto, porque yo

siempre pienso que ellas se estarán empezando a hacer la idea de qué especie de vida tan horrorosamente vacía llevo. Y esto no lo soporto porque yo he de ser consecuente. Durante muchos años, he tenido una idea de la dignidad muy estúpida. Y si he de ser consecuente con la dignidad, pues, he de suicidarme o cambiar de país, o encontrar un hombre, pagar y casarme o yo que sé.. Y como todas estas cosas no me atrevo a hacerlas, pues me quedo sola como castigo...

No sé, no me gustaría morirme sola... Ahora me gustaría tener hijos. Pero sinceramente en este momento, me parece que dependo de un hilo de una tela de araña. Porque si tengo un poco de suerte, por ejemplo, si ahora me saliese este trabajo que estoy buscado me podría permitir tener una vida diferente. Me sacaría de encima, espero, la neura. Moriré vieja y como un "clochard". Esta es la idea, sinceramente, que he tenido siempre. Pero, no, no... quiero decir, no sé, no sé, no sé, cómo acabaré. No tengo ni idea. Esto es un poco angustiante, a veces. Y otras veces, simplemente, me culpabilizo por no hacer lo que podría hacer para evitarlo."

SÍNTESIS DISCURSIVA TRANSTEXTUAL

La comparación conjunta de los diversos textos de las pacientes anoréxicas que hemos considerado nos permite extraer algunos elementos discursivos comunes para cuya exposición sintética utilizaremos fragmentos del testimonio de otra anoréxica, Stefania Memmo (veintiséis años, metro setenta, treinta y ocho kilos). Estos retazos de su autobiografía, publicados recientemente (Memmo, 1997), junto con otros textos complementarios nos ayudarán a enunciar una serie de principios que resumen, a nuestro juicio, la esencia discursiva del trastorno anoréxico. Tales principios vienen presentados en negrita para su identificación y acompañados de los textos ilustrativos.

La anorexia es una negación de la corporalidad y, en consecuencia del sexo y la femineidad:

*"Era alta, ojos oscuros de corte oriental, piernas largas, formas demasiado atractivas para una adolescente simple e ingenua que **no aceptaba esta femineidad** pronunciada. De modo que mi mayor deseo era perder algún kilo, para lo que necesitaba la ayuda de mi madre... (Memmo, 8)*

*Me desanimé: para hacerme volver la menstruación tenía que volver a comer regularmente. Sin embargo no quería ni podía engordar. Mi cabeza me lo impedía. Después de todo la **ausencia de menstruación no me causaba ningún problema. Había dejado de ser mujer en todos los sentidos**. La amenorrea era la consecuencia de mis trastornos psicológicos (104). Había **anulado la femineidad de mi cuerpo en la delgadez**.*

La anorexia se presenta como un trastorno evolutivo en el proceso de identidad personal/sexual, particularmente en la adolescencia:

*“La **adolescencia** es un período complejo, pero yo estaba segura de que al crecer conseguiría ser como quería. Esto sería posible consiguiendo separarme de mi madre, de su **control**, para **tomar posesión de mi cuerpo**. Tenía que encontrar mi **identidad de mujer** huyendo de la mentalidad burguesa de mi familia, atenta sólo a las apariencias. No he aceptado nunca que ella se sacrificase a una vida banal, a las humillaciones de mi padre sólo para darnos la imagen de una unión que no existía. Yo quería una vida diversa, más dinámica, más serena. Podía usar mi cuerpo como un arma... **A los 21 años había manifestado la incomodidad de toda mi adolescencia con la anorexia**. Un trastorno del que se sabía muy poco. Una relación de amor y odio con la comida... Rechazar la comida era proyectar violentamente sobre mi cuerpo todas mis frustraciones. De una simple dieta había llegado a una casi total **deprivación**”.*

La anorexia es una rebelión contra el modelo de mujer y esposa representado por la madre en su relación con el padre:

*“**Rechazaba de este modo mi cuerpo y mi sexualidad con una especie de fuga de mi rol, el rol de mujer** propuesto por mi madre. Ella no me había ayudado cuando mi cuerpo era fuente de mis inadecuaciones personales y de mi poca autoestima; me incitaba a consumir la misma cantidad de comida que ellos consumían y en abundancia... Así, cuando de adolescente me había mostrado sensible al juicio de los demás sobre mi cuerpo su apoyo habría sido de importancia fundamental para mí. En cambio me tomé la **revancha** sobre todos, y sobre ella particularmente actuando de forma extremadamente exagerada (Memmo, 42, 43). ¿Qué se escondía detrás de este deseo del mal? Las causas pueden haber sido muchas; seguramente no aceptaba el **modelo de mujer** que mi madre me proponía. Víctima de mi padre, ofendida y traicionada se había dedicado a la casa, a los hijos, al marido y a sus actividades, recibiendo a cambio sólo humillaciones por su parte... Y ella por amor a la familia, por respeto a las convenciones sociales o tal vez por afecto no había pensado nunca en dejarlo. Me había **rebelado** yo en su lugar”.*

La anorexia ejerce una función comunicativa en relación al sistema familiar donde se origina:

*“La anorexia escondía ciertamente lados más oscuros, más profundos que una manifestación externa trivial. Era una **rebelión, era mi rebelión con la que decía: “Quiero ser yo misma”**... De adolescente, cuando tocaba hacerme autónoma de verdad, cuando pedía ser escuchada por mis padres, cuando deberían haber aceptado mis críticas, interpelarme, entré*

en conflicto con ellos en el deseo ambivalente de continuar complaciéndolos o de actuar por mí misma.

La familia podía ser la causa, pero era a mí misma a quien había destruido... De una cosa estaba segura, de no querer parecerme a mi madre, descontenta y poco querida por mi padre. La dieta había sido el primer **signo simbólico de una autonomía real**. Mis padres no lo habían entendido y yo había decidido no querer ser más complaciente con nadie, arreglármelas yo sola a través de la devastadora autonomía de la anorexia (119). Había usado mi cuerpo para **comunicar**, para decir “existo”, para conseguir una finalidad, para demostrar que era distinta de lo que querían que fuese (112).

La anorexia es un trastorno egosintónico difícilmente reconocido por parte de la persona que lo sufre y en consecuencia muy resistente al cambio.

“Estaba huyendo de la realidad, refugiándome en un mundo de certidumbres sin sentido, porque sólo una cosa era cierta: **estaba enferma y no quería admitirlo. Además como todos los neuróticos era incapaz de verme de forma distanciada y si me resistía frente a la cura y el cambio era porque me venían propuestos por una familia tan enferma como yo. Y sin embargo, en el fondo, sufría y deseaba cambiar.** Mientras me decían que mi comportamiento era irracional y que tenía que dirigirme a un psicólogo me veía obligada a hacer algo sin estar motivada para ello. Ningún tipo de terapia habría servido para nada sin mi colaboración, ni mi esfuerzo (43).

“Papá me ha hecho decirle -escribe en su diario Sandra (diecisiete años, metro setenta, cuarenta quilos)- que sé que hay anorexia de por medio y que voy a intentarlo. Pero yo no quiero comer, ni tengo hambre, ni quiero intentarlo. Todo depende de mí y sólo de mí... Me siento mal. No quiero recuperar peso. No quiero y no quiero. Así estoy bien. No me siento ni más cansada ni más débil. Sólo tengo frío y no tengo la regla. Estoy bien, estoy bien. He perdido peso y estoy bien. Así que no sé por qué no me dejan en paz. Si es por el físico que les jodan. No estaba más guapa antes y si lo estaba qué divertido que se den cuenta ahora... He leído mucho sobre anorexia y tengo muchos rasgos, pero si estoy enferma no quiero curarme”. (Garzón, 1997).

Si he aprendido algo de mi anorexia es que la curación la debe llevar a cabo la persona que tiene el trastorno. Los padres no pueden hacerlo. Como tampoco los amigos, los maridos o los terapeutas. Estas personas pueden ofrecer apoyo, informaciones y oportunidades de nuevas elecciones, pero cuando se llega al punto crucial, los cambios de conducta tienen que ser llevados a cabo por la persona misma”. (Rubel, 39).

Como características premórbidas pueden señalarse la obstinación, la rigidez y el perfeccionismo:

“De pequeña había sido una niña precozmente autónoma, capaz de satisfacer mis necesidades, lo que era muy apreciado por parte de mis padres. Para conseguir su atención me había vuelto cada vez más eficaz en la ejecución de mis deberes, lo que me hacía sentir orgullosa.

Yo que siempre he sido independiente y testaruda, más madura de lo que correspondía a mi edad, entendí pronto su situación y me opuse. No compartía ni aquel papel de mujer ni aquella imagen de la familia... (24) Si me hubiese preocupado más de mi vida privada en vez de la batalla con mi madre... (26)

*Me volvía **rígida conmigo misma y con los demás, como mis dietas... que me hacían crear una barrera entre yo y el mundo y me llevaban a refugiarme en la obstinación....** Ahora era insensible y tenaz en la prosecución de un proyecto de destrucción, inalterable cuando mi madre estrellaba contra mí su desesperación... Estaba huyendo de mí misma, alejándome de las personas queridas..*

*Ahora veo que la anorexia constituyó un intento de hacer algo de lo que estar **orgullosa**. Perder peso es un trabajo duro. Exige disciplina y empeño. Son pocos los que, sin ser gordos, consiguen perder la mitad de su peso. Aunque ya sabía, pero no lo hubiera admitido nunca, que era algo que no estaba bien, me sentí muy **orgullosa** secretamente de hacer tan bien algo tan difícil”. (Rubel, 42)*

La anorexia es construida por quien la padece como una forma de sublimación espiritual y exaltada de una realidad limitada y carente de proyecto histórico:

“Escogí ser auténtica y esto me permitió alcanzar las cimas más elevadas de la exaltación, así como hundirme hasta el fondo de la depresión. La conciencia de ser así, anticonformista, en búsqueda de la novedad, de lo imprevisto, a merced de los acontecimientos, sin un futuro programado, me daba un cierto equilibrio. Sabía que no era como mi familia, insulsa, como mi madre que había ahogado la felicidad para estar con un hombre obtuso, que se había dejado aprisionar por el compromiso (116).

*El lugar predilecto del imaginario anoréxico son las alturas, la cima, el punto más cercano a la idea de **espiritualidad**, donde falta el oxígeno y la luz ciega, donde no hay nada, no hay espacio, que a nadie se le permite alcanzar, puesto que la anorexia no tiene respuestas convencionales. Pero basta un paso en falso para caer en el abismo” (126).*

ANOREXIA Y CONTEXTO SOCIAL

Las limitaciones de un análisis cualitativo como el que hemos llevado a cabo

en este trabajo no nos permiten afirmar que todos y cada uno de los aspectos que hemos señalado se den sistemáticamente en todos los casos de anorexia, y menos aún si extrapolamos estas conclusiones más allá de las anorexias restrictivas e inveteradas. Es evidente que las particularidades idiosincráticas de cada situación concreta pueden matizar y deben caracterizar específicamente cada uno de los casos. No es predecible, por ejemplo, afirmar que todas las anoréxicas se vayan a quejar de los fallos de sus padres y del fracaso de sus madres -aunque la observación clínica actual coincida en señalarlo, p. e. Mateo Selvini (1994).

Lo que nos interesa subrayar es que, más allá de las situaciones concretas de cada caso y época, la anorexia debe ser entendida como una conducta significativa que adquiere sentido en relación a un contexto socio-cultural y que versa sobre la dificultad de identificación sexual según los patrones sociales dominantes. Tal proceso de identificación se sustituye por una singularización enajenante, basada en un control y dominio estricto sobre las necesidades e impulsos del propio cuerpo.

En este modelo, se insiste particularmente en el contexto, donde el discurso de la anorexia adquiere significado. Un discurso que versa fundamentalmente sobre la rebelión contra la sociedad en la que viven las anoréxicas, una sociedad contradictoria que produce y vende productos “para adelgazar comiendo”, una sociedad que prima la imagen sobre el contenido (“*videor, ergo sum*”), donde el medio -como decía McLuhan- es el mensaje, donde el sujeto no es más que un objeto de valor de cambio según los criterios variantes de la moda o el éxito.

En este contexto la construcción de la identidad, particularmente la femenina, y también la masculina en cuanto se centra sobre la imagen corporal, se vuelve especialmente conflictiva a partir del momento evolutivo de la adolescencia, donde todos estos valores se ponen en juego. Estos valores le llegan al adolescente en forma de imágenes proximales a través de la televisión, la publicidad o los modelos gráficos que idealiza, mientras que las figuras parentales encarnan los modelos de identidad sexual reales que rechaza. En el discurso de las anoréxicas, estas figuras suelen representar el *antípodas* de su ideal: los padres son demasiado sensuales, materiales, interesados sólo por el sexo y el dinero o los negocios, y las madres son seres corporalizados, enfundados en sus carnes, carentes de dimensión estética y espiritual, ocupadas en las labores domésticas, aunque paradójicamente el aumento de casos de anorexia en estos últimos años ha ido acompañado de una mayor independencia tanto profesional como económica y afectiva de la mujer. Sólo alguna hermana o coetánea se salva de esta quema de brujas, por alguna cualidad especial: belleza, esbeltez, inteligencia, éxito.

La anorexia aparece, pues, en este contexto como un desarrollo posible en la encrucijada del momento evolutivo -la adolescencia- en el que se pone en juego la propia identidad sexual; y esto parece que sucede más, cuanto más margen de libertad de indiferenciación se le ofrece al individuo en nuestra sociedad; es decir cuanto más difícil y compleja resulta para la adolescente la tarea de construir la

propia identidad en una sociedad donde coexisten discursos totalmente contradictorios a propósito del significado y de los roles sexuales.

Parafraseando a Erikson (1958) la adolescencia es el momento en que se entrecruzan el *discurso* individual con el *discurso* colectivo (Erikson decía la *historia*). Ya en el Simposio de Göttingen, bajo la dirección de Meyer y Feldman (1965) se insinuaba la concepción de la anorexia, sostenida también por Bruch (1974, 1978), no como un trastorno de las funciones alimenticias, sino a nivel de imagen corporal, como efecto de la dificultad para asumir las transformaciones propias de la pubertad. Este trastorno, sin embargo, de acuerdo con la propia Bruch, sería secundario a las dificultades por conseguir la autonomía y a la imposibilidad de expresar la propia identidad.

Dado el papel mediador del cuerpo en todo este proceso de construcción de la identidad, la anoréxica lo utiliza como instrumento de rebelión. De una forma maniquea se diferencia de él e intenta substraerlo al dominio o control social, sometiéndolo a su propio dominio y control a través de la emaciación. De este modo se vuelve “horroroso” para los demás, no apetecible, no manipulable. (De ahí que las anoréxicas vivan como una intrusión cualquier intento de alimentación por la fuerza, puesto que ello implica manipular sus cuerpos). En realidad se trata de una rebelión y no de una revolución, porque la anoréxica no dirige sus esfuerzos de cambio hacia la sociedad, que se refuerza con su conducta *absurda*, sino hacia su propio cuerpo que enajena.

Es evidente que el discurso social, sea cual sea, va a determinar, en cuanto a referente necesario, el discurso individual. De ahí los cambios de orientación, aparentemente contradictorios, de la justificación discursiva de la anorexia. Inicialmente ésta se desencadena como un medio para emular los modelos sociales (identificación acomodativa con el grupo inmediato o imaginario) y acaba siendo un instrumento de rebelión contra la sociedad, dado que la asimilación a ella se construye como dependencia.

Muchas chicas con una anorexia incipiente, y por fortuna, abortada, desarrollan el consabido discurso sobre los quilos, el peso, la gordura, la línea o el tipo en el momento de su transformación corporal adolescente, en consonancia con el discurso social e incluso, muchas veces, con el de sus propias “horrorizadas” madres. Con el tiempo muchas de estas *para-* o *pseudo-*anorexias se diluyen y quedan en nada o en puro consumo de productos dietéticos mucho más caros y en nada adelgazantes, o en complicadas dietas vegetarianas. Otras dan lugar a una molesta combinación o precario equilibrio entre atracones y ayunos, originando comportamientos bulímico-compulsivos. Quienes en cambio desarrollan una anorexia restrictiva, como es el caso que nos ocupa, hacen de la anorexia una auténtica forma de identidad personal, con la que intentan construir y preservar su independencia. No comer se convierte en una especie de protesta radical -huelga de hambre- contra la doble condición de la mujer como esposa -objeto de placer para el hombre.

Con ello la mujer convierte el cuerpo en el aspecto central de su existencia, en el fundamento de su autoestima (Orbach, 1981; Norwood, 1986). No comer es igualmente una rebelión contra el papel de madre nutricia de los otros, que la mujer actual aún siente como suya, por lo que su divorcio con la cocina la hace sentir en culpa (Norwood, 1986; Cowan & Kinder, 1988), que intenta reparar esmerándose en preparar para la familia platos deliciosos, que ella considera peligrosos para sí misma.

Frente a estos roles que llevan a las mujeres a vivir una relación tortuosa entre sus cuerpos y la comida, dice Pubill (1994) “la anorexia **no es un problema, sino una solución**, porque mientras ven desaparecer su cuerpo, las anoréxicas crean la imagen de una nueva persona que admiran, digna de autoestima”.

Desde el punto de vista evolutivo de construcción de la propia identidad personal y social, en que la anorexia adquiere la forma de una protesta fracasada y, en consecuencia, disfuncional para quien la padece, cabe preguntarse si la anorexia debe considerarse como una patología psicológica o una protesta social. La primera consideración responde a la visión médico-psiquiátrica, para la cual la anorexia es un trastorno tanto de la fisiología de la función hipotalámica como de las funciones cognitivas superiores. La segunda, defendida particularmente por las feministas, traduce las presiones ambivalentes que la sociedad ejerce sobre las mujeres. No existe a nuestro juicio incompatibilidad entre ambas perspectivas. En efecto, las psicopatologías de una sociedad no constituyen necesariamente anomalías o aberraciones de la misma, sino expresiones o, mejor todavía, cristalizaciones de gran parte de lo que en ella no funciona. De acuerdo con Bordo (1993) nada impide concluir que “la impotencia, desesperación, frustración y miedo que expresa la anorexia no sea, a la vez, el resultado del intento fallido de llevar a cabo una lucha por la propia dignidad frente a una sociedad que impone condiciones draconianas para triunfar en la consecución de la identidad de género”.

LA PERSPECTIVA TRANSCULTURAL

Acabamos de ver que el mundo de la anorexia es descrito por sus protagonistas a través de un discurso que versa sobre la identidad del ser mujer en un contexto en el que el cuerpo se percibe como significativo inequívoco del significado social que se le otorga. En este contexto el cuerpo, particularmente el cuerpo femenino, es un objeto “para los otros” y, en consecuencia un objeto alienado. Un objeto del deseo masculino, de la competencia femenina, del éxito social y profesional, del consumo de toda serie de productos cosméticos, dietéticos, de moda e, incluso, de salud.

Este discurso social puede ser muy distinto según las épocas y los lugares. Puede ser favorable al desarrollo de los signos externos de fecundidad del cuerpo femenino, como sucede en las culturas africanas, donde hay hambre, pero no anorexia. Puede favorecer el ayuno y la abstinencia por motivos ascéticos o místicos, como en el medievo cristiano. Puede valorar la gordura como un signo de

salud y riqueza, como en la China imperial. Puede enaltecer la esbeltez y delgadez como un signo de distinción, de elegancia e, incluso, de liberación de la mujer, como en la sociedad postindustrial.

Desde su aparición como fenómeno cultural en el siglo XIX la anorexia ha sido identificada como un trastorno relacionado con la clase social. Las razones de este fenómeno son muy diversas. Es obvio, como dice Bordo (1993) que “la delgadez y el rechazo de la comida tienen significados muy distintos según la situación de carencia o abundancia de alimentos: demostrar la capacidad de estar por encima de la necesidad de comer expresa una superioridad moral o estética sólo si los demás se pueden permitir el lujo de dejarse llevar por un consumo desenfrenado. Si, en cambio, la gente se las ve y se las desea para poner un plato en la mesa, los cuerpos descarnados simbolizan más bien la muerte y no una superioridad del tipo que sea... Paradójicamente las patologías de las protestas femeninas entran en colusión con las condiciones culturales que la determinan, reproduciendo, más bien que transformando, lo que constituye el objeto de su protesta. En relación a este fenómeno es significativo el hecho de que tanto la histeria como la anorexia hayan alcanzado su punto máximo de expansión durante los períodos históricos de reacción cultural contra los intentos de reorganización y redefinición de los roles masculinos y femeninos. En tales contextos la patología femenina se configura como un producto social muy interesante, mediante el cual una fuente de recursos que podrían utilizarse en la resistencia y la rebelión, se pone al servicio del orden establecido.”

Estas consideraciones nos llevan a plantear serios cuestionamientos a los criterios diagnósticos utilizados por el DSM III (1983) y IV (1995) para describir la fenomenología anoréxica en que se atribuye un valor fundamental como criterio diagnóstico a fenómenos tan triviales como la preocupación por el peso y la percepción de la autoimagen. Es evidente que ni las anoréxicas medievales, ni las nuestras, todas ellas del siglo XX, no usaban la balanza del baño, la de la farmacia o la de la estación del metro para pesarse obsesivamente. Puede objetarse, como hace Toro (1996) que “sólo los trastornos por inanición contemporáneos debieran ser diagnosticados con rigor evaluando las alteraciones y sobrevaloraciones de la imagen corporal y el miedo a engordar. Con los criterios diagnósticos actuales, los trastornos por autoinanición de otras épocas... debieran clasificarse como *trastorno del comportamiento alimentario no especificado*”. Pero entonces habría que concluir que los criterios diagnósticos se basan en lo epifenoménico, aquello que pertenece a la época y a determinadas coordenadas socioculturales, no a las invariantes antropológicas del ser humano. Con este razonamiento podríamos llegar a la conclusión de que las modas o las sociedades crean o generan las patologías. Nada más ajeno a nuestro punto de vista. Eso equivaldría a trivializar o banalizar el problema de la anorexia.

Es obvio que la cultura, entendida como matriz ideológica relativa a un grupo humano determinado históricamente, influye en las manifestaciones discursivas de

los individuos que lo integran en cuanto sistema de organización social de los significados. Pero tales significados remiten a aspectos invariables del ser humano que trascienden las circunstancias concretas de cada una de ellas. El caso de la anorexia es particularmente interesante porque, a diferencia de la esquizofrenia, la obsesión o la hipocondría, por poner sólo algunos ejemplos, parece exclusiva de una determinada civilización, la occidental y de una época, la actual o contemporánea.

Estamos de acuerdo con Guidano (1996) en que las formas que adopta la organización de los significados personales derivan en gran parte de la cultura o contexto social en que se manifiestan. Así en aquellas sociedades, como la sarda de los años cincuenta, caracterizadas por la precariedad de las condiciones de la vida campesina, la imagen del cuerpo no era un valor por sí mismo, sino un instrumento de trabajo para la supervivencia, de modo que la incidencia de la anorexia resultaba del todo improbable entre la población. Sin embargo otras patologías de la imagen social tenían una gran incidencia, hasta el punto de que, por ejemplo, el hombre que llegaba a dudar de la fidelidad de su mujer era capaz de suicidarse por no poder soportar la idea de la traición y la vergüenza social asociada a esta situación. En este caso, como en muchos otros la invariante antropológica viene determinada por el peso de la imagen sobre la construcción de la identidad; la variable, por los referentes culturales o sociales del momento histórico preciso.

La comparación con otras culturas y épocas nos lleva, por tanto, a constatar cómo siendo universales ciertos problemas adquieren manifestaciones diversas en función de las posibilidades de expresión que permiten las distintas sociedades. Como ejemplo paradigmático nos gustaría servirnos del caso de una mujer india Phoolan Devi, conocida con el sobrenombre de “la reina de los bandidos”.

Phoolan Devi, plantó cara a las leyes y costumbres de su país y desafió a los miembros de castas superiores que la habían vejado y humillado, uniéndose a una banda de gerrilleros y luchando a su lado con las armas. Acusada de numerosos asesinatos, se entregó a la policía india el 12 de febrero de 1983. Condenada a prisión y liberada once años después por una orden especial del Tribunal Supremo de la India, pudo volverse anoréxica, pero no lo hizo:

- era rebelde, estaba llena de rabia y odio hacia todo el mundo y en particular hacia los hombres, aunque algunos de ellos en oposición a quienes abusaron de ella, la protegieron y la trataron con el mayor de los respetos, lucharon por ella, la defendieron; a éstos aprendió a amarlos y a entregarse sexualmente.

- tuvo un padre insignificante, incapaz de defenderla, que la dio en matrimonio a los diez años a un hombre mucho mayor que ella a cambio de una vaca y una bicicleta

- una madre que no supo protegerla, que se sometía a la voluntad del marido, a la opinión del pueblo y al determinismo de las castas.

- fue abusada sexualmente en su infancia y adolescencia y, sin embargo, se hizo bandolera, en lugar de anoréxica, porque en la India la emaciación no es signo

de nada: la mayoría de la gente pasa hambre y para hacer ayuno ya están los ascetas, los cuales lo hacen por razones religiosas no por evitar la enajenación social.

Phoolan Devi no se rebeló contra la naturaleza, sino contra la injusticia social, el sistema de castas, la discriminación de la mujer. Aceptaba ser mujer y compartir la suerte y la lucha de todas las mujeres, incluidas las que no se rebelaban. No se avergonzaba de su corporalidad: admitía su lugar en el orden cósmico y natural, no en el social.

La anorexia sólo es posible en una sociedad que admite la libertad del individuo sobre su propio cuerpo, en una sociedad individualista, que considera al individuo como un ser para sí, disociado del conjunto del grupo y de la especie. Estas son características de la sociedad occidental. No es una cuestión de abundancia de alimentos; es una cuestión de negación del orden natural, del que la abundancia de alimentos es símbolo e instrumento. Las sociedades occidentales han creado el espejismo de la superación del orden natural en el que las anoréxicas se sienten envueltas, incapaces de cambiar nada sino es su propio cuerpo. Escogen la rebelión en lugar de la revolución, porque nuestra sociedad permite y facilita la expresión de la primera (modas, canciones, culto a la adolescencia, etc.), pero no de la segunda. Las anoréxicas siguen esta opción con constancia y determinación: “*La determinación, la disciplina y mi fuerza de voluntad me harán seguir adelante... No tengo necesidad de nadie ni de nada... Juro que seré la dueña de mi cuerpo si no puedo serlo de nada más*” (Liu, 1979).

Esta actitud de rebelión obstinada contra el determinismo o “fatalidad” natural (Umwelt) que la anoréxica confunde con su identidad personal y que intenta cambiar suprimiendo de raíz todo vestigio de carnalidad a través de la emaciación, es la condición necesaria, aunque no suficiente, para el desarrollo de la anorexia restrictiva. Se trata, sin duda, de un fenómeno multifactorial (Garfinkel y Garner, 1982) al que el discurso social sobre la delgadez contribuye prestando el contexto para su expresión, pero que no causa ni desencadena. Tiene mucho más que ver con las condiciones sociales de la mujer, particularmente en situaciones históricas de evolución y crisis de roles, que con las estéticas. Las motivaciones de esta rebelión se hallan en la forma cómo la anoréxica vive el proceso de identificación sexual ya en la familia y por extensión en la sociedad, que para ella constituyen la antiimagen de lo que en su adolescencia se siente capaz de poder o deseosa de querer conseguir. En consecuencia crea una visión idealizada de sí misma (Eigenwelt), en la que es esencial carecer de cuerpo. La dicotomía “*ser persona o ser mujer*” expresa y, a la vez, resuelve el dilema existencial en el que se debate la anoréxica.

No se trata pues, a nuestro juicio, de un fenómeno, el de la anorexia, que se pueda explicar de forma reductiva únicamente desde un punto de vista social o cultural, aunque ello se haya hecho sin duda de forma muy profunda, particularmente a partir de los trabajos de Foucault (1978) sobre el cuerpo como lugar de desarrollo de la praxis social. Tal perspectiva puede explicar sin duda las moda y las tendencias

cambiantes en las sociedades sometidas a cambios constantes, como las occidentales; o puede dar cuenta en sociedades más estables, como la islámica, la cristiano-medieval o la victoriana en períodos más recientes, de la simbolización de los roles sociales atribuidos a la división de los sexos. Pero tales “usos o costumbres” no explican por sí mismos la patología, sino más bien la tendencia a la conformidad y a la adaptación que puede dar lugar, incluso, a un alto grado de satisfacción subjetiva siempre que no entre en contradicción con una representación opuesta del propio self, como es el caso de la anorexia o, en otro tiempo, lo pudo ser de la histeria. Tales trastornos psicológicos pueden ser leídos dentro del contexto de continuidad entre práctica femenina normal y patológica como hace Susan Bordo (1993) y en general las autoras feministas, pero dependen en último término, a nuestro juicio, de un posicionamiento personal, subjetivo e intransferible que cabe situar en el proceso de proyección existencial característico, como hemos visto, de la adolescencia.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES:

El análisis que hemos llevado a cabo del discurso de algunas anoréxicas restrictivas nos permite concluir -con las reservas lógicas de un estudio cualitativo y augurándonos una continuación y ampliación de este tipo de estudios- que la anorexia es efecto de una decisión libre y voluntaria, el resultado de una elección originaria por la que un sujeto -generalmente mujer- concibe su modo de estar o proyectarse en el mundo como un yo incorpóreo. Se trata, en efecto, de llegar a ser invisible a la mirada enajenante del otro. En este sentido responde a un intento fáustico de autoposesión absoluta y a una ilusión de autocontrol total sobre el propio cuerpo, como forma de evitar la enajenación del propio yo, como intento radical de llegar a ser un “ser-en-sí/para-sí”, como diría Sartre (1943, 1944, 1945), en lugar de un “ser-para-sí/para-los otros”, al que inexorablemente nos condena la corporalidad.

Ahora bien, que tal elección sea libre y voluntaria no significa que no esté motivada, que no encuentre su razón de ser en el contexto de la experiencia vital de la anoréxica. Esta experiencia tiene que ver fundamentalmente con el modo de concebir la corporalidad como carnalidad o sexualidad, a la cual se intenta negar y anular a través de una inanición planificada. Dado que la sexualidad constituye la dimensión corpórea más susceptible de alienación no sólo a través de la mirada sino de la posesión, del abuso o del deseo de los otros, la anoréxica concibe la emaciación como la forma de eliminar cualquier sombra de apetito respecto al propio cuerpo por parte de los demás. Esta es la esencia de su discurso.

Otros fenómenos como la obsesión por el peso o la balanza no pertenecen al núcleo semántico del discurso anoréxico; constituyen simplemente un instrumento de control del cumplimiento o del mantenimiento de un propósito. Tampoco pertenece al núcleo semántico la distorsión perceptiva respecto a la propia imagen corporal, que por cierto no afecta a la imagen corporal de los demás. Tal distorsión es efecto, y no causa, del objetivo nunca plenamente alcanzado ni alcanzable de

verse a sí misma incorpórea, y la mayoría de las veces resulta un artefacto de los métodos de investigación experimentales. Las anoréxicas restrictivas de todas las épocas continuaban siéndolo aunque no dispusieran de espejos, cámaras fotográficas o de video, o tuvieran que hacer dibujos o responder a tests psicológicos.

La discrepancia con este punto de vista nace de concepciones ideológicas claramente divergentes entre una psiquiatría de orientación antropológica, adoptada por nosotros, y otra de corte médico-psicológica, producto de un eclecticismo observacional en el que se ponen en el mismo nivel las causas, los efectos, los medios y los resultados y se olvida, o se ignora, el sentido de cualquier fenómeno humano.

Gran parte de la confusión proviene, a nuestro juicio, de equiparar motivacionalmente anorexia y bulimia, porque ambas utilizan la restricción alimentaria. Pero este planteamiento es equivocado en cuanto no distingue entre medios y fines, entre dieta y ayuno. Para la anoréxica el ayuno es un fin en sí mismo, mientras que para la bulímica las dietas, regímenes y demás eventuales restricciones alimentarias no son más que un medio. Las motivaciones de unas y otras, en efecto, son diametralmente opuestas y es en este sentido que podemos considerarlas en los polos opuestos de un mismo eje.

La anoréxica no persigue ser objeto del deseo de los demás, agradar ni agradarse corporalmente, sino que busca denodadamente la autosuficiencia radical y absoluta. No le interesa estar delgada para estar guapa, seguir la moda o tener buen tipo, sino para evitar ser un cuerpo (yo-sujeto <-> yo-objeto). En realidad no quiere estar delgada, sino no tener cuerpo, desaparecer; pero como ello no es posible sin morir, intenta reducir el cuerpo a la mínima expresión. Esta es la forma como pretende evitar la enajenación; una forma que la lleva al aislamiento social y a la esterilidad personal.

La bulímica, por el contrario, intenta agradar con su cuerpo, un cuerpo sujeto de deseos, pero que nunca es percibido como suficientemente deseable, y que por eso intenta moldear constantemente a base de dietas, atracones y vómitos. Desear ser deseada enajena el cuerpo de tal manera que ese ya no se pertenece a sí mismo, sino a la apariencia especular de la mirada propia y ajena (yo-objeto <-> yo-sujeto), quedando abandonado a los impulsos descontrolados del propio organismo.

Para resumir podemos sintetizar nuestras conclusiones en los siguientes puntos:

- * La anorexia restrictiva se constituye alrededor de un núcleo discursivo invariable: el deseo de negar la corporalidad, entendida como carne.

- * Utiliza como medio, primariamente, el ayuno estricto y voluntario para llevar a cabo su objetivo: dejar de comer o comer mínimamente es el modo de eliminar o reducir en la medida de lo posible la carnalidad. Sólo secundariamente, si llega a perder el férreo control sobre su cuerpo recurre al vómito, los laxantes u otros medios de retricción de la corporalidad.

* Persigue un objetivo: liberarse de la enajenación a que nos somete el cuerpo, ejerciendo un control interno y absoluto sobre sus apetitos, y para empezar sobre el más básico y primario de todos, el hambre. A través del ayuno se pretende llegar a la emaciación o delgadez extrema que evoca la ilusión de carecer de cuerpo. Contrariamente a la bulimia, no existe en la anorexia el deseo de agradar a los demás, sino el de sustraer el cuerpo a la posibilidad de cualquier forma de control o dominio externo.

* No es en último análisis sólo un deseo de pureza, ni una búsqueda de espiritualización de la materia exclusivamente. Esta es una forma de sublimación discursiva, que frecuentemente asume, para justificar su verdadera naturaleza. Es, en el fondo, una negación de la alteridad del propio cuerpo. Un cuerpo que no se admite compartir con los demás porque hacerlo sería perderse a sí mismo, tal como sucede en las experiencias sexuales precoces o abusivas, que en ocasiones se presentan como desencadenantes inmediatos de los trastornos alimentarios, o como se representan en el imaginario de la anoréxica y que ocupan, como antecedente o consecuente, un lugar tan destacado en el conjunto de su discurso. De ahí el rechazo de la sexualidad como forma más inmediata de anular la corporalidad y los intentos de borrar todos sus vestigios visibles (pechos, nalgas, grasa), así como los de su función reproductora, suprimiendo la menstruación y con ella las posibilidades de embarazo y maternidad.

* La anorexia es la manifestación extrema y obstinada de una rebeldía ontológica contra la naturaleza y el destino, motivada por un rechazo de la anti-imagen (antieidos) de lo femenino en el contexto de una sociedad donde paradójicamente la dicotomía entre apropiación <-> enajenación del cuerpo ha llegado al paroxismo con la propuesta de un cuerpo andrógino para la mujer, símbolo a la vez de independencia social y de deseabilidad narcicística.

* Desde el punto de vista social la anorexia se configura como una reacción a la presión social y familiar por adecuarse a los modelos dominantes de identidad femenina. En el círculo más íntimo del hogar expresa un sentimiento de desilusión, provocado por ciertas actitudes de la madre, a la que se reprocha su falta de *autorrealización*, y respecto al padre al que se le recrimina la vulgaridad de sus intereses y la traición o abandono en los momentos más trascendentales.

* A nivel individual la anoréxica busca la *autorrealización* y la perfección, imaginada como exquisitez, distinción, refinamiento o espiritualidad. La emaciación es el instrumento forjado por su voluntad para obtener un control total sobre sí misma (su cuerpo) y la situación. Con ello la anoréxica consigue llevar a cabo un acto glorioso o heroico, ser reconocida y admirada, mostrarse única e inaccesible a los demás.

* La dinámica psicológica puesta en marcha para conseguir tales objetivos implica básicamente dos procesos de tipo primario: la *rebelión* (no comer) como modo de transformarse en algo diferente al rol de mujer existente en la familia y la

sociedad, y la *fantasía* (heroísmo, amor romántico, idealismo...) como forma de imaginarse y proyectarse en el futuro.

* Finalmente, y de modo particular en nuestros días, la anorexia realiza de forma paradójica el ideal de la sociedad contra la que se rebela. Este ideal no es el de la delgadez, ni el de la belleza o esbeltez para las mujeres -motivaciones que alimentan los grandes negocios de las industrias del consumo y que torturan especialmente a las bulímicas- sino el de la negación y transgresión del Umwelt -el mundo natural-, que nos lleva a la destrucción de la función ecológica y con ella a la del cuerpo femenino, como cuerpo “natural”. En este sentido el discurso anoréxico y el de la sociedad occidental se han vuelto plenamente sintónicos. Efectivamente, ¿para qué quiere una mujer, como dicen las anoréxicas, la regla, los pechos, las nalgas, si la función reproductora -embarazo, gestación, lactancia- se considera en el contexto del mundo occidental, a diferencia de otras épocas y culturas, carente de valor y de prestigio social, habiendo perdido toda su naturalidad? Una sociedad en la que la maternidad se vive como un período de esclavitud, para el que se alquilan úteros del tercer mundo; una sociedad que se debate entre la infertilidad masculina creciente y los miles de artilugios para hacer de la fecundación algo artificial en lugar de natural; una sociedad en la que se piensa en la clonación y en la selección genética y los niños a la carta. Si el cuerpo, como decía Foucault, es el lugar de la praxis social, ésta se orienta cada vez más a considerar “inútil” el cuerpo de la mujer. No es extraño, pues, que este *cuerpo* se ha vuelto disfuncional termine por desaparecer o modificarse evolutivamente. Las muñecas Barbie con las que juegan nuestras hijas, las modelos de las pasarelas, el cuerpo femenino de características andróginas del que se alimenta el imaginario colectivo del mundo occidental, responde, de hecho al imaginario anoréxico. No son las anoréxicas las que se adaptan a la sociedad, es la sociedad la que asimila su punto de vista. Con ello el discurso de la anorexia actual, ha perdido la dimensión épica o trágica -revolucionaria- con que se revestía en otros tiempos, desde Antígona a Catalina de Siena a Simone Weil o Ellen West, o el de la rebelión contra la familia y la sociedad, característico de los años sesenta o en general de los períodos de transición, para pasar a uno mucho más prosaico en el que aparece en toda su crudeza, privado de cualquier dimensión poética o sublimatoria, por el que se pone de manifiesto pura y llanamente: primero que la mujer sólo es cuerpo o viene reducida a su corporalidad por el discurso social, y segundo que el cuerpo de la mujer tal como viene dotado por la propia naturaleza es inútil y debe ser cambiado. En este caso habrá que dar la razón a las anoréxicas y considerar casi como metafísico, o al menos ontológicamente correcto, el dilema disyuntivo propuesto vivencialmente por ellas “ser mujer o ser persona”, una versión actualizada del dilema hamletiano “ser (mujer) o no ser (mujer), ésta es la cuestión”.

En el presente artículo se considera la anorexia, como una restricción de la corporalidad. Este punto de vista se ilustra a través del análisis textual del discurso de anoréxicas de diversas épocas y estratos sociales. Se evalúa finalmente la naturaleza de este discurso en el contexto de la sociedad y la cultura actuales.

Palabras clave: *anorexia, discurso, análisis textual, análisis existencial, corporalidad.*

Referencias bibliográficas:

- BELL, R.M. (1985). *Holy anorexia*. Chicago: The University of Chicago Press.
- BORDO, S. (1993). *Unbearable weight. Feminism, western Culture and the body*. The Regents of the University of California.
- BILLS, T. (1995). Abuso sessuale e anoressia. En L. Hall, *Liberarsi dall'anoressia e dalla bulimia. Storie di 16 donne famose che hanno vinto l'ossessione del cibo e del peso*. Verona: Positive Press.
- BINSWANGER, L. (1945). Der Fall Ellen West. Studien zum Schizophrenieproblem. *Schweizer Archive fur Neurologie und Psychiatrie*, LIII, LIV & LV. Traducción en R. May, E. Angel & H.F. Ellenberger (1967). *Existencia. Nueva dimensión en psiquiatría y psicología*. Madrid: Gredos.
- BRUCH, H. (1974). *Eating disorders: obesity, anorexia nervosa and the person within*. London: Routledge and Keagan Paul.
- BRUCH, H. (1978). *The golden cage*. London: Open Books.
- COWAN, C. & KINDER, M. (1988). *Las mujeres que los hombres aman. Las mujeres que los hombres abandonan*. Buenos Aires: Vergara.
- DE CLERQ, F. (1990). *Tutto il pane del mondo. Cronaca di una vita tra anoressia e bulimia*. Firenze: Sansoni Editore.
- DE CLERQ, F. (1995). *Donne invisibili*. Milano: Rizzoli.
- D.S.M.-III (1983). Barcelona: Masson.
- D.S.M.-IV (1995). Barcelona: Masson.
- ERIKSON, E. H. (1958). *Young Man Luther*. New York: Norton.
- EY, H. (1976). *La conciencia*. Madrid: Gredos.
- FOUCAULT, M. (1978). *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI.
- GARFINKEL, P. & GARNER, D. (1982). *Anorexia nervosa: a multidimensional perspective*. New York: Brunner Mazel.
- GARZON, L. (1996). Diario de Sandra, enferma de anorexia. *La Revista del Mundo*, 1 dic. 1996.
- GIANNINI, G. (1993). Il resoconto quotidiano del proprio stato d'animo nei bulimici. Tesis de licenciatura, Universidad de Riga.
- GÖECKEL, R. (1991). *Donne che mangiano troppo*. Milano: Feltrinelli.
- GÖECKEL, R. (1994). *Finalmente liberi dal cibo*. Milano: Feltrinelli.
- GORDON, R. A. (1990). *Anorexia and bulimia: anatomy of a social epidemic*. Oxford: Blackwell.
- HALL, L. (1995). *Liberarsi dall'anoressia e dalla bulimia. Storie di 16 donne famose che hanno vinto l'ossessione del cibo e del peso*. Verona: Positive Press.
- KELLY, G. A. (1955). *The Psychology of Personal Constructs*. New York: Norton
- LAING, R.D. (1960). *The divided self. An existential study of sanity and madness*. London: Tavistock Publications.
- LAING, R.D. (1982). *The voice of experience*. London: Pantheon.
- LEVENKRON, S. (1989). Body hate. *Ms.*, julio, pp. 35-36.
- LIU, A. (1979). *Solitaire*. New York: Harper and Row.
- MAC LEOD, S. (1982). *Anorexique*. Paris: Aubier-Montaigne.
- MEMMO, S (1997). *Un volo nel vuoto. Storia di un viaggio nell'anoressia*. Verona: Positive Press.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945). *La phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- MEYER, J.E. & FELDMANN, H. (1965). *Anorexia nervosa. Proceedings of a Symposium Göttingen*. Stuttgart: G. Thieme Verlag.
- MILLER, D. (1997). *Donne che si fanno male*. Milano: Feltrinelli

- MINUCHIN, S. (1984). *Family kaleidoscope*. Cambridge, Ma: Harvard University Press.
- NORWOOD, R. (1986). *Las mujeres que aman demasiado*. Buenos Aires: Vergara.
- ORBACH, S. (1981). *Fat is a feminist issue*. New York: Berkeley Books.
- PUBILL, M. J. (1994). *Anorexia nerviosa y contexto social*. Tesis doctoral no publicada, Universitat de Barcelona.
- RAIMBAULT, G. & ELIACHEFF, C. (1991). *Las indomables*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ROGERS, C.R. (1977). *A pessoa como centro*. Sao Paulo: Editora Pedagógica e Universitaria.
- RUBEL, J. (1995). Hai trovato quello che ti serve? En L. Hall, *Liberarsi dall'anoressia e dalla bulimia. Storie di 16 donne famose che hanno vinto l'ossessione del cibo e del peso*. Verona: Positive Press.
- SARTRE, J. P. (1943). *L'être et le néant. Essai d'ontologie phénoménologique*. Gallimard, Paris.
- SARTRE, J. P. (1944). *Huis clos*. Gallimard, Paris.
- SARTRE, J. P. (1945). *Le sursis*. Gallimard, Paris.
- SCHELOTTO, G. (1992). *Una fame da morire. Bulimia e anoressia. Due storie vere*. Milano: Mondadori.
- SELVINI-PALAZZOLI, M. (1989). *L'anoressia mentale*. Milano: Feltrinelli.
- TORO, J. (1988). Factores socioculturales en los trastornos de la ingesta. *Anuario de Psicología*, 38, 23-47.
- TORO, J. (1996). *El cuerpo como delito. Anorexia, bulimia, cultura y sociedad*. Barcelona: Ariel.
- VANDEREYCKEN, W. & VAN DETH. (1994). *From fasting saints to anorexic girls: the history of selfstarvation*. London: The Athlone Press.
- VILLEGAS, M. (1981). *La Psicoteràpia Existencial*. Tesis Doctoral no publicada. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- VILLEGAS, M. (1988). Análisis de una existencia frustrada. *Revista de Psiquiatria y Psicología Humanista*, 25, 71-94.
- VILLEGAS, M. (1992a). Anorexia as a form of coping with identity crisis in adolescence. III European Workshop on Adolescence. Bologna: abril 29 -mayo 2.
- VILLEGAS, M. (1992b). Análisis del discurso. *Revista de Psicoterapia*, 10-11, 23-66.
- VILLEGAS, M. (1995). Psicopatologías de la libertad (I): La agorafobia o la restricción del espacio. *Revista de Psicoterapia*, 21, 17-39.
- WOODS, J. (1981). I was straving myself to death. *Mademoiselle*, mayo, 1981.